

## Capítulo 1

# La razón histórica de existir del modo de producción capitalista y la determinación de la clase obrera como sujeto revolucionario

### 1.1 La cuestión hoy

Hoy día, la mera referencia a la necesidad, a la razón histórica, es escándalo y abominación entre muchos de los que se presentan como críticos del capitalismo. «Teleología», cae la excomunión sobre cualquier reconocimiento científico de que la sociedad avanza en un sentido determinado. Y la acción que se afirma en su libertad por regirse mediante el conocimiento científico de su propia determinación es acusada de ser un atentado «totalitario» contra la libertad. Bajo la advocación del pluralismo y la diversidad, todo potencial revolucionario se degrada al abstracto «deseo», la «libre voluntad», la «fuerza moral», de afirmar una «identidad» que empieza por negar dogmáticamente toda identidad de clase que surja de las relaciones sociales de producción. El dogma llega así a proclamar que es el modo de producción capitalista el que logra abolir a la clase obrera, y no a la inversa. Por supuesto, los apologistas desembozados del capital no pueden sino festejar este vaciamiento de necesidad histórica. Si hasta el propio método científico acríticamente aceptado de manera universal como la forma natural de la ciencia, la representación lógica, consagra la imposibilidad de actuar con la certeza respecto de la propia determinación.

A este moderno avance de la inversión idealista vamos a oponerle aquí el desarrollo de la conciencia acerca de la materialidad de la historia natural humana, o sea, acerca del desarrollo de la subjetividad productiva humana.<sup>1</sup>

---

1. Arrancamos en este desarrollo armados con el conocimiento original expuesto por Marx en El Capital, es decir, realizando un proceso de reconocimiento. En tanto vamos avanzando en este proceso de reconocimiento, nuestra exposición se limita a presentar el eje del curso que lleva a las formas concretas cuyo conocimiento tenemos por objeto específico aquí. De modo que no cabe referir cada paso de nuestro avance a un punto singular de la exposición original de Marx, sino a las unidades de esta exposición que van marcando el eje de la nuestra.

## **1.2 La mercancía, o las potencias productivas del trabajo social realizado como trabajo privado individual\***

El ser humano se distingue como género en oposición a las especies animales. Lo hace por su potencialidad para actuar sobre su entorno. Tiene la capacidad de transformar a éste en un medio para sí mediante el trabajo; esto es, mediante el gasto de fuerza humana regido de manera consciente y voluntaria que se aplica sobre un objeto exterior a fin de transformarlo en un valor de uso para la vida humana. Como integrantes específicas del trabajo humano, la conciencia y la voluntad pueden avanzar en su propio desarrollo tanto como se desarrollen las fuerzas productivas materiales de aquél.

Las fuerzas productivas materiales del trabajo se encuentran portadas por el trabajo individual. Pero el desarrollo de su potencialidad es sólo un atributo de la unidad colectiva de los trabajos individuales. Dicho de otro modo, la realización del ser genérico humano mismo es sólo un atributo del trabajo social. La unidad orgánica de los trabajos individuales, o sea, el modo en que la sociedad organiza la producción de su vida, toma la forma concreta de las relaciones sociales de producción. Como tales, estas relaciones sociales no tienen cómo avanzar en su desarrollo más allá de lo que demanda de ellas la materialidad misma de las fuerzas productivas de la sociedad en cada momento del suyo. La historia natural del género humano no es sino la historia del desarrollo de las fuerzas productivas materiales del trabajo, y de las formas sociales concretas con que este desarrollo se rige.

Lo primero que resalta del trabajo social en el modo de producción capitalista es la forma de privado con que se realiza. Aquí, ningún productor se encuentra sujeto a relaciones directas de dependencia personal que le impongan el modo concreto en que debe aplicar su fuerza de trabajo. Y si algo caracteriza a un sujeto independiente que realiza su trabajo privadamente, es la autonomía inmediata de su conciencia y voluntad. Pero así como la conciencia y la voluntad del productor independiente no se encuentran subordinadas a las de ningún otro individuo en el proceso de regir privadamente su trabajo individual, se encuentran privadas de inmiscuirse en la organización correspondientemente independiente del trabajo de los demás. Como individuos libres, los productores independientes de mercancías ejercen mediante su conciencia y voluntad el control pleno sobre sus trabajos individuales, pero carecen de todo control sobre el carácter social de éstos. El desarrollo de las fuerzas productivas materiales del trabajo social se potencia así a través del desarrollo de las fuerzas productivas individuales aisladas. Pero, al mismo tiempo, pierde toda potencialidad proveniente de la aplicación de la conciencia y la voluntad a la organización del trabajo como un proceso directamente social. Esta contradicción es el punto de partida de la razón histórica específica de existir del modo de producción capitalista.

---

\*. Karl Marx. *El capital*. Vol. 1. México, DF: FCE, 1973, sección primera.

Los productores de mercancías se encuentran privados de toda capacidad para organizar socialmente sus trabajos de manera directa aplicando sus conciencias y voluntades individuales como una fuerza inmediatamente social. Esa organización se resuelve necesariamente de una manera indirecta. En el modo de producción capitalista, la sociedad asigna su capacidad total de trabajo bajo las distintas formas concretas útiles de éste, necesarias para la vida social, mediante el cambio de mercancías. Esto es, a través de la forma de valor que toma el producto del trabajo social realizado privadamente. El trabajo abstracto socialmente necesario, simple gasto productivo de cuerpo humano cualquiera sea la forma concreta en que se lo realice, y, como tal, condición natural para la vida humana cualquiera sea la modalidad social que rija a ésta, adquiere una forma social históricamente específica al ser realizado privadamente por los productores independientes. Materializado en su producto, las mercancías, aparece representado como el valor de éstas. O sea, aparece representado como la aptitud de las mercancías para relacionarse socialmente entre sí en el cambio, poniendo así en relación social a sus propios productores.

Recién en el cambio mismo, o sea, en el mercado, se pone de manifiesto si un determinado trabajo privado ha formado o no parte del trabajo social en el momento de realizarse. De modo que el productor no sólo debe producir un objeto socialmente útil, un valor de uso social. Debe producir, al mismo tiempo, su relación social general, debe producir valor. El desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social bajo su modalidad capitalista parte, pues, de la plenitud de las potencias productivas del trabajo libre individual aislado. O sea, parte de la plenitud de las potencias productivas que puede darle al trabajo social su realización bajo la forma de trabajo absolutamente privado.

Necesitada de producir valor, la libre conciencia y voluntad individual del productor que organiza privada e independientemente su trabajo se encuentra sujeta a una determinación que le es históricamente específica. Debe someterse a la necesidad que le impone la forma de valor tomada por su propio producto material. Debe actuar como personificación de su mercancía. El productor se encuentra libre de toda servidumbre personal porque es el sirviente del carácter social de su producto. Así como la voluntad del productor tiene pleno dominio sobre el ejercicio privado e independiente de su trabajo individual, se encuentra sometida por completo a las potencias sociales del producto de este trabajo. Desde el punto de vista de la participación del productor privado e independiente en el trabajo social, su conciencia y voluntad sólo cuentan en cuanto él personifica las potencias de su mercancía. La potencia productiva de su trabajo social se enfrenta a los propios productores como una potencia que les es ajena, como una potencia encarnada en sus mercancías. La conciencia y voluntad libres del productor de mercancías son las formas concretas en que existen su conciencia y voluntad enajenadas.

Ahora bien, al mismo tiempo, sólo porque se encuentran sometidas al

dominio de la mercancía, es que la conciencia y la voluntad humanas se determinan a sí mismas como libres de todo dominio personal ajeno. En los modos de producción anteriores, empezando por el comunismo primitivo, no existían los individuos libres de relaciones de dependencia personal en la organización de su trabajo social. Quienes se detienen en las apariencias de la circulación de las mercancías, creen que sus poseedores son sujetos abstractamente libres por naturaleza. Pero la libertad humana no es sino una relación social que, en su desarrollo histórico hasta hoy, sólo ha existido y existe bajo la forma concreta del no estar subordinado a relaciones de dependencia personal porque se está sometido a las potencias sociales del producto del trabajo. Por lo tanto, el desarrollo de la libertad no tiene otra necesidad que la que pueda brotar del desarrollo de su misma enajenación.

### **1.3 El capital, o las potencias productivas del obrero doblemente libre\***

La producción social no tiene ya por objeto inmediato la producción de valores de uso, sino la producción de la relación social general misma, la producción de valor. Como relación social general objetivada que representa el trabajo social hecho de manera privada e independiente, el valor toma la forma sustantivada de dinero. El dinero representa a todas las modalidades concretas del trabajo social y, por lo tanto, es en sí mismo la capacidad latente para poner en marcha a todas esas modalidades como punto de partida del proceso de metabolismo social. De modo que la organización de la producción social no parte simplemente de que la conciencia enajenada de cada individuo libre pone en acción su porción de trabajo social. Por el contrario, la conciencia enajenada no hace sino expresar la necesidad de la relación social sustantivada, que pone en movimiento al trabajo social sin tener por objeto inmediato la producción de valores de uso, sino la reproducción ampliada de la misma relación social sustantivada. Se trata, pues, de la valorización del valor, de la producción de plusvalía. Por lo tanto, en la asignación del trabajo social bajo sus distintas formas concretas, la única determinación cualitativa que prima es la realización de la diferencia puramente cuantitativa entre el capital que abre y el que cierra el ciclo. Tal es el modo capitalista de organizar la producción social.

El capital no es sino la forma histórica específica en que la capacidad para organizar el trabajo de la sociedad se pone en marcha como atributo portado en una cosa producto del trabajo social anterior, con el fin inmediato de producir más de esa capacidad para organizar el trabajo social como atributo del producto material del trabajo anterior. El capital se encuentra determinado así como el sujeto concreto inmediato de la producción y el consumo sociales. Las potencias productivas del trabajo social sólo existen como potencias del capital. La producción social se encuentra regida por una relación social general producida en el propio proceso de la producción material, que impone la

---

\*. Marx, *El capital*, vol. 1, secciones segunda y tercera.

constante expansión de esta producción material sin más necesidad inmediata que la de producir más de sí misma como relación social general materializada. Con lo cual renueva constantemente la necesidad de su producción en escala ampliada.

La realización del trabajo social de manera privada e independiente encierra un violento desdoblamiento respecto de la apariencia inmediata que presentaba al considerar a la mercancía como simple producto del trabajo, y no del trabajo enajenado en el capital. Por un lado, el trabajo directo queda en manos del obrero doblemente libre. Este obrero es un individuo libre porque conserva la autonomía de su voluntad como poseedor de la única mercancía que tiene para vender, su propia fuerza de trabajo. Pero, al mismo tiempo, es un individuo libre en cuanto se encuentra separado de los medios necesarios para poner esa fuerza de trabajo en acción por su cuenta. Esta libertad de doble cara conserva para la conciencia y voluntad del obrero la necesidad de aplicarse al control del propio trabajo individual, como condición para que su fuerza de trabajo conserve su aptitud mercantil. Por el otro lado, el capitalista encarna las potencias de la mercancía determinada como capital, o sea, las potencias del trabajo social. De modo que el ejercicio por el obrero doblemente libre de su conciencia y voluntad en la organización de su propio trabajo individual incluye el someterse consciente y voluntariamente a la autoridad del capitalista dentro del proceso de trabajo.

La asignación de la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo sus formas concretas útiles a través de la forma de mercancía tomada por el producto del trabajo social presupone la ausencia de toda relación directa que someta la voluntad de un individuo a la de otro. Pero ahora vemos que el más puro cambio de mercancías que caracteriza de manera específica al modo de producción capitalista –la compraventa de la fuerza de trabajo– engendra por sí una relación directa de sometimiento de la voluntad del obrero a la del capitalista. Se trata de una relación directa que alcanza a la universalidad del vínculo establecido de manera indirecta entre capitalistas y obreros a través de la compraventa de la fuerza de trabajo. Por lo tanto, no se trata de una relación de sometimiento de una persona a otra, sino de una personificación de mercancías a otra. Sin embargo, no se trata de una relación que vincula al capitalista y al obrero de manera general. Sólo rige al interior de cada proceso de trabajo realizado de manera privada e independiente, y mientras dura la jornada de trabajo por la cual se ha vendido la fuerza de trabajo.

Del simple productor directo que rige por sí mismo su trabajo individual de manera privada e independiente al obrero doblemente libre media, pues, una mutilación en la capacidad para controlar el propio trabajo individual. Media, por lo tanto, una mutilación en el desarrollo de las potencias productivas del trabajo libre individual. Pero media, también, el desarrollo de la capacidad para controlar conscientemente el ejercicio del trabajo libre individual como una potencia colectiva. Se trata de una potencia colectiva que surge de la

asociación del trabajador con el no trabajador que lo explota en una relación directa que, a su vez, se encuentra regida de manera general por la relación indirecta establecida mediante la compraventa de la fuerza de trabajo.

El capitalista ejerce la voluntad y la conciencia productiva de los obreros cuya fuerza de trabajo compra, bajo una forma concreta necesariamente antagónica. Pero no se trata simplemente del carácter antagónico general que encierra toda relación de sometimiento directo de la voluntad del trabajador a la del no trabajador que lo explota, cualquiera sea su forma social específica. El carácter antagónico de la relación directa establecida entre el obrero y el capitalista se encuentra determinado de manera históricamente específica como forma concreta de realizarse el valor de la mercancía fuerza de trabajo. Por lo tanto, se encuentra determinado como forma concreta de organizarse el trabajo social mediante su realización de manera privada e independiente.

El antagonismo entre vendedor y comprador de la fuerza de trabajo no concierne a éstos de manera individual. La igualdad de derechos jurídicos como poseedores de mercancías con que se enfrentan individualmente en la circulación, sólo puede resolverse mediante la fuerza. Y la competencia entre los obreros por vender individualmente su fuerza de trabajo so pena de no poder reproducir su vida natural, inclina necesariamente la balanza a favor del capitalista. Con lo cual, en lo que concierne puramente a la circulación individual, la fuerza de trabajo se encuentra condenada a venderse por debajo de su valor. Esta posibilidad resulta ciertamente fascinante para cada capital individual. Pero, desde el punto de vista de su conjunto, es decir, del capital total de la sociedad, se trata de una práctica que mina la capacidad de acumulación. Lo hace al agotar progresivamente la fuerza de trabajo a disposición del capital total de la sociedad.

La reproducción del capital social se realiza necesariamente, entonces, haciendo que la relación indirecta que los obreros individuales establecen entre sí como vendedores de la misma mercancía, la competencia entre ellos, tome forma concreta en su opuesto. Esto es, esa competencia toma forma concreta en una relación directa de cooperación, la solidaridad obrera mutua, en el proceso de circulación de su mercancía fuerza de trabajo. La venta de la fuerza de trabajo por su valor trasciende las potencias del obrero individual. Pero también trasciende las del colectivo de obreros recortado por el carácter privado de cada capital individual. Y trasciende aun las de la suma de estos colectivos en cada esfera especial de la producción social. Lo mismo ocurre respecto de la representación de estos capitales por sus capitalistas. Por lo tanto, la compraventa de la fuerza de trabajo por su valor toma necesariamente forma concreta en la determinación de obreros y capitalistas, no ya simplemente como personificaciones antagónicas que se enfrentan de manera indirecta e individual a través de la compraventa de la fuerza de trabajo, sino como clases de personificaciones que se enfrentan entre sí de manera directa. Esto es, dicha

compraventa se realiza tomando necesariamente la forma concreta de lucha de clases.

La forma de mercancía que toma la relación social general en el modo de producción capitalista lleva en sí la disolución de todas las relaciones directas de interdependencia personal, sustituyéndolas por relaciones indirectas de interdependencia general respecto de las cosas. Pero, vemos ahora que la realización de la acumulación del capital social engendra por sí misma una relación social directa entre los individuos que se enfrentan desde el mismo polo de la enajenación de sus potencias humanas como potencias del capital, a saber, la clase obrera y la clase capitalista. Y es esa misma organización autónoma general la que sólo puede realizar sus propias potencias tomando forma concreta a través de una relación social general directa que subsume a las que determinan a cada clase, la lucha de clases. No se trata ya de una relación directa circunscripta al interior del carácter privado e independiente con que se realiza cada porción de trabajo social. Se trata de que este carácter engendra necesariamente una relación directa de alcance universal.

Por lo tanto, en esencia, la lucha de clases es la acción consciente y voluntaria colectiva de alcance universal que realiza la organización del trabajo social de manera directa, como forma concreta específica de realizarse su organización inconsciente general por la acumulación del capital. El modo de producción capitalista muestra así que encierra una primera potencialidad histórica que le es específica. Se trata del establecimiento de una relación social de alcance universal por la cual la organización del trabajo social se rige por la acción consciente y voluntaria de los individuos. Pero determina a esta relación directa como forma concreta necesaria de la relación indirecta por la valorización del valor. Al hacerlo, el modo de producción capitalista muestra al mismo tiempo que encierra un límite específico al desarrollo de dicha relación directa.

#### **1.4 La plusvalía relativa, o la revolución constante de la subjetividad productiva del obrero doblemente libre\***

La clase obrera no puede dejar de enfrentarse todos los días a la capitalista por la realización del valor de su fuerza de trabajo. Este enfrentamiento es la única forma que tiene para reproducir su fuerza de trabajo y, con ella, su vida natural. Sin embargo, por más triunfos que pueda acumular en este enfrentamiento, no revoluciona con ellos las bases materiales del desarrollo de las potencias del trabajo social. Claro está que tampoco las revoluciona la clase capitalista, por más que se esfuerce en representar estas potencias explotando a la fuerza de trabajo hasta la aniquilación. Recién lo logra en cuanto su voluntad actúa como personificación de la producción de plusvalía relativa. En pos de producir plusvalía relativa, el modo de producción capitalista lleva en sí la necesidad de revolucionar constantemente las condiciones técnicas de la

---

\*. Marx, *El capital*, vol. 1, secciones cuarta a séptima, hasta el capítulo 23 inclusive.

producción social, sin más límite que la formalmente ilimitada valorización del valor. Con la producción de plusvalía relativa, el trabajo vivo no sólo se encuentra formalmente dominado por su propio producto, a cuyo servicio debe poner su conciencia y voluntad personificando las potencias sociales materializadas en el mismo. Aquí, el obrero se encuentra realmente subsumido en su propio producto, en cuanto éste mismo actúa como el sujeto social concreto que le impone la constante revolución de las condiciones materiales de su trabajo.

Sin embargo, el papel histórico que juega el modo de producción capitalista en el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad no se limita a una abstracta revolución constante de las bases técnicas de la producción. La clave se encuentra en la forma concreta de esta revolución constante. Porque, así como obrero y capitalista no tienen más voluntad ni existencia social que como encarnaciones de las potencias del capital, la revolución técnica constante en que se realizan estas potencias revoluciona su determinación como sujetos sociales enajenados. Revoluciona, por lo tanto, su conciencia y voluntad.

La cooperación simple, en donde cada obrero ejecuta un proceso de trabajo íntegro y no diferenciado respecto del de sus compañeros, es la primera modalidad específica tomada por el desarrollo de la capacidad productiva del trabajo como forma concreta de la producción de plusvalía relativa. El obrero individual del que partimos no sufre transformación alguna al interior de su propio proceso de trabajo. Pero, al mismo tiempo, emerge de este primer paso convertido en un miembro particular del colectivo de obreros que explota un capitalista. La capacidad del capitalista para controlar el ejercicio mismo del trabajo realizado por cada obrero individual se detiene en la exterioridad de este ejercicio. Hacia el interior del mismo no rige más subjetividad que la del obrero doblemente libre. Pero el capitalista personifica ahora las potencias del trabajo social en cuanto éstas se imponen, no ya sobre un mero proceso individual de trabajo, sino sobre un colectivo de trabajos individuales. En cuanto se imponen, por lo tanto, sobre un trabajo social en sí mismo.

La división manufacturera del trabajo supera las potencias de la cooperación simple para revolucionar la capacidad productiva del trabajo como forma concreta de producir plusvalía relativa. Lo hace transformando al obrero en un sujeto colectivo que integra la tarea parcial realizada por cada obrero individual, al interior mismo del proceso de trabajo. El obrero individual pierde con ello toda capacidad para controlar de manera íntegra el proceso de trabajo en que participa. Conserva, sin embargo, el control subjetivo pleno de la porción de ese proceso que pasa materialmente por sus manos. Pero esta capacidad que conserva se convierte en una base renovada para la mutilación de la universalidad potencial de su fuerza de trabajo. Es al precio de semejante mutilación, que el obrero doblemente libre ve convertirse las potencias de su trabajo individual en potencias de un trabajo directamente colectivo. Por su parte, la capacidad del capitalista para controlar conscientemente trabajo

social penetra ahora en el proceso de trabajo mismo. Este requiere ahora la asignación proporcional y la coordinación de las distintas tareas parciales que lo componen.

El sistema de la maquinaria, propio de la gran industria, supera todas las trabas que la intervención de la subjetividad del obrero individual en la ejecución de su proceso de trabajo puede imponer a la extracción de plusvalía. El obrero individual en activo tiende a recuperar su universalidad potencial sólo porque el capital ha borrado su subjetividad del proceso de producción. Pero, lejos de recuperar su capacidad para controlar la integridad del proceso de producción en que actúa, la capacidad para hacerlo se enfrenta al obrero como un atributo objetivado en la maquinaria. La enajenación de las potencias del trabajo humano como potencias del capital ha alcanzado así la expresión más desarrollada que le cabe respecto del trabajo productivo.

El obrero colectivo de la gran industria arranca teniendo su organicidad dada en su condición de apéndice del sistema de maquinarias. A su vez, convertido en el sujeto materializado del proceso de producción, el sistema de maquinarias tiene su propia organicidad determinada por la capacidad objetivada para organizar este proceso de manera íntegra. Y esta capacidad objetivada sólo puede ser el producto de un conocimiento que alcanza a la integridad de los procesos naturales sobre los que va a operar la maquinaria, de manera correspondientemente objetiva. La ciencia es, pues, la forma concreta necesaria de producirse la capacidad para organizar el proceso de trabajo del obrero colectivo de la gran industria. La producción de esta capacidad, el ejercicio de la misma en la organización práctica del proceso de producción en sentido restringido, y éste en sí mismo, son los tres momentos necesarios en la ejecución de la unidad que constituye el proceso de producción propio de la gran industria.

Cuando el obrero doblemente libre consume sus medios de vida, no hace sino reproducirse como tal. De modo que su voluntad y su conciencia tienen por toda determinación material el convertirlo, un día con otro, en un vendedor forzado de su fuerza de trabajo, que debe luego aplicar productivamente de manera consciente y voluntaria al servicio del capital. El siervo y el esclavo eran trabajadores forzados por la coacción directa que ejercía sobre ellos el no trabajador; el obrero asalariado es un trabajador forzado por la coacción que ejerce sobre él su propia libertad de doble cara. La condición de individuo privado e independiente que conserva para sí el obrero doblemente libre no es sino la forma concreta necesaria en que se realiza su determinación como trabajador forzado cuyo producto se le enfrenta como una potencia ajena que lo domina. La libertad individual que, al mismo tiempo, resulta impotente para controlar el carácter social del trabajo que rige, es la forma concreta necesaria en que se organiza este trabajo como un atributo perteneciente a su propio producto, cuando éste actúa como la relación social general materializada que se ha constituido en el sujeto concreto de la vida social. Por lo tanto,

dicha libertad individual es la forma ideológica necesaria de organizarse el trabajo forzado propio del modo de producción capitalista. En este modo de producción, el obrero es un individuo libre sólo porque nace a su vida natural ya determinado como un individuo cuyas propias potencias sociales le son ajenas. Cuanto más se ve el obrero a sí mismo como un individuo abstractamente libre, es decir, como un individuo cuyas potencias sociales brotan de su sola condición de sujeto libre, más prisionero se encuentra de encarnar las potencias del capital que necesitan tomar forma concreta en la negación de la organización consciente de la vida social. Por su parte, el capitalista sólo se afirma como individuo libre en cuanto personifica la necesidad de su capital de acumularse.

El incremento de la capacidad productiva del trabajo para producir plusvalía relativa transforma paulatinamente al obrero productivo en un obrero colectivo vacío de subjetividad al interior del proceso de trabajo en sentido restringido. Al mismo tiempo, presupone la concentración creciente del capital capaz de poner en acción a cada obrero colectivo. Por lo tanto, crece la escala de los fragmentos de trabajo social, organizados de manera privada con independencia uno de otro, que realiza cada obrero colectivo bajo el control del capital individual que lo recorta. Y este crecimiento no sólo tiene lugar en términos absolutos, sino respecto de la participación abarcada por cada capital individual dentro de la esfera especial de la producción en que opera.

El incremento de la tasa de plusvalía mediante el desarrollo de la maquinaria tiene por condición el crecimiento del capital constante a expensas del crecimiento del capital variable. El crecimiento del capital variable a una velocidad cada vez más lenta respecto del crecimiento del capital total tiene un efecto inmediato sobre la subjetividad productiva de la clase obrera. Transforma a una porción creciente de ésta en población sobrante para el capital. Pero el capital es la relación social a través de la que la población obrera organiza forzosamente la producción general de su vida. De modo que, al transformar a esta población obrera en sobrante para él, el capital la despoja del vínculo social portador de la capacidad de la misma para producir su propia vida natural. El capital, producto del trabajo social de la población obrera, priva a ésta de su capacidad para participar en la realización del trabajo social. Esto es, el capital, realización del ser genérico humano de la población obrera, despoja de su mismo ser genérico humano a la población obrera que determina como sobrante. La condena así a muerte. Tal es el grado en que el capital se erige en el sujeto concreto de la vida social, enfrentándose a sus propios productores como una potencia que les es ajena.

Hasta aquí, la necesidad del capital de revolucionar constantemente las condiciones materiales de producción no ha mostrado tener más potencia histórica que la degradación de la subjetividad productiva de la clase obrera. La convierte en apéndice de la maquinaria, cuando no la arrasa de manera absoluta. Esa revolución constante aparece no habiendo hecho más que transformar

las fuerzas productivas del trabajo libre individual en potencias del trabajo social materializado, a expensas de despojar a los obreros de toda capacidad para poner en acción por sí mismos la producción social. La propia conciencia y voluntad productiva del obrero colectivo recortado por cada capital individual se enfrentan a este obrero mismo como atributos encarnados en la subjetividad del capitalista que compra la fuerza de trabajo de sus integrantes individuales. Podría parecer, entonces, que el capital ha vaciado a la clase obrera de toda potencia histórica que trascienda la reproducción de la plusvalía relativa.

Sin embargo, falta considerar aún lo que ocurre dentro de las otras dos etapas que integran el proceso productivo de la gran industria. O sea, lo que ocurre con la producción del control científico sobre las fuerzas naturales y sobre la aplicación productiva de éstas. El desarrollo de estas tareas en la escala correspondiente a la gran industria escapa de las potencias subjetivas del capitalista. El capital social necesita entonces producir un nuevo tipo de obrero doblemente libre cuya subjetividad productiva sea apta para desarrollar estas tareas, las cuales conforman la producción y ejercicio de la conciencia y voluntad productiva del obrero colectivo. Este se encuentra integrado, así, por los obreros que participan directamente en el proceso de trabajo en sentido restringido y los obreros cuyo trabajo consiste en organizar científicamente ese proceso. Así como el obrero individual ha perdido el dominio respecto de la integridad del proceso de trabajo en que participa, este dominio muestra ahora haber dado el primer paso de su desarrollo como un atributo del obrero colectivo. Aunque, como atributo enajenado, no hace más que reproducir la fragmentación que reina dentro del obrero colectivo entre sus distintos órganos especializados. Mientras el capital necesita degradar la subjetividad productiva de la primera porción del obrero colectivo hasta arrasar con ella, necesita desarrollar la de la segunda porción habilitándola para realizar un trabajo cada vez más complejo.<sup>2</sup>

---

2. En *El capital*, Marx desarrolla plenamente las dos primeras determinaciones de la subjetividad productiva de la clase obrera. En cambio, apenas esboza el desarrollo de esta tercera determinación (Marx, *El capital*, vol. 1, págs. 347-348). Puede parecer, entonces, que hay un bache entre la degradación y privación de subjetividad productiva y la constitución de la capacidad de la clase obrera para organizar conscientemente la vida social. De todos modos, Marx remarca en *El capital* cómo la maquinaria transforma la materialidad del trabajo productivo para el capital, en cuanto el obrero colectivo incorpora el ejercicio de su propia conciencia productiva objetiva (ibíd., vol. 1, pág. 425). Al mismo tiempo, deja en claro que el desarrollo científico escapa completamente a la subjetividad de la clase capitalista, que no sabe sino apropiarse gratuitamente de sus frutos (ibíd., vol. 1, pág. 316). Ya en el Tomo III, muestra el desplazamiento del capitalista por el trabajador asalariado en la gestión del capital individual, aunque no lo presenta brotando del desarrollo de la materialidad del trabajo sino de la separación formal entre el capitalista como propietario y el capitalista en funciones (Karl Marx. *El capital*. Vol. 3. México, DF: FCE, 1973, págs. 370-371). Pero sólo en los *Grundrisse* Marx avanza desplegando abiertamente la necesidad del desarrollo de la tercera subjetividad

De hecho, con el desarrollo de la producción en base al sistema de maquinarias, el proceso de trabajo mismo experimenta una transformación en su naturaleza. No consiste ya esencialmente en la aplicación de la fuerza humana de trabajo sobre su objeto para transformarlo. Pasa a tener su eje en la aplicación de la fuerza humana de trabajo al control científico de las fuerzas naturales y a la objetivación del mismo como un atributo de la maquinaria, de modo de hacer actuar automáticamente a las fuerzas naturales sobre el objeto para transformarlo.

Cuanto más avanza esta transformación en la materialidad del trabajo, más necesita el capital social producir un obrero portador de una subjetividad productiva universal, capaz de controlar y organizar las fuerzas naturales cualquiera sea la forma concreta de éstas que se ponga en acción en cada caso. En pocas palabras, cuanto más se desarrolla la acumulación de capital, más necesita el capital social producir un obrero individual universal, no ya por la

---

productiva con la transformación material del proceso de trabajo que genera el sistema de la maquinaria. La pone así en evidencia como aquella cuya materialidad porta de manera directa la necesidad del capital de aniquilarse a sí mismo en su propio desarrollo (Karl Marx. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (borrador) 1857-1858. Vol. 2. Buenos Aires: Siglo XXI, 1972, págs. 227-230 y 236-237). Sin embargo, Marx no presenta aquí a la clase obrera como el sujeto concreto necesario del desarrollo de la conciencia científica. Por el contrario, Marx presenta este desarrollo como el producto del trabajo «general del espíritu humano», al que contrasta con el trabajo del obrero colectivo (Marx, *El capital*, vol. 3, pág. 115). Más aún, pone como condición para el desarrollo de la conciencia científica el crecimiento de la población en general, distinguiendo este crecimiento de manera específica del de la clase obrera (Karl Marx. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (borrador) 1857-1858. Vol. 1. Buenos Aires: Siglo XXI, 1972, pág. 308).

La producción de la conciencia, y más específicamente de la conciencia objetiva que avanza en el dominio sobre las fuerzas naturales y sobre las formas sociales de organizar este dominio, es la expresión más plena del trabajo humano. Es, por lo tanto, la expresión más plena de la forma natural específicamente humana de la vida. Sin embargo, Marx se enfrenta todavía a la producción del pensamiento científico bajo la forma concreta inherente a la división social entre el trabajador y el no trabajador que ejerce la conciencia productiva del primero. Apenas ha comenzado a manifestarse prácticamente la necesidad capitalista del desarrollo de la conciencia objetiva como forma general del trabajo que lleva en sí la aniquilación de dicho ejercicio. Es en estas condiciones que el propio Marx llega a referirse a la producción del pensamiento científico como a una actividad contrapuesta al trabajo (ibíd., vol. 1, pág. 229).

En tiempos de Marx, el desarrollo de la conciencia científica como atributo inherente de manera exclusiva a la subjetividad obrera apenas comenzaba a desarrollarse. Por eso no había modo de enfrentarse a las determinaciones concretas de su sujeto. Hoy, dar cuenta del desarrollo de este sujeto es clave para cualquier programa revolucionario de la clase obrera. De hecho, la cuestión de las formas concretas de constituir la acción unitaria como clase obrera de las tres subjetividades productivas en que el capital fragmenta a ésta constituye actualmente el punto de partida de la organización política de la clase obrera en pos de sus intereses generales.

degradación de su subjetividad productiva, sino por la multiplicación de ésta. Aunque, por supuesto, el capital contrarresta constantemente esta tendencia general suya. Lo hace al convertir cada avance en el control sobre las fuerzas naturales en un nuevo atributo objetivado en la maquinaria, simplificando así el trabajo que lo ejerce.

La necesidad de organizar la producción de manera científica, con una complejidad y escala que superan toda subjetividad individual, alcanza igualmente al proceso de circulación del capital. El obrero colectivo recortado por cada capital individual desarrolla entonces un órgano especializado, a cargo de esta tarea improductiva. Por su parte, el hecho de que el obrero colectivo tenga en sus manos la organización íntegra de su proceso material de trabajo al interior de cada fragmento privado del capital total de la sociedad, no modifica ni en un ápice el carácter antagónico de la relación que establecen sus miembros con el capital en torno a la realización del valor de la fuerza de trabajo. Pero la subjetividad del capitalista también se ve superada por el carácter científico y la escala que adquiere el ejercicio del control coactivo sobre los obreros que emplea. El capital inviste entonces a otro órgano especializado del mismo obrero colectivo con la capacidad de ejercer esa conciencia y voluntad coactiva colectiva. El obrero colectivo viene a poseer así la capacidad de coaccionarse a sí mismo como personificación del capital para extraer plusvalía de su propio cuerpo. La libre conciencia y voluntad del obrero individual, o sea, su capacidad para organizar por sí su propio proceso de trabajo, condición para su coacción por el capital, se encuentra desarrollada ahora también como un atributo del obrero colectivo. Por último, la capacidad subjetiva del capitalista se ve superada incluso en cuanto personificación del capital como movimiento genérico del valor substantivado que engendra más valor. O sea, la subjetividad del capitalista se ve superada incluso en cuanto portadora de la conciencia y voluntad de la forma de privado con que se realiza el trabajo social en el modo de producción capitalista. El obrero colectivo desarrolla una nueva porción de su cuerpo destinada a actuar como órgano especializado que personifica al capital en su pureza como tal.

Por supuesto, en cuanto en este proceso de expansión de su subjetividad enajenada en el capital, el obrero colectivo abarca la coacción sobre sí mismo y la representación del capital en su pureza como tal, los obreros individuales a cargo de estas tareas aparecen ante sí mismos y los demás como la negación misma de lo que son; a saber, miembros de la clase de los individuos libres que sólo cuentan con su fuerza de trabajo como mercancía para vender, o sea, miembros de la clase obrera. Al mismo tiempo, la relación antagónica general entre quienes personifican a la fuerza de trabajo y quienes personifican al capital penetra al interior de la propia clase obrera.

Pero, por sobre toda apariencia y antagonismo interno, se pone de manifiesto que el obrero colectivo ha recuperado para sí lo que el mismo movimiento del capital que lo engendra les ha quitado a los obreros individuales doblemente

libres que lo integran, a partir de sus atributos como productores independientes uno de otro capaces de organizar sus trabajos individuales de manera privada. El obrero colectivo puesto en acción por cada capital individual es, en su unidad, un productor que rige su trabajo de manera privada con independencia de la acción de los demás, y cuya conciencia y voluntad se encuentran determinadas como personificación de las potencias sociales del producto de su trabajo, el capital.

Al comienzo, nos enfrentábamos al productor de mercancías en el modo de producción capitalista como un individuo libre –por no estar sometido al dominio personal de nadie– que como tal realizaba su trabajo social de manera privada e independiente, Esto es, teniendo dominio pleno sobre el carácter individual de su trabajo pero careciendo de todo control sobre el carácter social del mismo. Por ello, debía someter su conciencia y voluntad de individuo libre al dominio de las potencias sociales del producto material de su trabajo, la mercancía: tenía que producir valor. Su conciencia y voluntad libres eran la forma concreta de su conciencia y voluntad enajenadas en la mercancía.

Ahora, vemos que, *con el desarrollo de la producción de plusvalía relativa mediante la maquinaria, el productor de mercancías es un individuo colectivo –formado por obreros doblemente libres, en el sentido de no estar sometidos al dominio personal de nadie y de estar separados de los medios de producción necesarios para producir su vida por su cuenta– que realiza su trabajo de manera privada e independiente. Como tal productor privado independiente tiene dominio pleno sobre su proceso individual de trabajo en tanto sujeto colectivo pero carece de todo control sobre el carácter social general del mismo. Por ello, debe someter su conciencia y voluntad de colectivo de individuos libres al dominio de las potencias sociales del producto material de su trabajo, el capital: tiene que producir plusvalía. La conciencia y voluntad libres de los miembros del obrero colectivo son la forma concreta de su conciencia enajenada en el capital.*<sup>3</sup>

---

3. Las fuerzas productivas del trabajo social no tienen más modo concreto de realizarse que como fuerzas productivas de los trabajos individuales. Cada modo de producción sintetiza una determinada relación entre el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social y el desarrollo de los atributos productivos individuales. Desde sus orígenes y por más de dos millones de años, el desarrollo de las fuerzas productivas sociales se encuentra portado por el desarrollo de las fuerzas productivas de un trabajo individual regido por relaciones personales basadas en el reconocimiento mutuo de la pertenencia a la misma comunidad. Esta modalidad de desarrollarse las fuerzas productivas sociales se organiza, necesariamente, sobre la base de la propiedad social de los medios de producción, en cuanto éstos corresponden al alcance inmediatamente social del trabajo. Se trata, pues, de un comunismo cuyo carácter primitivo está dado por el alcance mismo de las relaciones de mutua dependencia personal. Ya en esta etapa histórica, las fuerzas productivas del trabajo social se multiplican en base a la división del mismo entre quienes realizan el trabajo manual inmediato y quienes ejercen la conciencia productiva del carácter social del trabajo de los miembros

de la comunidad. Llega entonces el momento en que el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social da un salto adelante al convertir el ejercicio de la organización inmediatamente social del trabajo en el monopolio de una porción de la sociedad. Esta porción priva a los restantes miembros de la sociedad de la posibilidad de actuar como portadores de la conciencia productiva social, y les impone la realización del trabajo manual mediante la fuerza. El productor directo mismo se convierte, así, en propiedad de quien ejerce la organización general del trabajo social. Con lo cual, tanto los medios de producción de uso inmediatamente social como los medios de producción cuya utilización reviste un carácter inmediatamente individual, pasan a ser la propiedad del propietario del trabajador. Se trata del modo de producción esclavista.

Este modo de producción multiplica el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo realizado de manera inmediatamente colectiva. Pero este desarrollo se realiza a expensas de coartar las potencias productivas individuales del productor directo, del esclavo, al mutilarlo en su personalidad. Transcurridos menos de cinco mil años, el propio desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad logrado por el trabajo esclavo hace que dicha mutilación comience a manifestarse como una traba absoluta a su continuidad. Comienza, entonces, el proceso de recuperación para el trabajador manual del control sobre su proceso individual de trabajo. Esta reversión implica el deterioro de las fuerzas productivas del trabajo inmediatamente social. Por lo tanto, el desarrollo de este nuevo modo de organizar la producción social se presenta necesariamente como un período de retroceso, tanto en lo que hace al ejercicio colectivo del trabajo manual como al desarrollo de la conciencia capaz de regirlo. Pero, al mismo tiempo, para que avance en el ejercicio del control sobre su trabajo individual, el productor directo no puede ser ya de propiedad de quien controla coactivamente el trabajo social. Sólo puede serlo su medio básico de producción, la tierra, mientras el productor directo se encuentra sometido a relaciones de dependencia personal que lo atan a ella y lo fuerzan a producir para el no trabajador. El desarrollo del modo de producción esclavista engendra, así, al modo de producción feudal. Van a bastar menos de mil años para que las potencias productivas del trabajo social organizado de manera feudal muestren abiertamente su limitación histórica en razón del carácter aún mutilado de las potencias productivas del trabajador individual sometido a las relaciones coactivas de subordinación personal. Pero ya dentro de la propia época feudal se pone en evidencia el alcance de las potencias productivas del trabajo individual no sometido a coacción directa. Lo hace en las figuras del campesino y el artesano libres. Como individuos libres de toda relación de dominación personal, realizan su trabajo de manera privada e independiente. Al ejercicio pleno del control sobre sus trabajos individuales corresponde la propiedad privada de sus medios de producción basada en el propio trabajo. Son, por lo tanto, los portadores plenos del desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social realizado como un trabajo individual aislado. Visto a la inversa, son los portadores plenos de la mutilación absoluta de las fuerzas productivas del trabajo social realizado inmediatamente como tal. El modo de producción capitalista es la forma históricamente necesaria en que se socializa este trabajo libre individual a través del desarrollo de su condición de trabajo privado. Parte, pues, de la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción basada en el propio trabajo, para convertirla en una propiedad privada basada en la extracción gratuita de trabajo libre ajeno:

«Cuando no se limita a convertir directamente al esclavo y al siervo de la gleba

### 1.5 Concentración y estado, o la plenitud de las potencias productivas del trabajo social realizado como trabajo privado

La reproducción de la plusvalía relativa impone el crecimiento relativo y absoluto de cada uno de los fragmentos del trabajo total de la sociedad cuya ejecución privada se encuentra conscientemente organizada por el propio obrero colectivo que lo realiza. Bajo su forma concreta de acumulación capitalista, la ampliación del espacio abarcado por el trabajo social conscientemente organizado se realiza mediante la concentración y centralización progresiva de los capitales individuales. Claro está que, en cuanto la organización del trabajo social trasciende del alcance de cada capital individual, la forma de mercancía se hace presente de manera directa como la portadora de esa organización. El plan consciente que organiza el trabajo del obrero colectivo al interior de cada capital individual no es sino la forma concreta necesaria de realizarse la acumulación del capital, o sea, de realizarse la organización inconsciente general del trabajo social mediante la valorización del valor. El capital no es sino la relación social materializada que se yergue como el sujeto concreto del proceso de vida social. Por lo tanto, la condición de sujeto es un atributo inherente al capital social mismo, forma específica con que se representa el producto del trabajo social en su unidad. Este sujeto toma forma concreta en los capitales individuales, determinados como materializaciones privadas de trabajo social. La formación de la tasa general de ganancia es la manera acabada en que el capital social realiza su condición de sujeto concreto de la producción social. Esa formación no es sino el modo de asignarse la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo sus distintas formas concreta útiles por medio de la afirmación de los capitales individuales como partes alícuotas del capital social.<sup>4</sup>

Sin embargo, para asignar la capacidad total de trabajo, al capital social no le alcanza con la organización de los trabajos privados regida por el movimiento de los capitales individuales en la formación de la tasa general de ganancia. La propia acumulación del capital social alcanza el límite de esta organización autónoma tan pronto como el ejercicio privado de la conciencia y voluntad que personifica a los capitales individuales atenta contra las condiciones de la

---

en obrero asalariado, determinando por tanto un simple *cambio de forma*, la acumulación originaria significa pura y exclusivamente la *expropiación del productor directo, o lo que es lo mismo, la destrucción de la propiedad privada basada en el trabajo*» (Marx, *El capital*, vol. 1, pág. 647).

Apenas unas centurias le alcanzan al modo de producción capitalista para desarrollar las fuerzas productivas del trabajo social de la manera revolucionaria que estamos viendo. Pero, también, para engendrar sus propias formas concretas de mutilar ese desarrollo.

4. Nuestro proceso de reconocimiento ya ha avanzado por el curso abierto por Karl Marx. *El capital*. Vol. 2. México, DF: FCE, 1973 y Marx, *El capital*, vol. 3, secciones primera y segunda.

reproducción general del proceso de acumulación. La asignación del trabajo social necesita entonces ser realizada de manera directa por el capital social, y no simplemente a través del cambio de mercancías. Las potencias directas de la acumulación del capital social necesitan encarnarse, entonces, en un sujeto que enfrente a los capitales individuales, no sólo como portador de una conciencia y voluntad independiente de la de ellos, sino que tenga la potestad de imponer la suya directamente por sobre ésta. Este representante político directo del capital social es el estado.

Su condición históricamente específica de representante político general del capital social determina al estado capitalista como el agente directo general de la reproducción de la explotación de la clase obrera. De modo que, ante todo, la personificación directa del estado como representante del capital social corresponde, por naturaleza, a la clase capitalista. Por el contrario, parecería que el personificar de manera directa al capital social no cabe en modo alguno entre las determinaciones de la clase obrera. Más bien, parecería que la clase obrera sólo puede personificar las necesidades del capital social mediante su lucha contra el estado a fin de forzar a éste a aplicar las políticas que imponen sobre los capitales individuales la compraventa de la fuerza de trabajo por su valor (valor que incluye obviamente la progresión misma hacia la producción del obrero universal).

Sin embargo, en la circulación, y por lo tanto, a la conciencia inmediata de la clase obrera, la realización del ciclo de acumulación del capital social a través de la compraventa de la fuerza de trabajo se presenta bajo la apariencia de ser la realización de la libertad, la igualdad, la propiedad basada en el propio trabajo, y el interés personal de todos los participantes. La enajenación de la conciencia y voluntad del obrero en el capital toma aquí la forma concreta de su opuesto, o sea, de la conciencia y la voluntad libres. Sobre la base de esta apariencia, la organización directa de la acumulación del capital social como forma concreta de realizarse la organización general indirecta de la vida social mediante esa acumulación, se presenta como una necesidad que atañe por igual a la clase capitalista y a la clase obrera. Se realiza entonces estableciendo la relación política (y por tanto directa) general de ciudadanía que abarca indistintamente a los miembros de ambas clases. La organización directa de la acumulación del capital social toma luego forma concreta en la acción política de la clase obrera, no simplemente en cuanto esta acción encarna el carácter antagónico de la relación capitalista, sino en cuanto ella se convierte en expresión positiva inmediata del proceso de acumulación del capital social. Pero, como que esta acción organizativa directa es realización de una necesidad del capital social, se enfrenta a la propia clase obrera que la realiza como lo que es, a saber, como una potencia enajenada que la domina. Esto es, se enfrenta a la propia clase obrera que la realiza como una potencia del representante político general del capital social, o sea, del estado.

El mismo desarrollo de la acumulación del capital social lleva la com-

plejidad de su organización directa más allá de donde alcanza la capacidad subjetiva de los miembros de la clase capitalista para ejercer la representación política general del capital social. Esta es una tarea que muy tempranamente debe realizarse en gran escala sobre una base científica. Así como ocurre respecto de la personificación de los capitales individuales, el capital social necesita producir a una porción de la clase obrera como los individuos que personifican su representación política general. No se trata ya de una porción de la clase obrera que representa políticamente al capital social de manera específica en cuanto éste lleva en sí la necesidad de reproducir a la fuerza de trabajo con los atributos materiales y morales que requiere de ella para valorizarse. Se trata ahora de una porción de la clase obrera que personifica políticamente al capital social en su integridad como tal. Lo cual quiere decir, sin ir más lejos, que este fragmento de la clase obrera tiene a su cargo el ejercicio, como una potencia directamente social, de la coacción directa sobre el resto de la clase obrera inherente a la relación antagónica que el capital tiene con ésta. Pero también quiere decir que otra porción del fragmento en cuestión tiene a su cargo el desarrollo, como una potencia directamente social, de la conciencia científica correspondiente al desarrollo de las fuerzas productivas materiales regido por la producción de plusvalía relativa. Lo cual quiere decir que esta misma porción tiene a su cargo la producción de la conciencia científica de la clase obrera como una potencia directamente social enajenada en el capital y, por lo tanto, bajo la forma concreta de su opuesto, la ideología. La apariencia de la independencia de la clase obrera respecto del capital se convierte así en el producto de la ciencia que ella misma produce.

Ya habíamos visto que, con el desarrollo de la gran industria, el productor directo –en su unidad de obrero colectivo– recobra para sí, y por lo tanto, como una potencia inmediatamente social al interior de sí mismo, la condición de personificación consciente y voluntaria del carácter social general de su trabajo. Aunque, por supuesto, este carácter sigue enfrentándolo como un atributo enajenado en su producto material. Así lo hace por seguir siendo, ahora hacia el exterior de la unidad de cada obrero colectivo, un trabajo social realizado bajo la forma concreta de trabajo privado. Vemos ahora que, por su relación directa como clase, y por lo tanto, como una potencia consciente y voluntaria directamente social al interior de la clase, los obreros doblemente libres logran lo que era imposible para los productores directos de simples mercancías. Esto es, logran intervenir de manera consciente y voluntaria en la asignación de su capacidad total de trabajo bajo las distintas formas concretas útiles de éste, en tanto esta asignación concierne de manera inmediata a la unidad social del producto de sus trabajos privados, o sea, al capital social. Sin embargo, el desarrollo histórico de los atributos específicos del productor libre de simples mercancías como atributos del obrero doblemente libre está lejos de haber liberado a éste de la enajenación de esos atributos suyos como potencias sociales materializadas en el producto de su trabajo. El obrero doblemente

libre no es el sujeto concreto de su propio trabajo social. A la inversa, él mismo es el producto de las potencias sociales materializadas de su trabajo, o sea, de la forma de capital que tiene su propio producto.

Dentro de las determinaciones vistas hasta aquí, por más encarnizada que sea la lucha de clases o más democrático que sea un estado, la enajenación de las potencias del trabajo humano como potencias de la relación social general materializada no ha retrocedido ni en un ápice. Todas las potencias del ser genéricamente humano se enfrentan a éste como potencias enajenadas en el capital. La propia conciencia y voluntad de los obreros que alimentan al capital con el plustrabajo que éste les arranca se encuentran enajenadas en él, no ya simplemente en tanto deben someterse a esta explotación, sino en tanto se encuentran determinadas activamente como la personificación positiva de la misma. Es por este camino que la acumulación del capital social toma necesariamente forma concreta mediante la organización directa del trabajo social por el estado. Y, a su vez, esta organización directa tiene a la acción política de la clase obrera como forma concreta necesaria de realizarse. La clase obrera no tiene de dónde sacar más potencia para enfrentar a la burguesía en la lucha de clases, que la que le da el ser personificación de las potencias del capital social en cuanto la acumulación de éste choca contra el carácter privado de los capitales individuales.

### 1.6 Inversiones idealistas

A esta altura podría parecer que, si la clase obrera no tuviera más determinación que como atributo del capital, sería impotente para superarlo. Desde este punto de vista, la potencialidad para tal superación debería brotar de una fuente, de «un otro», opuestos al capital mismo. Detengamos por un momento nuestro avance y consideremos esta cuestión.

En primer lugar, podría parecer que la necesidad de superar el modo de producción capitalista ha de brotar de un imperativo ético, moral. Se trataría de superar la «injusticia» capitalista que brota en contraposición con un «derecho», una «justicia», una «igualdad» socialmente naturales,<sup>5</sup> cuando no divinos. O, más pretenciosamente, de la realización de la «dialéctica de la eticidad»,<sup>6</sup> o del «aumento en la autodeterminación interna o moralidad propia» mediante la educación.<sup>7</sup> Pero la ética, la moral, el derecho, no son los abstractos productos del «libre espíritu humano». Los productores de mercancías tienen la necesidad práctica de verse a sí mismos como individuos cuya acción parte de su independencia mutua inmediata. Necesitan, por lo

---

5. Eduard Berstein. *Socialismo teórico y socialismo práctico. Las premisas del socialismo y la misión de la social democracia*. Buenos Aires: Editorial Claridad, 1966, pág. 157; Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*. Londres: Verso, 1985, págs. 180-181.

6. Jürgen Habermas. *Conocimiento e interés*. Madrid: Taurus, 1982, pág. 67.

7. István Mezaros. *Marx's Theory of Alienation*. Londres: Merlin Press, 1986, págs. 188-189.

tanto, presentarse a su propia conciencia como individuos esencialmente libres por naturaleza. Su interdependencia social general, su propio ser social, se les presenta invertido como un límite exterior impuesto sobre su abstracta libertad natural. La ética es la pura representación ideológica, teórica, del ser social puesto por naturaleza como una determinación exterior al individuo. Está tan históricamente determinada como sus contrapartes prácticas, tanto la subjetiva –la moral– como la socialmente objetivada –el derecho–. Todas ellas son las formas concretas de la conciencia enajenada. La organización general indirecta de la producción social por el capital se realiza necesariamente tomando en ellas la forma concreta de relaciones directas entre las personas, a partir de la apariencia de independencia individual mutua. Son, por lo tanto, relaciones sociales que realizan la enajenación de las potencias humanas como atributos del producto material del trabajo. La superación del modo de producción capitalista no implica un cambio de contenido de estas relaciones sociales. Implica su aniquilación. Cuando se las invierte como causa de la potencialidad revolucionaria de la clase obrera, ésta es presentada como si no tuviera más potencia para superar al modo de producción capitalista que la que le pudiera dar el desarrollo abstracto de una conciencia incapaz de trascender de la enajenación capitalista misma. El espíritu «igualitario y solidario» que embellece a la ética, la moral y el derecho del «hombre nuevo» oculta así la verdadera determinación histórica. Es decir, oculta el hecho de que la superación del modo de producción capitalista sólo puede resultar de un cambio en la materialidad misma del proceso de trabajo que, a su vez, tenga por condición igualmente material el ser regido por una conciencia capaz de superar toda apariencia enajenada.

Ante la impotencia que brota de esta crítica aparente, puede parecer que la respuesta se encuentra en el carácter antagónico de la relación entre explotadores y explotados en que se realiza el valor de la fuerza de trabajo. Puede parecer, así, que este carácter antagónico, la lucha en la que la clase obrera se constituye como tal, es el que convierte por sí a ésta en un sujeto revolucionario poseedor de la potencia necesaria para superar el modo de producción capitalista. El límite histórico de éste tendría su necesidad dada por la acumulación de experiencia en esa lucha hasta el punto de transformarse por sí en la conciencia de la capacidad como clase para organizar la generalidad del trabajo social de manera directamente consciente.<sup>8</sup> Sin embargo, esta concepción empieza por dejar de lado la fuente material del desarrollo de la conciencia que es específicamente propia de la clase obrera; o sea, el desarrollo material de la subjetividad productiva específicamente suya. La reemplaza por la mera especificidad formal de la relación entre el no trabajador explotador y el trabajador explotado en el capitalismo. Esto es, empieza por sustituir la subsunción real del obrero en el capital por su subsunción formal, como

---

8. Georg Lukács. *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*. México, DF: Grijalbo, 1969, pág. 83.

determinante de las potencias revolucionarias específicas de la clase obrera. Tan vacía de determinación material se torna así la especificidad histórica del capitalismo, que se llega incluso a invertir la determinación de la relación antagónica entre el trabajador y el no trabajador. En esta inversión, las distintas modalidades que toma a lo largo de la historia la separación de la sociedad en trabajadores explotados y no trabajadores que explotan el trabajo ajeno no son las formas concretas necesarias de organizarse el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social en tanto este desarrollo sólo puede realizarse a expensas del desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo individual. Por el contrario, se presenta a la historia humana como teniendo por esencia el desarrollo de las modalidades de explotar el trabajo ajeno. La especificidad histórica del capitalismo se reduce así a que él es la forma acabada de esa explotación, al imponer el hambre insaciable de plusvalía como el objeto de la producción social. Para esta concepción, la lucha de clases no es la relación social de producción en la que toma forma concreta necesaria el desarrollo de las potencias productivas materiales del trabajo social a partir de las potencias productivas del trabajo individual aislado. Al contrario, como ocurre en la versión de Holloway, esta forma material del proceso de producción social aparece invertida como si ella fuera una forma concreta específica del desarrollo de la lucha de clases.<sup>9</sup> Con lo cual, el fin de la lucha de clases, o sea, la necesidad de la aniquilación del modo de producción capitalista, aparece otra vez vaciado de su determinación concreta por la transformación de la materialidad del proceso de producción social. Otra vez, la conciencia enajenada ha dejado de ser la forma concreta históricamente necesaria de organizarse el proceso de metabolismo natural entre la sociedad y su medio. Aparece invertida como el sujeto cuyo desarrollo abstractamente libre determina la modalidad material de ese proceso.

Puede parecer, también, que las potencias revolucionarias de la clase obrera no pueden brotar de la subsunción del obrero en el capital sino, al contrario, de manera exterior a ella. Desde este punto de vista, parecería que si el capital fuera el que determinara la conciencia obrera, si fuera el todo en la determinación de la clase obrera, ésta no tendría de dónde sacar fuerzas para liberarse de él. Parecería así que la capacidad de la clase obrera para superar el modo de producción capitalista sólo puede provenir de su «autonomía» respecto de éste. Sin embargo, el capital es la relación social general de la clase obrera, o sea, el modo general en que ésta –lo quiera o no– organiza la producción social de su vida. Y esta relación social general suya se ha invertido como el sujeto concreto objetivado de la producción social. Tanto determina el capital a la clase obrera como atributo suyo que es capaz de privar a una parte creciente de la misma de su vida natural. De modo que, para tener una

---

9. John Holloway. «The Great Bear: Post-Fordism and Class Struggle». En: *Post-Fordism & Social Form: A Marxist Debate on the Post-Fordist State*. Ed. por Werner Bonefeld y John Holloway. Londres: Macmillan, 1991, pág. 100.

potencia revolucionaria ajena al modo de producción capitalista que pudiera imponer sobre éste, la clase obrera tendría que ser portadora de una relación social aún más general que dicho modo de producción, de la cual surgiera esa potencia. O, dicho de otra manera, el capital no debería ser la relación social general de la clase obrera, sino una forma concreta de un modo de organizar la producción de la vida humana más genérico que él mismo. Como es más que evidente que tal relación social no existe, las concepciones acerca de la autonomía de la conciencia obrera siguen dos caminos. El primero consiste en fundar las potencias revolucionarias de la clase obrera en un espíritu libertario o igualitario, un deseo de recuperar el «sentido» del trabajo, imputados a una abstracta naturaleza humana. Espíritus y deseos a los que se adorna con la potencia suficiente como para pasar por encima del modo en que realmente la humanidad ha sido capaz de organizar su vida material hasta el presente. Así, surge por caso la «autovalorización» que propone Negri a la clase obrera.<sup>10</sup> El segundo camino consiste en rebajar la supuesta autonomía de la conciencia obrera a la condición de «relativa». Todo el secreto de la autonomía relativa se reduce a afirmar que la acumulación de capital determina a la conciencia obrera, pero que, a su vez, la conciencia obrera influye sobre la acumulación de capital, aunque ésta la determina en última instancia. Así, la conciencia de la clase obrera ha dejado de ser una forma concreta necesaria de realizarse la relación social general. Esta unidad ha sido reemplazada idealmente por un ir y venir exterior. Tanto, como para que hasta quepa el intento de explicar la autonomía relativa por el movimiento de un perro encadenado a un poste. Por este camino, se acaba concluyendo que todo determina a todo y, por lo tanto, que nada determina a nada. Borrada así toda necesidad real, se pasa a afirmar, como hace Althusser, que la acción revolucionaria es aquella provista de una «doctrina» revolucionaria, y que ésta es tal si promueve la acción revolucionaria.<sup>11</sup> Una vez más, la superación del modo de producción capitalista aparece teniendo su necesidad reducida al abstracto desarrollo de la conciencia.

Estas concepciones fantásticas de una conciencia libre capaz no sólo de engendrarse a sí misma sino también de engendrar las condiciones materiales de vida de la sociedad, no son sino expresiones de lo que Marx llamaba la dialéctica pequeñoburguesa del «por una parte» y el «por otra parte». Por una parte, la humanidad –o la clase obrera, para quienes son más específicos– tendría su conciencia social determinada como forma concreta necesaria de la producción del capital. Su conciencia no sería más que la personificación de las potencias del producto de su propio trabajo. Esto es, sería una conciencia enajenada a cuyas espaldas opera la organización autónoma general de la

---

10. Antonio Negri. *Marx au-delà de Marx : Cahiers de travail sur les « Grundrisse »*. París: Christian Bourgois Éditeur, 1979, pág. 182.

11. Louis Althusser. *La revolución teórica de Marx*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974, págs. 142-181.

vida social. Por otra parte, la humanidad –o la clase obrera– tendría su conciencia social determinada como la capacidad para tomar en sus manos la organización general de la vida social. Sería, de esta parte, una conciencia inmediatamente libre de toda enajenación. En el más materialista de los casos, la cuestión del carácter histórico del modo de producción capitalista queda idealistamente invertida así en la lucha entre las fuerzas materiales que una abstracta conciencia enajenada y una abstracta conciencia libre podrían poner en acción respectivamente.

La pretensión de superar el capitalismo mediante el «socialismo de mercado», tan a la moda,<sup>12</sup> se presenta como el empate en esta lucha. Por una parte, los individuos tendrían el dominio consciente pleno sobre el carácter social de su trabajo, organizándolo de manera directa. De ahí, el socialismo. Por la otra parte, carecerían de todo control consciente sobre el carácter social de su trabajo. Las potencias de éste se les enfrentarían como potencias inherentes al producto del mismo, enajenando su conciencia. De ahí, el mercado. Por una parte, la producción social se encontraría conscientemente organizada al servicio de la vida humana. Por la otra, la producción social se basaría en poner la vida humana al servicio del capital, o sea, de una potencia que llega a despojar a la vida humana de su mismo ser genérico. En la realidad, la conciencia y voluntad libres producen simples valores de uso, nunca valores de uso que las enfrentan como portadores enajenados de sus potencias sociales, o sea, como mercancías. A la inversa, la producción de mercancías produce a la conciencia y la voluntad enajenada de sus propias potencias sociales, nunca a la conciencia y la voluntad libres. Fuera de su contenido ideológico como apología del capitalismo «humanizado», el socialismo de mercado tiene su posibilidad real reducida a ser la comunidad de los individuos esquizofrénicamente asociados.

El socialismo de mercado tiene la virtud de hacer groseramente visibles las consecuencias de tomar las formas concretas con que el trabajo del obrero doblemente libre se presenta en el proceso de compraventa de la fuerza de trabajo, y abstraerlas de sus determinaciones. El capital sólo puede apropiarse de las fuerzas productivas del trabajo libre individual puesto bajo el control consciente directo del capitalista, porque produce a los trabajadores forzados que las portan bajo la forma concreta de individuos dotados de una conciencia y voluntad libres. Así, en la circulación, el carácter forzado del trabajo dado por la necesidad de vender la propia fuerza de trabajo simplemente para reproducirla como un objeto vendible, toma la forma concreta de la libertad para vender la mercancía que el obrero posee. La obligación para el obrero de rendir plustrabajo impago, toma la forma concreta de un cambio de equivalentes en que todo el trabajo se encuentra pago. El despojo al obrero del producto de su trabajo social, y el que hasta la parte paga de su trabajo social lo sea

---

12. David Schweickart. *Against Capitalism*. Cambridge: Cambridge University Press, 1993; John Roemer. *A Future for Socialism*. Cambridge: Harvard University Press, 1994.

con el producto impago de su trabajo anterior, toma la forma concreta de ser la realización del derecho de propiedad basado en el propio trabajo. Y el proceso social que tiene por todo objeto inmediato la acumulación de capital, toma la forma concreta de un proceso que brota simplemente de que cada uno persigue libremente la satisfacción de su interés personal. *La conciencia libre del obrero no es el abstracto opuesto de su conciencia enajenada. Es la forma concreta necesaria de su conciencia enajenada. Dicho de otra manera, en el modo de producción capitalista, sólo porque su conciencia y su voluntad se encuentran enajenadas en el producto de su propio trabajo social, el obrero posee una conciencia y una voluntad libres. Y es a través de su conciencia y voluntad de individuo libre, que el obrero tiene su conciencia y voluntad enajenadas como potencias del capital.*

La dialéctica del «por una parte y por otra parte» sirve al socialismo de mercado para conciliar lo inconciliable. Trotsky le hace separar lo inseparable.<sup>13</sup> Por una parte, se abstrae el desarrollo de las fuerzas productivas materiales, al declarar que ya ha alcanzado el punto más alto de maduración que le cabe bajo el capitalismo. Considerado estrictamente, esto es lo mismo que afirmar que el desarrollo de las fuerzas productivas se ha detenido por haberse agotado bajo su forma capitalista. Cualquier materialista diría que la detención del desarrollo material de las fuerzas productivas implica necesariamente la detención del desarrollo de su forma concreta de organizarse socialmente, o sea, de las relaciones sociales de producción. Y que, por lo tanto, esa detención implica la detención del desarrollo de la forma concreta que las relaciones sociales de producción toman en la mente humana, o sea, de la conciencia y la voluntad. Considerada de un modo laxo, la afirmación en cuestión implica que todo desarrollo adicional de las fuerzas productivas dentro del capitalismo se ha tornado estéril para el desarrollo de las condiciones de su superación. Se trataría, por lo tanto, de un desarrollo material incapaz de desarrollar las relaciones sociales de producción, la conciencia y la voluntad. Con lo cual, si se acepta semejante absurdo desde un punto de vista materialista, el desarrollo de la conciencia habría llegado a la misma detención que en el caso anterior. Pero, por la otra parte, se abstrae a la conciencia y la voluntad de la clase obrera, demandando de ellas la plenitud de su movimiento. Por una parte, el desarrollo de la materialidad de las fuerzas productivas de la sociedad – esto es, la realización del ser genérico humano – se mantiene firmemente quieto, reducido a la categoría de «factor objetivo» ya satisfecho para la superación del capitalismo. Por la otra parte, la conciencia de la clase obrera es puesta a dar vueltas vertiginosamente sobre sí misma, reducida a la categoría de «factor subjetivo» que todavía está por desarrollarse para lograr esa superación. ¿Por qué, si las fuerzas productivas han alcanzado el desarrollo completo que cabe bajo su forma capitalista, esta forma no ha sido superada aún? Porque la clase

---

13. León Trotsky. *El Programa de Transición*. Tigre: Ediciones Política Obrera, s/d, pág. 5, 7-8 y 42-44.

obrero no ha desarrollado suficientemente su conciencia revolucionaria. ¿Por qué la clase obrera no ha desarrollado su conciencia revolucionaria? Porque ha sido derrotada una y otra vez por la clase capitalista en la lucha política. ¿Por qué la clase obrera ha sufrido estas derrotas? Porque ha sido traicionada una y otra vez por sus dirigencias políticas. Y, ¿por qué la clase obrera insiste en elegir una y otra vez estas dirigencias traidoras? Porque no ha desarrollado suficientemente su conciencia revolucionaria. Con lo cual, la conciencia de la clase obrera ha dado una voltereta completa sobre sí misma.

En contraste aparente con este agotamiento abstracto de la acumulación de capital como vehículo del desarrollo de las fuerzas productivas, se levanta el postulado de su inevitable agotamiento mecánico para funcionar en absoluto. Por caso, Luxemburg postula que la plusvalía contenida en los medios de vida destinados a la expansión del capital variable es imposible de realizar si no se cuenta con capas o sociedades exteriores al modo de producción capitalista mismo. Pero como éste no puede dejar de absorberlas progresivamente, acaba agotándose como tal supuesta fuente de realización, destruyéndose así a sí mismo.<sup>14</sup> De igual modo, Grossmann postula el derrumbe final del capitalismo por su imposibilidad mecánica para reproducir las proporciones de la producción social por insuficiencia de plusvalía.<sup>15</sup> Por su definición misma, estos supuestos límites mecánicos son independientes de la realización por el capitalismo de toda razón histórica de existir respecto del desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Más bien, la hipotética extinción de la acumulación de capital por su supuesto choque contra ellos es la negación misma de esa realización. De modo que estos límites mecánicos llevan implícita la misma interrupción ya vista del desarrollo de las fuerzas productivas. Sólo que se lo pospone para un futuro inexorable, en lugar de presentarlo como una actualidad inmediata que se da de patadas con la realidad manifiesta.

Si las fuerzas productivas materiales de la sociedad pudieran alcanzar mecánicamente el límite que le cabe a su organización bajo el modo de producción capitalista sin haber producido la plenitud de la conciencia revolucionaria de la clase obrera, se inmovilizaría la base material que determina a ésta. Con lo cual, ella misma quedaría inmovilizada en el punto que hubiera alcanzado para entonces. Lejos de encontrarse en condiciones de superar su determinación como conciencia enajenada, quedaría prisionera indefinidamente de esta condición. Esta perspectiva espanta a quienes conciben los límites mecánicos a la acumulación. A primera vista, postular que la necesidad de la superación del capitalismo brota de la existencia de un límite inherente a la mecánica misma de la acumulación de capital parece ser lo opuesto a postular la autonomía de la conciencia como condición para esa superación. Sin embargo, tan pronto

---

14. Rosa Luxemburg. *La acumulación del capital*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Americanos, 1968, pág. 332 y 435.

15. Henryk Grossmann. *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*. México, DF: Siglo XXI, 1984, pág. 121.

como se enuncia el primer postulado, esta supuesta autonomía es el único camino abierto hacia delante. Dado que la realización del supuesto fin mecánico del capitalismo es la negación misma de su superación, necesariamente aparece como la negación del ser genérico humano mismo. Aparece, por lo tanto, como una «barbarie» abstraída de todo modo de producción, que no por accidente confluye con las concepciones que la conciencia enajenada engendra como mera ciencia ficción. De modo que a la enunciación del límite mecánico la sigue normalmente la pretensión de que la conciencia de la clase obrera se ponga en movimiento por sí misma.<sup>16</sup> Aun en caso de llegarse al límite mecánico, ella podría poner así nuevamente en movimiento el desarrollo de su propia base material. O sea, a dicha enunciación la sigue normalmente la pretensión de que la conciencia no es la expresión en ideas de las condiciones materiales de la vida humana, sino que el desarrollo de las ideas engendra estas condiciones. Lukács expresa esta inversión de manera plena, mediante la concepción del límite mecánico como «las fuerzas ciegas» que literalmente empujan al «abismo y la catástrofe», de los cuales la humanidad sólo puede liberarse por «la voluntad consciente del proletariado».<sup>17</sup>

Compañera inseparable de esta inversión idealista es la inversión que concibe al modo de producción capitalista llegando mecánicamente a un fin que, lejos de implicar la catástrofe o la barbarie, resulta en el surgimiento de un modo de producción superior con independencia de la acción consciente y voluntaria de la clase obrera. La primera inversión abstrae esta acción de su determinación como forma concreta necesaria de realizarse la transformación en la materialidad del trabajo social que es portadora de la superación del modo de producción capitalista. La segunda inversión abstrae la transformación de la materialidad del proceso de trabajo de su forma concreta necesaria de realizarse mediante la acción consciente y voluntaria de la clase obrera. Ambas inversiones operan sobre la misma base: el sustituir dicha transformación material por un límite mecánico. Y ambas convierten al contenido y a la forma necesaria de la superación del modo de producción capitalista en abstracciones, de modo que la acción regida mediante ellas no puede reconocer su verdadera necesidad.

Por último, existe la creencia de que las potencias de la clase obrera para superar el capitalismo nacen de la resistencia desesperada por no perecer, ejercida por las porciones de la misma que el capital determina brutalmente como sobrantes. Estas porciones han sido impotentes para resistir el avance del capital cuando todavía éste las requería como fuerza de trabajo en activo. Ahora que el capital las ha despojado hasta de la posibilidad de participar en la producción y el consumo sociales y, por lo tanto, del propio ser genérico humano, dicha impotencia pasa a concebirse invertida como la posibilidad de afirmar una supuesta «propia identidad» inmanente. Luego, se declara

---

16. Luxemburg, *La acumulación del capital*, pág. 435 y 470.

17. Lukács, *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*, pág. 76.

que esta identidad tiene la potencia para trascender al capital como relación social general. Esto es, se imputa a esta supuesta conciencia «liberada» la capacidad de poner en movimiento por sí las fuerzas productivas materiales que corresponden a una forma de organización social superior.

Dejemos atrás estas ilusiones apoloéticas o pseudocríticas, y volvamos al desarrollo de la forma concreta que toma la revolución constante de las condiciones materiales de producción regida por la apropiación de plusvalía relativa. Porque, como ya dijimos, así como el obrero y el capitalista tienen su voluntad y existencia social determinadas como encarnaciones de las potencias del capital, la revolución material constante en que se realizan estas potencias revoluciona su determinación como sujetos sociales enajenados y, por lo tanto, su conciencia y voluntad.

### **1.7 El fin histórico del capitalismo, o la clase obrera como sujeto revolucionario**

Cuanto más crece la acumulación de capital sobre la base de la producción de la plusvalía relativa, más crece la magnitud absoluta y relativa de cada porción de trabajo colectivo internamente organizado de manera consciente, pero que sigue siendo una porción privada respecto del trabajo total de la sociedad. Más necesita el capital objetivar científicamente toda subjetividad en el proceso de producción. Más necesita el capital producir un obrero universal en condiciones de desarrollar y controlar cualquier sistema de maquinarias que le toque en suerte. Más crece la población obrera sobrante consolidada por encima del nivel con que la necesita el capital como factor contrarrestante de la solidaridad de la clase obrera, en el proceso de realizarse el valor de la fuerza de trabajo; de modo que más crece la violencia a la que recurre el capital para quitar esa superpoblación de en medio. Con todo lo cual, más se agudiza la contradicción entre las potencias directamente sociales del trabajo y la forma de privado con que se realiza, y de ahí, el choque de esas potencias contra la forma de privada que tiene la apropiación de su producto.

En síntesis, cuanto más se desarrolla la acumulación de capital, más necesita la organización autónoma capitalista realizarse tomando la forma de organización directa por el estado. Y con el desarrollo de esta necesidad, más atrás van quedando las potencias subjetivas de la clase capitalista para actuar como personificación de la conciencia y voluntad del capital social. De modo que, más necesita el modo de producción capitalista convertir a la representación política del capital social en la tarea de un obrero colectivo improductivo especial, de un órgano colectivo especializado dentro de la división social del trabajo, formado por obreros individuales doblemente libres.

Las potencias que el modo de producción capitalista da a cada una de las clases sociales que engendra, muestran ahora ser realmente opuestas a la apariencia que presentaban en la inmediatez de la producción de plusvalía relativa. En su propio desarrollo, el capitalismo quita a la clase capitalista

su razón histórica de existir. Esta pierde toda aptitud para constituirse en la conciencia y voluntad que personifica la transformación de las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias productivas del trabajo directamente social, bajo la forma de potencias portadas por el producto mismo del trabajo social. El capital convierte así a la burguesía en un puro parásito social, en cuya subsistencia se gasta una porción de plusvalía que merma la masa disponible para ampliar la escala de la acumulación. Por lo tanto, convierte a la burguesía en personificación del retraso en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, aun al interior de los mismos límites del modo de producción capitalista. En su origen, el capital invierte a la burguesía de la potencia revolucionaria para aniquilar los límites impuestos al desarrollo de las fuerzas productivas por la subordinación de la conciencia y voluntad del obrero individual a la organización feudal y esclavista de la producción social. En su condición de sujeto concreto de la producción social, es el mismo capital quien acaba clamando por una revolución social que lo libere del lastre que le impone la subsistencia de una clase social a la que él mismo no deja más potencialidad que el consumirlo improductivamente. Y, como acabamos de ver, el proceso en que el capital convierte a la burguesía en un puro lastre para sí, no es otro que el proceso en que el capital engendra a una clase social portadora de una conciencia y voluntad apta para liberarlo de ese lastre. Se trata de la clase obrera a la que el mismo capital ha puesto a cargo de la realización íntegra de la producción social a fin de extraerle hasta la última gota de plustrabajo que pueda rendir.

El avance en la socialización del trabajo privado tiene por forma necesaria la centralización del capital, o sea, la confluencia de los capitales individuales hacia su unidad inmediata como capital total de la sociedad. Es en la acción política, o sea, cuando expresa inmediatamente las potencias del capital social, que la clase obrera da cuerpo a la socialización directa del trabajo privado. La acción revolucionaria de la clase obrera es la forma concreta necesaria en que la referida revolución constante en la materialidad de los procesos de trabajo – que al mismo tiempo implica su socialización directa – desarrolla su necesidad de organizarse como una potencia directamente social que trascienda los límites de su forma privada capitalista. Por lo tanto, esta acción revolucionaria es la forma concreta necesaria en que el modo de producción capitalista realiza su necesidad histórica de superarse a sí mismo en su propio desarrollo.

El curso pasa por que la clase obrera tome en sus propias manos su relación social general enajenada, o sea, se apropie del capital social. Cosa que sólo puede hacer centralizando el capital como propiedad del estado.<sup>18</sup>

*Un proceso de acumulación de capital donde la ejecución y el control íntegros del proceso de trabajo se encuentra en manos de los obreros asalariados, y el capital es una propiedad colectiva de estos mismos obreros bajo la modalidad*

---

18. Karl Marx y Friedrich Engels. *Manifiesto Comunista*. Buenos Aires: Editorial Claridad, 1975, págs. 49-50.

*necesaria de capital estatal, es la forma más desarrollada de la enajenación de las potencias humanas como potencias del capital.* Su constitución es un paso fundamental en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. Este paso toma necesariamente la forma material de una revolución social en la que los expropiados de sus condiciones materiales de producción expropián a sus expropiadores, o sea, de una revolución social en la que la clase obrera produce la abolición de la clase capitalista y de la clase terrateniente. Pero, en esta revolución social, la clase obrera no produce la abolición de sí misma, sino su propia reproducción. La relación social general materializada, o sea, la organización general del trabajo social portada en la forma de valor de su producto material, sigue poniendo a la producción social en acción sin más objeto inmediato que la reproducción ampliada de sí misma. La asignación de la capacidad de trabajo total de la sociedad sigue encontrándose mediada por la forma de mercancías tomada por la fuerza de trabajo y los medios de vida necesarios para reproducirla. La separación del obrero respecto de sus medios de producción se ha desarrollado plenamente. Ellos se le enfrentan como una potencia social autónoma objetivada que le es ajena y lo domina. Dicha separación ni siquiera necesita ya presentarse mediada por la propiedad privada del no trabajador, por la figura del capitalista. Por el contrario, lo hace bajo la forma concreta de que los medios de producción son propiedad del obrero como clase. Por muy centralizado que se encuentre como propiedad social, el capital necesita seguir contando con las potencias productivas del obrero forzado por su condición de individuo doblemente libre. En la plenitud de su desarrollo, la clase obrera se encuentra determinada tanto como personificación colectiva de la conciencia y voluntad de dicha reproducción, cuanto como fuerza de trabajo colectiva de cuya sangre se nutre esa misma reproducción, y como fuerza de trabajo crecientemente sobrante respecto de la reproducción de su propia relación social general.

¿Qué transformación en la materialidad del proceso de producción social regido por la producción de plusvalía relativa puede encerrar, entonces, la necesidad de la superación del modo de producción capitalista, determinando a la clase obrera como el sujeto revolucionario a cargo de aniquilarlo en su propio desarrollo?

El desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo libre inmediatamente social como un atributo de su negación, o sea, del trabajo privado, es la contradicción que sintetiza las potencias históricas y el límite del modo de producción capitalista. La potencia específica del modo de producción capitalista para desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad no tiene más secreto que la progresiva transformación de los atributos del trabajo libre individual en atributos del trabajo libre realizado como una potencia colectiva, y por lo tanto directamente social, dentro de un límite específico. Aun este trabajo determinado por su materialidad como directamente social, sólo es tal al interior de un ámbito restringido. Desde el punto de vista social general

sigue teniendo la forma específica de trabajo privado. Es decir, de un trabajo que se sigue enfrentando a su propio carácter social como un atributo de su producto a cuya potencia social debe someterse. Pero, al mismo tiempo, el desarrollo de la capacidad productiva de este trabajo social puesto en acción privadamente pasa a tener crecientemente por condición material el desarrollo de la organización consciente general del trabajo como una potencia directamente social. Y esta organización directa sólo puede tomar forma concreta en la relación directa general propia del modo de producción capitalista, o sea, en la lucha de clases. Más específicamente, en cuanto se trata de una organización directamente consciente que se impone sobre el carácter limitado de las potencias inmediatas de los capitales individuales, ella se realiza tomando la forma concreta del avance de la clase obrera en esa lucha.<sup>19</sup>

El desarrollo de la organización directa general de la producción social mediante la acción consciente de la clase obrera arranca teniendo su alcance limitado por su misma condición de ser la forma concreta de realizarse su opuesto. Este mismo alcance limitado limita el alcance de la conciencia con que la clase obrera rige su acción. De modo que ella no puede superar su propia apariencia de conciencia abstractamente libre. Pero, cuanto más el desarrollo de la capacidad productiva del trabajo puesto en acción privadamente tiene a la organización consciente directa del trabajo social por condición material, más profundamente debe penetrar la conciencia en las determinaciones del trabajo social para poder regirlo. Y las determinaciones del trabajo social en el modo de producción capitalista no son sino las determinaciones de la conciencia enajenada de la clase obrera. Con lo cual, cuanto más desarrolla el capital su necesidad de organizar directamente el trabajo social, más hace que esta necesidad sólo pueda ser satisfecha mediante el avance de la conciencia de la clase obrera sobre sus propias determinaciones.

En la plenitud de su desarrollo, la conciencia libre portadora de la enajenación cobra directamente forma en la materialidad misma del proceso de trabajo. A esta altura, el trabajo consiste materialmente en aplicar una conciencia científica – es decir, una que conoce sus propias determinaciones de manera objetiva y, como tal, que avanza en su libertad – al desarrollo del control sobre las fuerzas naturales a fin de objetivarlas en la maquinaria, o sea, a la multiplicación de la capacidad para organizar el proceso de metabolismo social. Pero este mismo producto, es decir, dicha capacidad multiplicada de organización, se enfrenta a sus productores bajo la forma social específica de plusvalía. Esto es, se los enfrenta como una potencia social que les es ajena por pertenecerle al producto material de su trabajo y a la cual se encuentra sometida su misma conciencia objetiva. Se trata de una organización automática de la vida social, donde el trabajo humano consiste en desarrollar la capacidad para controlar dicha organización conscientemente, que al mismo tiempo tiene por objeto

---

19. Marx, *El capital*, vol. 1, capítulo 24.

inmediato la multiplicación de la capacidad para organizar automáticamente la vida social a espaldas de la conciencia de sus productores.

En su contradicción constitutiva, el capital social impone así, como propia, la necesidad de que el conocimiento científico desarrollado por la clase obrera avance superando cualquier apariencia que se interponga limitando la organización consciente de la transformación de la naturaleza en un medio para el trabajo social. Sin embargo, este avance es en sí mismo la negación de la reproducción del capital. Porque esta reproducción tiene por condición el producir una conciencia y voluntad que se enfrenten a sus propias potencias humanas como a potencias que le son ajenas, como potencias que pertenecen al capital. No en vano, en el modo de producción capitalista, el carácter forzado del trabajo tiene a la conciencia y voluntad aparentemente libres del obrero como forma concreta necesaria de realizarse. El capital no puede ser otra cosa que el producto de una conciencia y una voluntad enajenadas. Pero, ahora, esta enajenación se constituye en la traba absoluta a la socialización directa del trabajo doblemente libre y, por lo tanto, a la forma específicamente capitalista del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad.

Nos encontramos aquí al capital requiriendo, como una necesidad que brota de su mera reproducción inmediata, ser personificado por una conciencia y voluntad que se haya liberado de toda enajenación y, por lo tanto, que se haya liberado de toda determinación como personificación del capital. Notemos bien que no se trata de que el desarrollo de las fuerzas productivas se detiene porque no puede realizarse ya bajo su forma concreta capitalista, y que debe luego ser puesto en marcha nuevamente por una conciencia liberada de su enajenación. Se trata de un desarrollo de las fuerzas productivas que el capital abre para satisfacer su necesidad más específica, pero que sólo puede satisfacerla tomando una forma material cuya organización tiene una condición específica. La de ser realizada por una conciencia que conoce su propia necesidad más allá de cualquier apariencia. De modo que este desarrollo de las fuerzas productivas materiales se abre como la realización de una necesidad irrefrenable del capital y se cierra como la realización de la superación de éste, al implicar necesariamente su forma material la transformación de la conciencia enajenada en una conciencia liberada de toda enajenación.

*El modo de producción capitalista agota así su razón histórica de existir, a saber, el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad mediante la transformación de las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias del trabajo directamente social conscientemente organizado por el propio obrero colectivo que lo realiza, bajo la forma de la enajenación de las potencias de este trabajo como potencias sociales de su producto material. De ser un modo de desarrollo de las fuerzas productivas sociales, cuya potencialidad histórica superaba incluso las barreras específicas que él mismo oponía a ese desarrollo al enajenar la subjetividad productiva del trabajador, el modo de producción capitalista se convierte en una traba absoluta al mismo. Pero, al*

mismo tiempo, muestra que le es imposible dejar de dar el paso adelante cuyo cierre no cabe ya en él. Ocurre que, en el modo de producción capitalista, la necesidad genéricamente propia del proceso natural de la vida humana se encuentra directamente portada por la necesidad específicamente inherente a la reproducción ampliada de aquél como modo de producción determinado. Porque el capitalismo no es sino un modo históricamente específico de organizarse el proceso natural de metabolismo humano con su medio. Las especies animales desarrollan la potencialidad de sus procesos de metabolismo, ampliando su capacidad para apropiarse de su medio, a través de transformar su propio cuerpo para adaptarlo a éste. Pero el ser genéricamente humano reside en la capacidad para apropiarse del medio natural actuando sobre él para transformarlo en un medio para sí a través del trabajo social. De modo que el proceso de vida humano tiene como necesidad natural esencial la ampliación de su potencialidad para apropiarse del medio a través del desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad.

La realización del referido paso adelante en el desarrollo de las fuerzas productivas toma entonces necesariamente una forma concreta material que le es específica. A saber, toma la forma de una revolución social en la que el sujeto material de ese desarrollo, o sea, la clase obrera, no se limita ya a aniquilar a la burguesía transformando al capital en una propiedad inmediatamente social, sino que aniquila al capitalismo mismo. Y, con él, aniquila al representante político general del capital social, al estado. Con lo cual la clase obrera alcanza también su propio fin, dando paso a un nuevo modo de organización general del trabajo social. Esta nueva relación social general no tiene más forma concreta que la de ser portada en una conciencia y voluntad humanas mediante las que el trabajador individual se reconoce a sí mismo de manera objetiva como el órgano del trabajo social que es. La libertad no consiste ya en la ausencia de la subordinación del individuo al dominio personal de otro, porque se encuentra sometido al dominio de las potencias sociales del producto de su trabajo. Se ha desarrollado completamente como la conciencia objetiva plena respecto de la propia individualidad como portadora de las potencias productivas sociales. No se está sometido al dominio personal de otro, porque se tiene el dominio pleno sobre las potencias sociales del propio trabajo individual. Se trata, por lo tanto, de la organización consciente general del proceso de producción de la vida social. La conciencia libre, o sea, la libre individualidad, ha pasado a ser la relación social general.

De allí en más, no cabe desarrollo alguno de las potencias del trabajo social que no sea, de inmediato, un desarrollo de las potencias del trabajo individual; y, a la inversa, cada desarrollo de las potencias del trabajo individual es de inmediato un desarrollo de las potencias del trabajo social. Por primera vez desde la separación histórica entre el trabajador y el no trabajador, la realización de la capacidad para actuar de manera consciente y voluntaria sobre la naturaleza para transformarla en un medio para la vida humana ha dejado de

ser, al mismo tiempo, una forma concreta de negación de esa capacidad. Con la superación del modo de producción capitalista comienza la plena realización del ser genéricamente humano y, por lo tanto, comienza verdaderamente la historia humana.<sup>20</sup> El trabajador se convierte por primera vez en un individuo, no ya formalmente, sino realmente libre y, más precisamente, en un individuo libremente asociado. Esto es, se determina a sí mismo como el sujeto concreto del proceso humano de metabolismo social que se organiza mediante el conocimiento, ejercido como un atributo inherente a la individualidad misma de cada miembro de la sociedad, de su propia determinación como tal sujeto concreto.<sup>21</sup>

La producción de la conciencia científica de la clase obrera respecto de su propia potencialidad histórica no es una cuestión abstractamente científica. Es un momento específico necesario de la acción política de la clase obrera en la lucha de clases. Mientras permanece prisionera del mismo método científico que opera como la conciencia objetiva capaz de producir plusvalía relativa mientras se enfrenta a sí misma de manera no objetiva, o sea, de la representación lógica, la conciencia científica de la clase obrera es impotente para descubrir que, en el modo de producción capitalista, la libertad no es más que la forma concreta de la enajenación. Se mutila entonces en sus propias potencias históricas, al verse a sí misma como una conciencia abstractamente libre. Pero a medida que la propia acumulación de capital requiere desarrollar el control directo del carácter social del trabajo, la acción consciente de la clase obrera necesita avanzar hacia la superación de esta apariencia. Necesita dejar atrás la exterioridad de la *representación* lógica para regirse mediante la *reproducción* de lo concreto en el pensamiento, o sea, mediante el conocimiento dialéctico. *El capital* de Marx es en sí mismo el desarrollo, realizado

---

20. Karl Marx. *Contribución a la crítica de la economía política*. Ediciones Estudio: Buenos Aires, 1973, pág. 11.

21. Marx sintetiza de manera plena el desarrollo de la historia natural humana, o sea, la historia del desarrollo del alcance material de las fuerzas productivas del trabajo social portado en sus correspondientes modos de organización, en los siguientes términos:

«Las relaciones de dependencia personal (al principio sobre una base del todo natural) son las primeras formas sociales, en las que la productividad humana se desarrolla solamente en un ámbito restringido y en lugares aislados. La independencia personal fundada en la dependencia *respecto de las cosas* es la segunda forma importante en que llega a constituirse un sistema de metabolismo social general, un sistema de relaciones universales, de necesidades universales y de capacidades universales. La libre individualidad, fundada en el desarrollo universal de los individuos y en la subordinación de su productividad colectiva, social, como patrimonio social, constituye el tercer estadio. El segundo crea las condiciones del tercero» (Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (borrador) 1857-1858, vol. 1, pág. 85).

por primera vez y puesto bajo una forma que permite su reproducción social, de la conciencia enajenada de la clase obrera que se produce a sí misma como una conciencia enajenada que conoce su propia enajenación y las potencias históricas que obtiene de ella. En *El capital*, esta conciencia se despliega hasta alcanzar sus determinaciones generales que conciernen a la acción revolucionaria de la clase obrera en la que dichas potencias históricas se realizan produciendo las condiciones materiales para la organización consciente – por lo tanto, libre – de la vida social.

### **Apéndice 1.1: Conciencia obrera y desarrollo de la subjetividad productiva**

Los cursos divergentes seguidos por la subjetividad productiva del obrero en activo, uno hacia su degradación y el otro hacia su desarrollo, reflejan directamente la determinación históricamente específica de la división entre trabajo manual e intelectual cuando los potencias sociales del trabajo se desarrollan como las potencias enajenadas del capital en la gran industria. Al enfrentar la cuestión desde la perspectiva de la subjetividad productiva, se hace foco en esta división tal como ella concierne directamente a la actividad de los obreros como los sujetos de proceso de trabajo enajenadamente regido como un proceso de valorización. Contrapuesto a esta perspectiva, Sohn-Rethel abstrae al trabajo intelectual en el capitalismo, al relacionarlo con la «apropiación» en oposición a la «producción».<sup>22</sup> Continúa abstrayendo al trabajo intelectual al presentarlo como un proceso directamente socializado en oposición a los trabajos manuales individuales realizados de manera privada e independiente.<sup>23</sup> Así, termina abstrayendo a los sujetos directos del proceso de trabajo que produce la ciencia de su relación social general. Los obreros intelectuales se encuentran escasamente presentes en la exposición de Sohn-Rethel. Cuando lo están, se hace referencia a ellos por la peculiaridad material inmediata de sus trabajos – por ejemplo, en tanto científicos, técnicos, gerentes – y la única referencia a su ser social específico – o sea, a su relación de clase – es que el capital debe mantenerlos separados de los obreros manuales.<sup>24</sup>

El trabajo de los obreros cuya subjetividad productiva se desarrolla con la producción de plusvalía relativa mediante el sistema de la maquinaria consiste materialmente en el ejercicio de una conciencia científica. Esta misma materialidad, sumada a las modalidades y volumen del consumo individual requerido para la reproducción de la fuerza de trabajo capaz de desarrollar esa conciencia científica enajenada como una potencia del capital, refuerza de manera particular la apariencia con que la compraventa de la fuerza de trabajo se realiza en la circulación. Esto es, estos obreros aparecen como la

---

22. Alfred Sohn-Rethel. *Intellectual and Manual Labour: A Critique of Epistemology*. Nueva Jersey: Humanities Press, 1978, pág. 73.

23. *Ibíd.*, pág. 77.

24. *Ibíd.*, pág. 157.

quintaesencia de los individuos abstractamente libres y no como lo que son, a saber, trabajadores forzados para el capital social. Pese a no poseer más mercancía para vender que su fuerza de trabajo, surge así la apariencia de que no pertenecen a la clase obrera. Apariencia que se refuerza más aún en cuanto estos obreros tienen abiertamente a su cargo la personificación general del capital y, como tales, el ejercicio de la coacción sobre el resto de los obreros. Así, aparecen de inmediato a su propia conciencia y la de los demás como si pertenecieran a una clase distinta de la obrera y la capitalista y, aun, a esta última.

Esta conciencia invertida alcanza hasta a las concepciones teóricas críticas del capitalismo. Braverman define a la clase obrera por la degradación de la subjetividad productiva. En consecuencia, los obreros asalariados portadores de una subjetividad productiva expandida sólo entran a la clase obrera en tanto la pierden.<sup>25</sup> Aglietta también asimila proletarización, es decir, determinación como clase obrera, a degradación de los atributos productivos del obrero.<sup>26</sup> Luego, contrapone la «categoría social» de los «cuadros asalariados» a la clase obrera, excluyendo a aquéllos de ésta por ejercer la conciencia que controla al obrero colectivo.<sup>27</sup> Para lo cual necesita vaciar al salario de su condición de relación de producción específica, presentándolo reducido a sus meras formas de relación jurídica y de relación en la competencia.<sup>28</sup>

Por su parte, Carchedi incluye en la clase obrera a los obreros portadores de la subjetividad productiva expandida necesaria para coordinar el trabajo colectivo, a condición de que esta tarea excluya la de vigilancia.<sup>29</sup> Sin embargo, en cualquier proceso de trabajo socialmente regido por la relación antagónica establecida a través de la compraventa de fuerza de trabajo, la coordinación es inseparable del ejercicio implícito o explícito de coacción sobre otros para hacerlos rendir plusvalía. Esta unidad es inherente al proceso de trabajo capitalista en la gran industria desde el arranque mismo de la cuestión acerca de la forma de conciencia que se define como una de naturaleza científica.<sup>30</sup>

Tanto según las concepciones de Braverman y Aglietta, como según la de Carchedi, la revolución constante de las condiciones materiales de producción – por lo tanto, de la conciencia – que determina el papel histórico del capitalismo nunca deviene el producto directo del trabajo enajenado de la clase obrera. Esta revolución técnica se encuentra concebida, del principio al fin del capitalismo, como el producto de la clase capitalista y de unas supuestas «nueva

---

25. Harry Braverman. *Trabajo y capital monopolista: La degradación del trabajo en el siglo XX*. México, DF: Editorial Nuestro Tiempo, 1984, págs. 468-469 y 486-487.

26. Michel Aglietta. *Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de los Estados Unidos*. México, DF: Siglo XXI, 1991, pág. 147.

27. *Ibíd.*, pág. 152.

28. *Ibíd.*, pág. 152 y 154.

29. Guglielmo Carchedi. *On the Economic Identification of Social Classes*. Londres: Routledge y Kegan Paul, 1977, pág. 84.

30. Esta cuestión es el objeto del capítulo 7.

clase media»<sup>31</sup> o «pequeña burguesía asalariada».<sup>32</sup> La clase obrera resulta así despojada abstractamente de su determinación material directa como el sujeto histórico progresivo al interior del modo de producción capitalista mismo. A su vez, Touraine abstrae las formas concretas de la concentración del capital, para presentar invertida a la acumulación de capital como una «sociedad programada».<sup>33</sup> Luego, las contradicciones que engendra la fragmentación capitalista de la subjetividad productiva al interior de la clase obrera se presentan invertidas como las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad. Así, la clase obrera queda diluida en estratos mutuamente contrapuestos cuya potencialidad histórica se reduce a las apariencias que presentan sus conciencias enajenadas.<sup>34</sup>

Desde su simple determinación como conciencia inmediata de los propios interesados, hasta su determinación como concepción teórica crítica, la inversión en cuestión es producto de una conciencia científica. Lo cual pone de inmediato en evidencia que el propio método científico que produce a esta conciencia científica tiene que engendrar por sí, o sea, por su propia forma, la inversión ideológica. Se pone así en evidencia que el método que en el modo de producción capitalista aparece como la forma natural del conocimiento científico, es en sí mismo una forma concreta históricamente específica de la enajenación de las potencias productivas humanas como potencias del capital. Lo cual pone a su vez en evidencia que, el desarrollo material de la subjetividad productiva del obrero más allá de donde cabe en el modo de producción capitalista, lleva necesariamente consigo la revolución del propio método científico. Por su contenido, este desarrollo revolucionario de la materialidad de la subjetividad productiva sólo puede realizarse bajo la forma concreta de la acción política de la clase obrera consistente en la transformación de su propia conciencia enajenada en una conciencia enajenada capaz de dar cuenta de su propia enajenación.

Cuando el obrero aplica en su proceso inmediato de trabajo una conciencia científica al servicio de un capital individual – cosa que hacen desde el técnico llano al gerente –, da cuerpo a las potencias del modo de producción capitalista para desarrollar las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Pero, por la forma misma de privado con que realiza este trabajo, da cuerpo, al mismo tiempo, a todas las trabas que el carácter privado del trabajo opone a ese desarrollo. No hace sino reproducir la aniquilación privada de las potencias inmediatamente sociales del trabajo. Como ya se dijo, es en la acción política, o sea, cuando expresa inmediatamente las potencias del capital social, que la clase obrera da cuerpo a la socialización directa del trabajo privado. Y lo hace plenamente cuando expresa de manera específica la necesidad que tiene el

---

31. Carchedi, *On the Economic Identification of Social Classes*, págs. 89-90; Braverman, *Trabajo y capital monopolista: La degradación del trabajo en el siglo XX*, pág. 467.

32. Aglietta, *Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de los Estados Unidos*, pág. 152.

33. Alain Touraine. *La société post-industrielle*. París: Denoël, 1969, pág. 41.

34. *Ibíd.*, pág. 114.

capital social de revolucionar una y otra vez las bases sobre las que avanza hacia su propia aniquilación. Por lo tanto, es en esta acción política revolucionaria donde la clase obrera da cuerpo a la plenitud del desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad en que se expresa directamente la necesidad del modo de producción capitalista de superarse a sí mismo: es aquí donde se dirime el desarrollo inmediato de la organización consciente general de la vida social.

Al incorporar al propio obrero colectivo la personificación de su explotador, el capital introduce su determinación antagónica general al interior de la clase obrera. El valor de la fuerza de trabajo de los obreros en cuestión corresponde a su reproducción con los atributos materiales y morales requeridos para representar al capital como su conciencia productiva, coactiva y en la circulación. Entre estos atributos se incluye, precisamente, el no reconocerse a uno mismo como órgano particular del obrero colectivo, sino el verse como un individuo abstractamente libre cuyos intereses confluyen con los del capital que se personifica. Esta determinación se refleja en un salario que no se limita a corresponder a la complejidad e intensidad del trabajo, ni a la extensión práctica de la jornada de trabajo. Incluso forman parte del mismo los gastos de representación del capital. Por lo tanto, aun cuando se considera a este tipo de obrero en lo que puede tener de simple obrero productivo, la masa de valor que produce su trabajo complejo puede resultar menor que el valor de su fuerza de trabajo. En este caso, el capital paga lo que falta de su salario con plusvalía que extrae al resto de los miembros del mismo obrero colectivo. Ocurre que la presencia del obrero individual en cuestión, con sus peculiares atributos como conciencia productiva del obrero colectivo que integra, es una condición concreta para que éste exprese toda su potencialidad como fuente de plusvalía. En este caso, el capital no explota a dicho obrero en tanto obrero individual, pero si lo hace en tanto miembro del obrero colectivo. A su vez, este obrero no apropia la plusvalía como tal: aunque se le pague con parte de ella (como, por lo demás, ocurre con cualquier obrero improductivo), recibe una masa de valor que se corresponde con la de la mercancía que entrega. Lo que obviamente ocurre es que, en tanto personificación inmediata del capital, se enfrenta en la relación antagónica general con el resto de los obreros. Cosa que hace, tanto en su condición de integrante de un obrero colectivo determinado, como al interior de la relación política general que define a la propia clase obrera como tal. Y así como el accionar consciente y voluntario de estos obreros como personificaciones del capital aparece de inmediato como la negación misma de la acción consciente y voluntaria de solidaridad que constituye a la clase obrera como tal, ellos mismos son producto de esta acción solidaria. A saber, el desarrollo de los atributos que el capital demanda de ellos como vendedores de fuerza de trabajo tiene por condición que esta fuerza se venda normalmente por su valor; condición que emerge portada necesariamente en la acción de la clase obrera en la lucha de clases. De modo que los obreros en cuestión no sólo

son forma concreta de existencia de la clase obrera, sino del avance de ésta en la lucha de clases al cual aparecen contraponiéndose de manera inmediata en cuanto actúan en ella como representantes del capital. Lo que ocurre es que la relación consciente y voluntaria de solidaridad ha cobrado en sus figuras una forma concreta que aparece como la negación de su propio contenido.

### **Apéndice 1.2: El vaciado de la especificidad histórica del modo de producción capitalista por la economía política crítica\***

Existe una fuerte tendencia entre los economistas políticos marxistas a sacar de la vista que el atributo históricamente específico del trabajo social productor de mercancías es la forma de privado e independiente con que se realiza. Se saca así de la vista que el modo de producción capitalista tiene su propia especificidad histórica determinada como el modo concreto necesario de desarrollarse esta contradicción entre la naturaleza social del trabajo y su forma privada e independiente. Este ocultamiento sigue dos cursos generales.

El primero parte de considerar el movimiento del capital social, representado por los esquemas de la reproducción, como si su unidad se realizara de manera inmediata.<sup>35</sup> Así, esta unidad aparece reducida a una cuestión de mera proporcionalidad material no mediada por la forma de privado con que se realiza el trabajo social. Surge entonces la apariencia de que todo trabajo aplicado a la producción de las mercancías que entran en la unidad material es inmediatamente social. Luego, esta vertiente considera que la determinación del valor de las mercancías presupone la existencia de una matriz técnica dada de la producción social.<sup>36</sup> Ahora bien, la existencia a priori de esta matriz presupone a su vez la asignación de la capacidad de trabajo total de la sociedad bajo sus distintas formas concretas útiles de manera directa antes de iniciarse el ciclo productivo. Los productos del trabajo social así asignado no tienen necesidad alguna, ni modo, de tomar la forma de mercancías; ni el trabajo social que los produce, de representarse como su valor. El problema que la forma de mercancía viene a resolver, o sea, el problema de cómo asignar el trabajo total de la sociedad bajo sus formas concretas útiles cuando no existe una relación social directa de interdependencia general entre los productores – y, por lo tanto, el trabajo social se realiza de manera privada e independiente – ya se da por resuelto de antemano. No es de extrañar, entonces, que quienes realizan esta construcción invertida lleguen a dos conclusiones. La primera es que el

---

\*. He desplegado detenidamente esta cuestión en mi libro. Juan Iñigo Carrera. *Conocer el capital hoy. Usar críticamente El Capital. La mercancía, o la conciencia libre como forma de la conciencia enajenada*. Vol. 1. Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, 2007.

35. Piero Sraffa. *Producción de mercancías por medio de mercancías*. Barcelona: Ediciones Oikos-Tau, 1965, pág. 17.

36. Michio Morishima. *Marx's Economics. A Dual Theory of Value and Growth*. Cambridge: Cambridge University Press, 1973, págs. 14-15.

valor no es una relación social sino una «categoría redundante»,<sup>37</sup> de la cual podría prescindirse para conocer la especificidad de la producción capitalista si no fuera porque resulta ilustrativa para el «concepto de explotación».<sup>38</sup> La segunda es que el valor puede expresarse directamente en cantidades de su sustancia, o sea, en cantidades de trabajo, y no únicamente como valor de cambio.<sup>39</sup> Lo cual borra directamente la especificidad del trabajo productor de mercancías. Para que el valor pudiera expresarse directamente como cantidades de su sustancia, el trabajo materializado privadamente en la mercancía debería manifestarse inmediatamente como trabajo social en el momento mismo de realizarse. Bastaría entonces con tomar una mercancía aislada para que ésta expresara la magnitud de su propio valor. Pero, otra vez, en tal caso, el trabajo social materializado en la mercancía no necesitaría ya, ni tendría cómo, representarse socialmente como la aptitud de la misma para el cambio.

En el mundo real de la sociedad productora de mercancías, la producción material realizada de manera privada e independiente produce al mismo tiempo la relación social general. La unidad material de la producción social sólo se impone a posteriori, cuando el simple gasto de fuerza humana de trabajo socialmente necesario se representa como la aptitud social de sus productos materiales para relacionarse entre sí en el cambio, o sea, como el valor de las mercancías. Y es por ello que el valor de una mercancía sólo puede expresarse como valor de cambio, o sea, en la relación de cambio con otra, y nunca como cantidades de su sustancia, o sea, como cantidades de trabajo abstracto. En la relación de cambio, una cantidad del cuerpo o valor de uso de la segunda expresa relativamente la magnitud de valor de la primera, al actuar como su equivalente.

El segundo curso se basa en la sustitución del carácter de privado por el carácter de abstracto, como atributo históricamente específico del trabajo social que produce mercancías y, por lo tanto, valor. El trabajo abstracto es el simple gasto de fuerza humana de trabajo realizado bajo una forma concreta útil cualquiera. De modo que el trabajo abstracto tiene por toda cualidad la materialidad del gasto productivo de cuerpo humano, o sea, de músculos, cerebro, etc. humanos. Como es obvio, esta cualidad es naturalmente inherente al trabajo humano cualquiera sea la forma social en que se lo organice. Para presentarlo invertido como atributo específico de la producción de mercancías, esta vertiente de la economía política recurre a varios procedimientos. El más grosero consiste en empezar por presentar la verdadera naturaleza del trabajo abstracto para, a renglón seguido, afirmar que ella sólo corresponde al trabajo productor de mercancías.<sup>40</sup> Un segundo procedimiento consiste en dar vuelta

---

37. Ian Steedman. *Marx after Sraffa*. Londres: New Left Books, 1977, pág. 202.

38. Paul Sweezy. *Teoría del desarrollo capitalista*. México, DF: FCE, 1964; Maurice Dobb. *Economía política y capitalismo*. México, DF: FCE, 1966, pág. 29.

39. Sweezy, *Teoría del desarrollo capitalista*, pág. 136.

40. Academia de Ciencias de la URSS, ed. *Manual de Economía Política*. Buenos Aires: Editorial Fundamentos, 1962, págs. 57-58.

la determinación de la cambiabilidad de las mercancías. Se parte de negar la determinación de esta cambiabilidad por la representación de la materialidad del trabajo abstracto como el atributo social específico de su producto en razón de haberse realizado de manera privada e independiente, para terminar concibiendo a las apariencias mismas del proceso de cambio como las determinantes del trabajo abstracto. Esto es, se presenta a las mercancías como si entraran naturalmente al cambio no siendo más que valores de uso, y allí su contacto con el dinero las convirtiera en portadoras de trabajo abstracto.<sup>41</sup> Un tercer procedimiento consiste en imponer por sobre la verdadera cualidad natural del trabajo abstracto una que lo haga aparecer como atributo históricamente específico de la producción de mercancías. Por ejemplo, el trabajo abstracto pasa a ser concebido como el simple gasto de fuerza humana de trabajo cualquiera sea la forma concreta en que se lo realice, a condición de que sea hecho con indiferencia respecto de las «experiencias vitales» del trabajador mismo.<sup>42</sup> Con lo cual, el trabajo abstracto productor de mercancías aparece transformado en una especie particular de trabajo abstracto. Como tal especie particular, se contrapone al simple gasto de fuerza humana de trabajo cualquiera sea la forma en que se lo realice, pero que se realiza sin indiferencia respecto de su contenido. Se concibe así al trabajo abstracto en sí como si estuviera determinado en tanto tal por encerrar una diferencia específica respecto de su propio género y, por lo tanto, como si él mismo fuera una forma concreta de trabajo humano. En otra versión se concibe al trabajo abstracto como el mediador en la relación social entre los productores.<sup>43</sup> Pero no es el trabajo mismo el que media en la relación social de los productores privados e independientes. El mediador es el producto del trabajo, la mercancía. No se trata del trabajo abstracto en acto sino del trabajo abstracto materializado, o sea, el trabajo abstracto que ya no existe más que objetivado en su producto. En la inversión en cuestión se tiene un simple gasto de fuerza humana de trabajo, un trabajo abstracto, que interviene como mediador en la relación social y otro que no lo hace. Otra vez, el trabajo abstracto productor de valor pasa a ser concebido como una forma específica de su propio género y, por lo tanto, como un trabajo concreto.

La sustitución de la forma de privado del trabajo productor de mercancías por la apariencia de ser un trabajo directamente social, al igual que la sustitución de la forma de privado por la condición de abstracto como determinante de la especificidad histórica del trabajo productor de mercancías, conducen al mismo lugar. Vacían al modo de producción capitalista de su especificidad

---

41. Isaak Rubin. «Ensayos sobre la teoría marxista del valor». En: *Cuadernos de Pasado y Presente*, n.º 53: Buenos Aires (1974), pág. 179, 182 y 196.

42. Massimo De Angelis. "Beyond the Technological and the Social Paradigms: A Political Reading of Abstract Labour as the Substance of Value". En: *Capital & Class*, vol. 19, n.º 57: Sage Publications (1995), pág. 110.

43. Moishe Postone. *Time, Labor and Social Domination: a reinterpretation of Marx's critical theory*. Cambridge: Cambridge University Press, 1993, pág. 150.

histórica. Esto es, lo vacían de su determinación como forma necesaria del desarrollo de las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias productivas del trabajo inmediatamente social conscientemente organizado por el propio obrero colectivo, realizado a través del desarrollo de la contradicción immanente a la organización privada del trabajo social. Por lo tanto, vacían a la clase obrera de sus propias potencias históricas específicas. Con lo cual despojan al carácter revolucionario inherente a estas potencias de su base material, rebajando su necesidad a alguna de las inversiones idealistas antes vistas.

Sin embargo, el último grito de la moda en la economía política crítica va todavía más lejos. La centralización del capital como propiedad directamente social, o sea, como propiedad del estado, es la forma más potente de la socialización del trabajo privado. Mediante esta centralización, la clase obrera toma en sus manos su propia relación social enajenada. Por lo tanto, su realización es la forma concreta general de la acción política en que la clase obrera expresa sus intereses históricos como sujeto revolucionario. Es por eso que la más moderna economía política crítica no puede contentarse con borrar la especificidad histórica del modo de producción capitalista poniendo al trabajo abstracto en el lugar del trabajo privado. Sigue adelante poniendo al poder coactivo que ejerce el capital sobre el obrero en el lugar de la materialidad del trabajo abstracto.<sup>44</sup> Luego, todo se le hace concluir que la acción revolucionaria de la clase obrera consiste en negarse a tomar el poder del estado como quien huye de la peste.<sup>45</sup> La economía política crítica se muestra así en la plenitud de su propia razón de existir. No sólo borra la especificidad histórica de las potencias revolucionarias de la clase obrera, sino que directamente pretende convencer a ésta que lo verdaderamente revolucionario es tomar el camino opuesto a la realización de las mismas y, por lo tanto, el camino de su derrota histórica.

---

44. John Holloway. *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*. Buenos Aires: Revista Herramienta y Universidad Autónoma de Puebla, 2002, págs. 216-218; Michael Hardt y Antonio Negri. *Imperio*. Buenos Aires: Paidós, 2002, págs. 198-199.

45. Holloway, *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, págs. 306-307; Hardt y Negri, *Imperio*, pág. 201.

# La tasa general de ganancia y su realización en la diferenciación de los capitales industriales

### 5.1 El capital industrial medio

En el modo de producción capitalista, la asignación de la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo las distintas formas concretas útiles de trabajo se realiza mediante la formación de la tasa general de ganancia. En esta formación, el capital total de la sociedad actúa como sujeto de su propia valorización determinando a los capitales individuales<sup>1</sup> como partes alícuotas suyas. Como tales, éstos realizan la unidad material del movimiento del capital social al actuar de manera privada e independiente como masas de valor que se valorizan en igual proporción respecto de su monto y tiempo de desembolso.

La participación activa de los capitales industriales individuales en la formación de la tasa general de ganancia tiene por condición el que estos capitales alcancen el grado de concentración requerido para operar en la escala suficiente como para poner en acción la capacidad productiva del trabajo que determina el valor de las mercancías.<sup>2</sup> El capital individual que reúne este atributo se constituye en el normal o medio para la esfera en que actúa. La producción de plusvalía relativa impone el constante aumento en la masa de valor que debe acumularse para que pueda funcionar como un capital individual autónomo normal.

Los capitales industriales que se quedan atrás en el proceso de concentración y centralización no pueden continuar operando autónomamente como

---

1. El término «capital individual» no hace referencia aquí al capital que es propiedad de un capitalista individual sino a cada uno de los capitales que recortan la realización del trabajo social de manera privada e independiente, sean propiedad de un capitalista individual o de una sociedad de capitalistas.

2. Esta determinación de los capitales industriales se extiende formalmente a los capitales comerciales. Estos no producen plusvalía sino que, por el contrario, son ellos mismos un gasto improductivo de plusvalía. Los capitales comerciales cuya escala permite hacer mínimo el gasto improductivo de plusvalía que es necesario efectuar para realizar a ésta, participan en el prorrateo de la plusvalía total producida por los obreros productivos de los capitales industriales. Para mayor claridad, en la exposición sólo se hace referencia a los capitales industriales. Pero, *mutatis mutandi*, el desarrollo alcanza de manera formal también a los capitales comerciales.

tales. Se encuentran forzados a convertirse en fragmentos que se agregan para integrar otros capitales industriales, transformados en capitales prestados a interés.

## **5.2 Centralización y valorización del capital industrial en relación con el capital prestado a interés**

El acceso al capital prestado a interés es la forma más universal y potente de la centralización del capital industrial. Sin embargo, el mayor o menor acceso al capital prestado a interés que logran individualmente los capitales industriales medios no entra en la determinación de la tasa general de ganancia. En el prorrateo de la plusvalía total de la sociedad entre los capitales de las distintas ramas de la producción social sólo cuenta el monto que es necesario adelantar individualmente en cada una de ellas. El prorrateo se realiza con independencia de cómo se divida la propiedad sobre ese monto entre el capitalista industrial y los capitalistas de dinero que se lo prestan al primero para que lo ponga a funcionar como capital industrial.

Ahora bien, los capitales industriales apropian la tasa general de ganancia en proporción a su masa total. Pero deben ceder a los capitales recibidos a préstamo la parte correspondiente a éstos. Sin embargo, este paso en la apropiación de la plusvalía se realiza en base a la aplicación de la tasa de interés sobre el capital prestado. Y la tasa de interés es normalmente inferior a la tasa general de ganancia. De modo que el capital industrial apropia para su beneficio la porción de la ganancia media que corresponde a la diferencia entre la tasa general de ganancia y la tasa de interés sobre el capital recibido a préstamo, pese a que esta porción del capital adelantado no ha sido propiedad suya. Cuanto mayor sea el capital recibido a préstamo respecto del capital propio, mayor será el efecto de la diferencia entre la tasa general de ganancia y la tasa de interés respecto de este mismo capital. Por lo tanto, mayor será el efecto sobre la tasa de ganancia concreta del capital industrial en cuestión. Esta se va a encontrar determinada por la tasa general de ganancia sobre este mismo capital más el residuo producido por la diferencia entre la ganancia media sobre el capital tomado a préstamo y la tasa de interés pagada por él. Las diferencias en las proporciones en que los capitales industriales individuales acceden al capital prestado a interés afectan, pues, a la tasa de ganancia concreta a la que se valorizan los mismos. Cuanto mayor sea la proporción de capital recibido a préstamo en relación con el capital industrial propio, más por encima se va a ubicar la tasa de ganancia concreta de éste respecto de la tasa general de ganancia. En el extremo inferior, el capital industrial que no acceda a capital a préstamo alguno va a valorizarse simplemente a la tasa general de ganancia. Con lo cual, aun tratándose de capitales iguales desde el punto de vista de su participación en la formación de la tasa general de ganancia, el primero va a tener una potencialidad de acumulación concreta superior a la del segundo.

Se establece así una competencia específica entre los capitales industriales por el acceso al capital a préstamo. Esta competencia no es una modalidad concreta del proceso de formación de la tasa general de ganancia. Lo es de la determinación de la capacidad de valorización concreta que adquiere cada capital industrial individual en el proceso de reparto de la plusvalía entre el capitalista industrial y el capitalista de dinero prestado a interés. Así como el acceso al capital prestado a interés potencia la centralización del capital industrial, la diferencia entre la tasa de ganancia y la de interés potencia su concentración, o sea, su capacidad para transformar plusvalía en nuevo capital.

De más está aclarar que la diferencia entre la tasa general de ganancia y la tasa de interés no juega ningún papel específico en la valorización normal – a la tasa general de ganancia – del capital comercial de dinero que centraliza y administra el capital a préstamo, o sea, del capital bancario. La valorización del capital bancario a la tasa general de ganancia se encuentra portada en la diferencia entre la tasa de interés que cobra por el préstamo y la que les paga a los capitalistas de dinero individuales que le entregan su capital para que lo administre, esto es, en la diferencia entre la tasa activa y la tasa pasiva de interés. Pero la competencia entre los capitales medios por la valorización extraordinaria que brota del acceso al capital a interés en distintas proporciones pone en el eje de la cuestión a la centralización que integra a los capitales industriales con los capitales bancarios. Esta centralización otorga ventaja en la competencia entre los capitales industriales medios por acceder al capital prestado a interés y, de ahí, en la potenciación de unos capitales medios frente a otros en el proceso de valorización. Al mismo tiempo, otorga ventaja en el proceso de centralización constantemente creciente de capital industrial que, al ser condición para el aumento de la capacidad productiva del trabajo, determina la magnitud que define al capital medio mismo. Por lo tanto, la centralización que integra al capital industrial con el bancario no encierra más contenido que el potenciar la capacidad del primero para acumularse. Sea que de esta centralización surja el antiguo capitalista industrial como propietario del capital centralizado, sea que este lugar lo ocupe el antiguo capitalista bancario, el sujeto social de la misma es el capital industrial.<sup>3</sup>

Por lo demás, este proceso de centralización que integra capitales industriales y capitales bancarios no es la última etapa en el proceso de centralización del capital ni, por lo tanto, de su acumulación. La última etapa la constituye, en realidad, la centralización absoluta del capital, en donde el capital social se encuentra encarnado en un único capital individual de modo que las formas concretas de la valorización de éste son de inmediato las de la valorización del capital social.

---

3. Véase Nota 5.1: Sobre la teoría del capital financiero, en la página 160.

### 5.3 El pequeño capital industrial

Como acabamos de ver, los capitales industriales que no pueden mantener el ritmo en el proceso de concentración y centralización se ven privados de continuar operando autónomamente como tales, estando forzados a convertirse en capitales prestados a interés. Sin embargo, pueden postergar este paso.

La valorización de los capitales inferiores al medio no se encuentra ya regida por la tasa general de ganancia sino por la de interés, normalmente menor que ella. Y acceden a esta menor tasa no ya en proporción a su valor como capitales industriales independientes, sino que su valor se reduce al de la liquidación de sus activos productivos, ya materialmente inútiles para valorizar de manera normal a un capital industrial. De modo que pueden mantenerse activos como capitales industriales autónomos en tanto los mayores costos en que incurrir por su menor escala se vean compensados por la menor ganancia que rige su existencia como tales. Esta posibilidad de subsistencia de los pequeños capitales industriales constituye de por sí una traba al desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. En vez de dejar inmediatamente su lugar a los capitales que ponen en acción la mayor capacidad productiva del trabajo, la extensión de su vida individual traba de manera específica la revolución técnica constante impuesta por las determinaciones generales del modo de producción capitalista.

El límite de la subsistencia de los capitales industriales inferiores al medio se encuentra regido por el desarrollo general de la capacidad productiva del trabajo. Tan pronto como este desarrollo permite a los capitales medios llevar al precio de producción por debajo del correspondiente a la tasa de interés sobre el valor de liquidación de los pequeños capitales, éstos se ven finalmente expulsados de la producción. Sin embargo, el límite de la subsistencia de los pequeños capitales industriales puede llegar más lejos todavía cuando el pequeño capitalista es al mismo tiempo su propio trabajador directo. En este caso, la subsistencia del pequeño capital en producción puede extenderse hasta el punto en que su propietario obtiene sólo un equivalente al salario que podría obtener si se convirtiera en un simple obrero asalariado. En particular en la producción agraria, esta transformación en obrero asalariado puede implicar hasta el cambio del lugar de residencia, lo cual empuja hacia abajo al salario equivalente. El límite puede llegar a imponerse entonces en el punto en que ya no resulta posible reiniciar el ciclo productivo cubriendo la reposición del capital circulante perdido con el retorno del capital fijo consumido y a expensas del agotamiento sin reposición de éste.

Por otra parte, la tasa de interés guarda en general una relación directa con el monto del capital que individualmente se coloca a ella: a mayor monto de capital individual, mayor es la tasa de interés y viceversa. De modo que el límite mismo impuesto simplemente por la relación entre tasa general de ganancia y tasa de interés presenta una gradación que es proporcional al monto del pequeño capital. A su vez, esta gradación acompaña el progresivo alejamiento

de la condición de capital medio en el que necesariamente cae el pequeño capital por el simple deterioro de su capacidad relativa para concentrarse, dada por su menor tasa de valorización. Con lo cual, pequeño capital es aquel que no alcanza por su monto al necesario para participar activamente en la formación de la tasa general de ganancia desde su rama específica de producción. Pero la gama de los pequeños capitales va desde unos cuya diferencia respecto del capital medio de su rama resulta de momento imperceptible, hasta otros cuyos propietarios se hunden ya en la miseria y la proletarianización. Al mismo tiempo, el continuo incremento de la capacidad productiva del trabajo en pos de la renovación de la plusvalía relativa, renueva continuamente la generación de la gama de los pequeños capitales. Mientras expulsa a unos por abajo, incorpora otros nuevos que hasta recién eran capitales medios hechos y derechos, corriéndose continuamente hacia arriba la escala individual que, en general, hace falta para que un pequeño capital pueda mantenerse en actividad.<sup>4</sup>

Más tarde o más temprano, el desarrollo de la capacidad productiva del trabajo por los capitales medios hace que los pequeños capitales industriales alcancen el límite de su subsistencia como tales. Se transforman por fin en capitales prestados a interés, si a esta altura queda algo de ellos. Sin embargo, antes de llegar a este punto, pueden incluso ser los pequeños capitales mismos los que expulsan a los capitales medios de las ramas en que participan. Esto ocurre en tanto su propio precio límite se ubica por debajo del de producción. En este caso, los pequeños capitales derrotan a los medios en la competencia.

---

4. Por mayor que sea la escala de capital individual que se requiera concentrar en una rama de la producción social para poner en acción la capacidad productiva del trabajo que corresponde a la determinación del valor de las mercancías producidas en ella, y por mucho que para alcanzar esta concentración en una rama sea necesaria la concentración del mismo capital individual cubriendo varias de ellas, este grado de concentración no es sino el que define al capital medio como tal. Se trata, por lo tanto, de la escala correspondiente al capital individual a secas. La calificación de «gran capital» aplicada al capital medio no hace sino reflejar el punto de vista de los voceros ideológicos del pequeño capital, es decir, del que presenta restricciones particulares a su capacidad de valorización en razón de la insuficiencia de su monto. Esta calificación tiene por objeto meter en la misma bolsa al capital normal y al pequeño capital, para hacerlos pasar a ambos por simples especies del mismo género, diferenciadas tan sólo por el poder que abstractamente aparece emanando de su tamaño. Se pretende ocultar así el hecho de que, mientras en su concentración creciente el primero es portador del desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad en el modo de producción capitalista, la subsistencia del segundo es expresión de las barreras que este mismo modo de producción levanta a ese desarrollo. Lenin toma acriticamente la expresión «gran capital» (Vladimir Lenin. *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1975, pág. 53) precisamente de los economistas de su tiempo, que reflejan la concepción referida frente a la escala de concentración que iba alcanzando el capital medio para ese entonces. Luego, esta categoría es repetida como si contuviera por sí misma la crítica revolucionaria del modo de producción capitalista.

#### 5.4 La liberación de plusvalía por los pequeños capitales industriales

La clave de la subsistencia de los pequeños capitales industriales se sintetiza, entonces, en la relación entre el precio que corresponde a la compensación entre mayor costo y menor tasa de ganancia, y el precio de producción. Porque nada dice que el primero se ubique en el nivel correspondiente al segundo. El precio que rige autónomamente la valorización de los pequeños capitales no puede ubicarse por encima del de producción. Pero nada impide que se ubique por debajo de éste. Si este fuera el caso, la venta de las mercancías producidas por los pequeños capitales por debajo del precio de producción pero por encima del precio que rige su valorización específica implicaría la apropiación por ellos de una ganancia extraordinaria. Esta ganancia extraordinaria ni siquiera proviene de la posibilidad individual de producir por debajo del precio de producción social por ponerse en acción un trabajo más productivo. Al contrario, proviene de la impotencia de los pequeños capitales para poner en acción siquiera la productividad del trabajo correspondiente a la determinación del precio de producción. De modo que la ganancia extraordinaria generada por la posibilidad de vender por debajo del precio de producción pero por encima del inherente a la valorización específica de los pequeños capitales resulta necesariamente en la competencia entre éstos por ella. Esta competencia tiende a llevar el precio de las mercancías producidas por los pequeños capitales al nivel límite para la subsistencia de éstos. Con lo cual, la ganancia extraordinaria en cuestión escapa necesariamente de sus manos.

Cuando se trata de pequeños capitales agrarios, la ganancia liberada por ellos puede tener un primer destino: los bolsillos de los dueños de la tierra que arriendan. Los pequeños capitalistas pagan un plus sobre la renta correspondiente a los capitales medios. También puede ocurrir que esta diferencia se refleje en el mayor precio que los pequeños capitalistas pagan para comprar la tierra, donde ella se suma a la simple capitalización de la renta futura descontada a la tasa de interés. Esta segunda modalidad de apropiación hunde más profundamente aún a los pequeños capitalistas en su condición de tales, por la deducción que el mayor precio de la tierra implica respecto del capital dinero total del que disponen para convertir en capital industrial a ser aplicado productivamente sobre la tierra.<sup>5</sup> Cuando la ganancia liberada por los pequeños capitales sigue este camino a medida que se genera o adelantada de

---

5. Es a propósito de las determinaciones de la renta de la tierra en relación con el pequeño capital industrial aplicado a la producción agrícola que Marx deja abierta en *El capital* la cuestión acerca de la especificidad de la valorización de los pequeños capitales industriales (Karl Marx. *El capital*. Vol. 3. México, DF: FCE, 1973, pág. 746). Y simplemente cabe que quede allí abierta sin más desarrollo porque, en oposición a lo que creen quienes ponen las diferencias en las capacidades concretas de acumulación como eje del desarrollo histórico general del modo de producción capitalista bajo las categorías de «capital monopolista», «gran capital», etc., dicha diferenciación carece de relevancia respecto de este desarrollo. Sólo hace a las formas concretas de la

un solo golpe en el precio de la tierra, las mercancías que ellos producen se venden simplemente por su precio de producción. El resto del capital industrial no ha ganado ni perdido nada con ello. Pero la ganancia en cuestión puede seguir un camino distinto.

Mientras la acumulación del capital social ha desarrollado a la división social del trabajo entre los capitales individuales de manera limitada, los pequeños capitales tienden a llegar con sus productos directamente a los mercados de medios de vida. En cuyo caso, la diferencia entre el menor precio que rige la valorización de los pequeños capitales y el de producción parece beneficiar simplemente a los consumidores individuales. La porción correspondiente de la plusvalía social parece ir a parar a los bolsillos de éstos vía el menor precio que deben pagar por sus medios de vida. Sin embargo, el curso de esta porción de plusvalía no termina aquí. En cuanto los consumidores individuales son tales por ser obreros libres vendedores de su fuerza de trabajo, el menor precio al que compran sus medios de vida se refleja en un abaratamiento de su fuerza de trabajo. Siguen pudiendo consumir la misma masa de valores de uso requerida para reproducirla a pesar de recibir como pago una menor masa de valor. De modo que la plusvalía que había quedado liberada por la determinación específica de la valorización de los capitales inferiores al medio acaba siendo apropiada por el conjunto de los capitales industriales, incluyendo a los pequeños. Esta apropiación se realiza a prorrata de los respectivos capitales variables. Con lo cual entra, a su vez, como una determinación concreta específica en la formación misma de la tasa general de ganancia.

Con el desarrollo de la acumulación las mercancías pasan en su proceso de producción y circulación por una sucesión de ramas especializadas en etapas parciales de este proceso, antes de llegar al consumo individual. Cuando en alguna de estas etapas intervienen capitales inferiores al medio en condiciones de vender por debajo del precio de producción, la porción de plusvalía que para ellos representa una ganancia extraordinaria sigue escapando de sus manos. Pero para llegar hasta el mercado de consumo individual, esta masa de ganancia tiene que seguir su curso a través del movimiento en la circulación de los capitales medios que siguen a los pequeños en la cadena. Esto es, la ganancia extraordinaria en cuestión escapa de las manos de los capitales inferiores al medio por la competencia normal que establecen entre ellos en la circulación. Pero sólo puede llegar al consumo individual bajo la forma de un precio comercial inferior al de producción a través de la competencia que establecen entre sí los capitales medios que siguen en la cadena.

De manera inmediata, el paso de la ganancia liberada por los pequeños capitales a los capitales medios tiene lugar a través de la compra por los segundos de las mercancías portadoras de ella al precio que rige la valorización normal de los primeros, es decir, por debajo del precio de producción. Si ahora

---

concurrancia. Lo cual, por supuesto, es muy distinto que decir que debe explicarse por las formas del mercado.

los capitales medios vendieran su propio producto al precio de producción, apropiarían para sí la ganancia extraordinaria encerrada en el menor precio de compra. Parecería entonces inevitable que la competencia entre ellos por esta ganancia extraordinaria ha de arrastrar el precio comercial al que venden por debajo del de producción en la proporción correspondiente. Sin embargo, esta ganancia extraordinaria no proviene de que unos capitales medios pongan en acción una capacidad productiva del trabajo superior a la media social y que, por lo tanto, puedan vender sus mercancías por debajo del precio de producción social pero por encima del individual. El aflujo de los capitales medios directamente en pos de la ganancia extraordinaria no respondería a la posibilidad de expandir la producción total de la rama expandiendo, al mismo tiempo, la necesidad social por la mercancía al vender por debajo del precio de producción social en base a la mayor productividad del trabajo. Como la ganancia extraordinaria se encuentra portada en cada unidad comprada, la competencia entre ellos por la ganancia extraordinaria no podría encontrar más límite que la expansión de su propia capacidad individual de producción con la intención de absorber toda la oferta disponible. Ningún capital medio podría detener su competencia por la ganancia extraordinaria antes de alcanzar este punto. Pero esto tendría como resultado que la expansión de la producción de la rama no podría detenerse en el punto en que se agotara la ganancia extraordinaria, antes de que el precio comercial de venta comenzara a caer por debajo del de producción. Con lo cual, la competencia inmediata entre los capitales medios por la ganancia extraordinaria tendría como resultado la caída de su tasa de ganancia por debajo de la normal.

Los capitales medios de la rama a la que fluye la ganancia liberada por los pequeños capitales sólo pueden competir entre sí en pos de dicha ganancia extraordinaria de la manera que es común a todas las ramas de la producción social: aumentando la capacidad productiva del trabajo que ponen en acción de modo de poder vender por debajo del precio de producción social pero por encima del individual. Pero no pueden competir entre sí directamente por la apropiación de la ganancia liberada por la competencia entre los pequeños capitales con los que se relacionan en la circulación al comprarles sus mercancías, so pena de aniquilarse a sí mismos como simples capitales medios. Cuanto más centralizado se encuentre el capital en la rama hacia la cual fluye dicha ganancia, tanto más inmediatamente se pone de manifiesto la restricción a la competencia directa por apropiarse de ella. Al no poder establecer esta competencia, la ganancia liberada en cuestión no puede pasar a su vez a la rama siguiente. Queda retenida en la rama como una ganancia extraordinaria a ser apropiada por los capitales medios que triunfan en la simple competencia establecida a través del desarrollo de la capacidad productiva del trabajo. Estos capitales compran medios de producción por debajo de su precio de

producción, y venden las mercancías producidas con ellos a sus precios de producción.<sup>6</sup>

Para el resto del capital social, esta apropiación de ganancia extraordinaria significa la desaparición de la posibilidad de comprar la fuerza de trabajo a un salario abaratado por incluirse en su determinación medios de vida vendidos por debajo de su precio de producción. Pero la organización autónoma de la producción social no le da arma alguna contra ella: después de todo, los capitales medios de todas las restantes ramas compran así sus medios de producción y la fuerza de trabajo estrictamente a sus precios de producción. Y lo mismo ocurre con los medios de vida que los capitalistas compran para su consumo individual. Por lo tanto, la formación de la tasa general de ganancia se realiza de manera concreta determinando la existencia de capitales industriales menores al medio que se valorizan normalmente a una tasa de ganancia concreta inferior a ella, de capitales industriales medios que se valorizan de manera sostenida a una tasa de ganancia concreta superior a ella, y de capitales medios que se valorizan simplemente a ella.

Este es el verdadero contenido de lo que la economía política invierte, explicando las diferencias en las capacidades concretas de acumulación por las formas del mercado, bajo cuyas asimetrías se realiza necesariamente esa diferenciación. Se trata, por el contrario, de desarrollar la necesidad de estas formas como las modalidades de realizarse la tendencia a la igualación de las tasas de ganancias bajo su forma concreta de diferenciación en las capacidades de acumulación de los capitales individuales en razón de su monto, o sea, en tanto masas de valor que se valorizan sin encerrar más especificidad cualitativa que una diferencia puramente cuantitativa.<sup>7</sup>

### **5.5 La fragmentación de la subjetividad productiva del obrero colectivo en base a la subsistencia del pequeño capital industrial**

En cuanto el capital social necesita acentuar la fragmentación de la subjetividad productiva de la clase obrera, encuentra en la diferenciación entre los capitales individuales recién expuesta una base para realizarla. La precariedad con que se desenvuelven los capitales industriales en proceso de descomposición como tales por la insuficiencia de su monto los hace particularmente apropiados para ejercer la explotación despiadada de la fuerza de trabajo cuya subjetividad productiva va degradándose en la división manufacturera del trabajo y en su condición de apéndice de la maquinaria. De manera contrastante,

---

6. Aquí sólo vamos a considerar la forma más simple del paso de la ganancia liberada por los pequeños capitales de una rama a los capitales medios de otra, en la cual las mercancías vendidas por los primeros a los segundos actúan como vehículo. Pero, *mutatis mutandi*, las mismas determinaciones caben siguiendo un curso inverso, donde los capitales medios de una rama venden sus mercancías por encima del precio de producción en la proporción correspondiente a los pequeños capitales de otra.

7. Véase Nota 5.2: De la teoría de la competencia imperfecta a la teoría del capital monopolista, en la página 163.

este mismo papel puede corresponderle al capital que aparece ubicado en el polo opuesto de los pequeños capitales; esto es, al capital centralizado como propiedad del estado nacional. Esta posibilidad se encuentra sujeta a que la producción basada en dichas condiciones de explotación tienda a imponerse como la norma general dentro del ámbito nacional.

Esta división funcional en la extracción de plusvalía provee a los capitales medios del flujo continuo de ganancia extraordinaria antes visto. Al mismo tiempo, la aceleración del proceso de concentración y centralización que brota de la transformación de la subjetividad productiva del obrero de la gran industria garantiza a los capitales que salen airoso de él, el flujo de capitales de monto ahora insuficiente que liberan dicha ganancia. Buena parte del éxito del *just in time* reside en el desarrollo de los sistemas de información y transporte, en el desarrollo de la elasticidad de los procesos productivos y en el desarrollo de los sistemas de control de calidad basados en la automatización de los procesos productivos. Pero el secreto de la otra parte de su éxito no es sino la disminución para los capitales medios de la inmovilización en inventarios, a expensas de la acumulación de inventarios por parte de los pequeños capitales que los proveen. Es decir, gracias a la menor tasa de ganancia que rige la valorización normal de éstos.

Por su parte, el *outsourcing* no consiste sino en la multiplicación de los focos de ganancia extraordinaria para los capitales medios en base a introducir a los pequeños capitales independientes en cuanto intersticio de su proceso de producción y circulación les sea posible. Esta introducción se ha visto facilitada sobre dos bases. Por una parte, por el abaratamiento relativo de las producciones en series restringidas, propias de la pequeña escala, gracias a la automatización de los procesos de ajuste de la maquinaria. Por la otra, por la acentuación en las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo propias del pequeño capital, en razón de la diferenciación al interior de la clase obrera. El moderno *outsourcing* no es más que el viejo *putting out system* bajo la pátina de la administración científica.

### **5.6 El capital especializado en la producción del aumento en la capacidad productiva del trabajo**

Los capitales individuales no apuntan de manera inmediata a la producción de plusvalía relativa. Desde su punto de vista, el aumento de la capacidad productiva del trabajo antes que lo hagan sus competidores tiene un solo objeto. Se trata de apropiarse una ganancia extraordinaria al vender por debajo del precio de producción social, condición para colocar la producción resultante del aumento de productividad, pero por encima del precio de producción individual correspondiente a esta mayor productividad. Sin embargo, la ganancia extraordinaria desaparece tan pronto como la nueva técnica se convierte en la modalidad general de producción, y el precio de producción social tiende a ser determinado por ella. En tanto esta disminución del precio de producción

tiene lugar en una rama de la producción social que directa o indirectamente interviene en la producción de medios de vida para los obreros, tiene por resultado la disminución del valor de la fuerza de trabajo y, de ahí, la producción de plusvalía relativa. Por lo tanto, la producción de plusvalía relativa lleva en sí la exclusión de la continuidad del flujo de ganancia extraordinaria en cuestión a favor de los capitales de cualquier rama de la producción social y, por lo tanto, la realización continuada por éstos de una tasa de ganancia superior a la media social.

Los capitales que ponen en acción a la capacidad productiva del trabajo incrementada dentro de una rama de la producción social no son los únicos que tienen títulos sobre la ganancia extraordinaria generada por ella. También los tienen los capitales que han producido los medios de producción portadores de la posibilidad de realizar esa productividad incrementada. Los capitales que compran la maquinaria portadora de la posibilidad de acceder a una ganancia extraordinaria van a estar dispuestos a pagar por ella más que su precio de producción, a condición de que el precio pagado les permita abaratar el costo de su propia mercancía hasta el punto de poder venderla por encima de su precio de producción individual. Esto es, los capitalistas vendedores de la máquina en que se encuentra objetivada la posibilidad de acceder a la ganancia extraordinaria van a participar en mayor o menor medida en ésta, capitalizándola en el precio de la nueva máquina. De todos modos, esta participación en la ganancia extraordinaria también se va a ir extinguiendo a medida que se generalice el uso del nuevo medio de producción que ellos venden. Sin embargo, la cosa cambia cuando la forma objetivada que tiene la fuente general del incremento de la capacidad productiva del trabajo se convierte ella misma en el producto de una rama especial de la producción social. Esto es, cuando la producción de la innovación técnica misma se convierte en una rama separada de la producción de la maquinaria que la va a portar. Cada renovación del ciclo productivo en esta rama arroja un producto investido de la virtud de permitir apropiarse ganancia extraordinaria a los capitales que lo usan. De manera que el capital que produce esta mercancía consistente en la capacidad para avanzar en el control sobre las fuerzas naturales a ser aplicadas productivamente, puede acceder a un flujo continuo de ganancia extraordinaria, renovando constantemente la base para la capitalización de la misma en el precio de venta.

La transformación operada en la subjetividad directa del obrero en el proceso de producción se manifiesta así en el surgimiento de capitales que tienen la posibilidad de acumularse aceleradamente por recibir de manera normal un flujo de ganancia extraordinaria, al ser su producto el portador de la renovación permanente de ese flujo. Lejos de violar la ley de la formación de la tasa general de ganancia, esta capacidad de acumulación acelerada no hace más que surgir de su realización. Ni la competencia directa por el flujo de ganancia extraordinaria permanente entre los capitales que producen la

mercancía portadora de la capacidad para acceder a ella, ni su continuo diluirse a manos de la competencia entre los capitales que utilizan efectivamente esa mercancía como medio de producción, evitan la renovación de ese flujo.

Al depender la producción de plusvalía relativa de la producción de la rama especializada en la producción del avance en la capacidad objetivada para controlar las fuerzas naturales, el capital social tiene una razón permanente y sustancial para participar activamente en ella por medio de su representante político general. Por una parte, esta producción requiere en general ser realizada en gran escala, teniendo por condición el correspondiente grado de concentración de capital. Por la otra, dada su misma forma material, se trata de una producción en que buena parte del capital aplicado, cuando no todo, puede terminar siendo gastado sin arrojar valor de uso alguno. Como se trata de la ampliación del alcance del control consciente sobre el proceso de trabajo, nada garantiza el éxito de ese proceso de producción mismo. De modo que el avance por vías infructuosas es una condición normal para lograr un desarrollo efectivo. De ahí que buena parte de esta producción deba ser encarada normalmente por el capital social mismo. Cosa que éste hace financiando a capitales privados aunque no obtengan resultados, o tomando directamente en sus manos la producción a través de los sistemas estatales de investigación y desarrollo. Al mismo tiempo, cuando los vendedores y los compradores de las innovaciones se encuentran sistemáticamente separados por una frontera internacional, tiene lugar un flujo continuo de ganancia extraordinaria desde el ámbito nacional de acumulación consumidor al productor. Lo cual refuerza la necesidad de la participación directa de cada estado nacional en esta producción, en representación de su respectiva porción nacional de capital social.

### **5.7 De la diferenciación del capital a la diferenciación de los procesos nacionales de acumulación**

El proceso mundial de acumulación del capital industrial no arranca tomando la forma concreta inmediata de tal. Por el contrario, arranca como la confluencia de varios procesos nacionales de acumulación que pugnan por desarrollarse sobre la base de abarcar dentro suyo la producción de la generalidad de las mercancías que consumen. Esta integridad de la producción y el consumo sociales que ocurre a su interior les da a estos procesos nacionales de acumulación una apariencia peculiar. Parecen corresponder a unidades también íntegras de capital social, no a fragmentos nacionalmente recortados de éste. En la medida en que su contenido efectivo encaja en esta apariencia, la acumulación del capital toma en ellos las formas concretas que corresponden de manera inmediata a sus determinaciones más simples y generales. Pero, no por eso deja de tratarse de fragmentos nacionales del mismo capital social, no de capitales sociales mutuamente independientes. En su lucha por afirmarse a través de su relativa independencia, estos procesos nacionales de acumulación

de capital chocan entre sí. Y sólo a través de este choque toma forma el proceso mundial de acumulación de capital.

La formación del mercado mundial tiene así su manifestación inmediata que va más allá de la simple competencia por vender la misma mercancía. La reproducción de los capitales individuales tiene por condición inmediata la reproducción general de su propio ámbito nacional de acumulación. A su vez, la reproducción de la clase obrera nacional como una población masivamente en activo tiene por condición inmediata esa misma reproducción general del proceso nacional de acumulación de capital. De manera que la clase capitalista y la clase obrera de cada país establecen entre sí una relación directa que se enfrenta de manera antagónica a igual unidad establecida por la clase de los explotadores y de los explotados de los otros países. Esta misma relación directa se levanta como un límite a la relación directa de solidaridad internacional entre las clases obreras nacionales en que toma necesariamente forma concreta la compraventa general de la fuerza de trabajo por su valor.

La unidad de cada proceso nacional de acumulación se pone de manifiesto de manera directa en la relación antagónica que estos procesos nacionales establecen entre sí en el mercado mundial. Los capitales individuales no compiten en el mercado mundial simplemente como tales, sino como capitales que representan de manera inmediata a distintos procesos nacionales de acumulación. La competencia en el mercado mundial, o sea, la forma concreta de realizarse la unidad de la organización de la producción social en el capitalismo, se encuentra siempre mediada por la relación directa que recorta a cada ámbito nacional. Por lo tanto, la circulación de las mercancías en el mercado mundial se encuentra necesariamente mediada por la relación directa que establecen entre sí los representantes políticos generales de cada fragmento nacional del capital social, o sea, por la relación directa entre los respectivos estados nacionales. La competencia entre los capitales individuales en el mercado mundial toma así una primera modalidad específica. Se trata de la competencia por venderles a los de los otros ámbitos nacionales, evitando tener que comprarles, de modo de expandir todo lo posible la escala del propio proceso nacional de acumulación. Salvo, claro está, que esta expansión tenga por condición el abastecimiento externo.

Hasta aquí, hemos considerado la relación entre procesos nacionales en donde la acumulación de capital presenta su forma más simple y general. Sin embargo, a partir de ella se desarrolla otra forma de relación internacional. Más allá de la puja por venderse sin comprarse, los capitales de dichos procesos nacionales de acumulación establecen un segundo eje de competencia mutua en el mercado mundial. Este eje parte de la competencia por abastecerse de materias primas desde territorios históricamente ubicados más allá de las fronteras de todos ellos. Se trata de producciones en donde la productividad del trabajo se encuentra subordinada de manera particular a condicionamientos naturales no controlables por el capital medio. Y estas condiciones son más

favorables, o simplemente sólo existen, en esos territorios exteriores a los ámbitos nacionales donde la acumulación se presenta bajo su forma más simple. Al mismo tiempo, se trata de expandir el propio mercado externo, vendiéndoles a los capitales o simples productores de mercancías que proveen de materias primas desde esos otros ámbitos nacionales. Estos capitales y productores mercantiles tienen ahora la capacidad de compra que les da haber vendido en el mismo mercado mundial. Porque, fuera de las fantasías ideológicas acerca de la necesaria existencia de países no capitalistas como condición para la realización de la plusvalía, para poder comprar en el mercado mundial primero es necesario haber vendido en él.<sup>8</sup> Más aún, para poner en producción capitalista los nuevos territorios destinados al abasto de materias primas con una mayor capacidad productiva del trabajo de la que se alcanza en los países donde la acumulación toma su forma general, es necesario desembolsar en ellos el capital destinado a la producción y a la circulación de las mismas. Y esta aplicación debe realizarse en la escala que corresponde a la determinación del precio de producción en el mercado mundial. Por una parte, la expansión gradual de la acumulación local va proveyendo este capital. Pero, al igual que ocurre con la simple concentración del capital, se trata de un camino lento e, incluso, inviable por su misma lentitud. Por otra parte, para los capitales medios de los procesos nacionales de acumulación que demandan el abasto de materias primas, su aplicación en estos nuevos procesos productivos constituye una fuente de plusvalía tan buena como cualquier otra. Incluso puede ser circunstancialmente mejor, mientras todavía se trate de una producción en rápida expansión o pueda explotarse a la fuerza de trabajo del nuevo país en base a las relaciones directas de subordinación personal que eventualmente imperen o puedan imponerse en él.<sup>9</sup> De modo que este

---

8. Véase Nota 5.3: Sobre la teoría de la imposibilidad de la realización de la plusvalía al interior del modo de producción capitalista, en pág. 167.

9. El modo de producción capitalista no es sino la forma históricamente necesaria en que la sociedad desarrolla sus fuerzas productivas sobre la base específica de transformar las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias productivas del trabajo libre colectivo realizado bajo la forma concreta de ser la negación misma del trabajo social, o sea, como trabajo privado. Por eso, el capital arrasa con todas las formas de trabajo organizado en base a las relaciones de dependencia personal, sean estas coactivas o no. Necesita imponer en todas partes el trabajo del obrero doblemente libre, tanto en el sentido de no estar subordinado al dominio de otro como en el de estar separado de los medios necesarios para reproducir su vida trabajando de manera individual. O sea, necesita imponer en todas partes el trabajo forzado, no a través de la coacción directa sobre el trabajador, sino basado en el mismo carácter de individuo libre de éste. Pero, por su misma contradicción inmanente de socialización del trabajo libre como atributo del trabajo privado, o sea, de la negación misma del carácter inmediatamente social del trabajo libre, el capital no le hace ascos a ninguna posibilidad de multiplicar su valorización yendo a contrapelo de su propia razón de existir como forma históricamente específica del desarrollo de las fuerzas productivas

proceso de expansión del capitalismo mundial basado en la diferenciación de los procesos nacionales de acumulación no sólo se caracteriza por la expansión de los flujos de capital-mercancías en el mercado mundial. Se caracteriza, al mismo tiempo, por el flujo de capitales industriales y de capitales prestados a interés desde los países en donde la acumulación se basa en la producción de la generalidad de las mercancías hacia los países en donde la acumulación se basa en la producción de mercancías portadoras de renta de la tierra. Por supuesto, a estos flujos internacionales de capital les corresponden los que siguen en sentido inverso las ganancias e intereses que ellos apropian. Esta plusvalía sale de los ámbitos nacionales en cuestión en la medida en que no se la requiere para expandir la acumulación en ellos, en particular dado que la escala de ésta se encuentra específicamente restringida a la producción de las mercancías portadoras de la renta y a las producciones complementarias que es necesario realizar localmente para que esas mercancías lleguen a su destino.

La incorporación de los territorios más favorables para la producción con el objeto de potenciar los procesos nacionales en donde la acumulación aparece

---

de la sociedad. Por eso, toda vez que no tiene en juego la multiplicación inmediata de la plusvalía relativa mediante el avance en la socialización privada del trabajo libre, se transforma en el campeón del trabajo forzado mediante la coacción directa sobre el trabajador. Las producciones agrarias y mineras le aportan una doble base específica a este fin. En primer lugar, la subordinación de la capacidad productiva del trabajo a condicionamientos naturales no controlables por el capital medio limita el desarrollo de la composición técnica del capital. Por lo tanto, los atributos productivos del trabajo libre tardan más en expresar su potencialidad específica respecto de lo que ocurre en la producción industrial en general. En segundo lugar, la subsistencia de las relaciones de subordinación personal sobre las que se va a montar la coacción directa ejercida por el capital presupone la atadura directa del trabajador a un medio de producción esencial, la tierra. Esta circunstancia ha generado la apariencia invertida de que procesos sociales de producción regidos por la producción de mercancías-capital para el mercado mundial no son sino la expresión de la subsistencia de relaciones feudales o esclavistas que se imponen por sobre la valorización del capital. Inversión de la cual se sigue que el curso revolucionario pasa, en dichos casos, por la génesis de una burguesía nacional que imponga localmente el modo de producción capitalista sobre los resabios feudales y esclavistas. Cuanto más avanza en su necesidad de contar con un obrero universal, más difícil se le vuelve al capital mantener su valorización en ramas particulares de la producción social en base a la subsistencia del trabajo forzado. Un ejemplo claro en este sentido lo constituye el enfrentamiento del capital industrial del norte de los Estados Unidos con el capital agrario del sur por la abolición de la esclavitud. Pero, al mismo tiempo, el capital siempre mantiene latente su opción por el trabajo forzado si puede obtenerlo con los atributos productivos del trabajo libre. Los campos de concentración nazis son una manifestación brutal en este sentido. En ellos, una porción del capital social realiza el sueño de todo capital individual: contar con una fuerza de trabajo originariamente libre sin tener que gastar siquiera en su reproducción cotidiana, al disponer de un flujo continuo de la misma y eliminar a todo individuo inmediatamente incapacitado para trabajar.

presentando su forma general tiene una primera modalidad histórica. Se trata de la conquista directa de esos territorios por cuenta del fragmento nacional del capital social que va a hacer uso de él. Se trata, por lo tanto, de la subordinación militar de los territorios en cuestión a la potestad del estado nacional correspondiente. El desarrollo de la esencia mundial de la acumulación del capital industrial toma así la forma política concreta de desarrollo del sistema colonial, del colonialismo.

Cuando por la historia concreta del nuevo territorio no es posible la ocupación militar directa, la colonia deja su lugar a la formación de un ámbito nacional independiente de acumulación de capital. Pero lo hace a condición de que la magnitud de este ámbito nacional no alcance para engendrar un proceso de acumulación que gire de manera inmediata en torno a la producción general de mercancías. Para los fragmentos nacionales del capital social ya en funciones, no se trata de engendrar nuevos competidores en el mercado mundial. Se trata de expandirse geográficamente hasta el punto que les resulta necesario para abastecerse de materias primas producidas con un trabajo más productivo, de modo de incrementar la plusvalía relativa que apropian en su ámbito nacional de origen. Engendrado como forma concreta necesaria de expandirse la acumulación de capital en los países en donde ésta presenta su forma más simple, este segundo tipo de proceso nacional de acumulación carece desde el vamos, de manera general, de la necesidad de convertirse en uno del tipo originario.<sup>10</sup> La impotencia con que el capital social inviste de

---

10. Las excepciones a esta determinación se cuentan, si acaso, con los dedos de una mano. Pero el caso de los Estados Unidos de América constituye una singularidad absoluta. No cabe que nos detengamos aquí en ella. Sin embargo, podemos observar rápidamente que esta singularidad sintetiza varias determinaciones. Para empezar, el nacimiento mismo de la colonia no gira en torno a la producción de metales preciosos en base a la fuerza de trabajo indígena destinados a circular como dinero mundial. Tampoco lo hace en base a la provisión de trabajadores forzados a ser utilizados en otras regiones. Por el contrario, el capital inglés lo engendra – en lo que importa para su futura singularidad – para satisfacer su necesidad de expandir su propio mercado interno. Cosa que hace sobre la base de aniquilar a la población indígena que regía la producción de su vida a través de las relaciones personales directas. En cambio, ocupa el territorio con la población sobrante que generan el desarrollo de su acumulación originaria y, luego, la propia expansión del capital industrial en Inglaterra y Europa. De ahí la fragmentación de la propiedad territorial a manos de los colonos, en contraste con su concentración en los nuevos territorios destinados a la producción de materias primas bajo el sistema de la plantación o de la ganadería sobre llanuras naturales. Este contraste tiene lugar incluso respecto del sur de Estados Unidos, área que no juega un papel directo en la determinación de la singularidad en cuestión. Además, la expansión del mercado interno cuenta con la posibilidad de reproducirse sobre la misma base hacia el oeste en una escala que supera la de los mismos ámbitos nacionales europeos. A la potencialidad de la conformación de un ámbito nacional independiente con tal escala, se suma el hecho de contar dentro del propio territorio con las dos bases naturales sobre las que se desarrolla históricamente la gran industria: el hierro y el carbón.

manera específica a estos fragmentos nacionales suyos respecto de la constitución de ámbitos nacionales de acumulación en donde el capital industrial se caracteriza por abarcar la producción de la generalidad de las mercancías que se consumen internamente operando en escala normal, toma varias formas concretas características. Por ejemplo, la acción directa diplomática y militar sobre ellos de los estados nacionales donde la acumulación presenta su forma más simple, el abasto de mercancías en general producidas con una productividad del trabajo inalcanzable por la escala del nuevo ámbito nacional, y el endeudamiento externo de sus estados nacionales con destino a la generación misma de la producción de las materias primas como atributo de un ámbito nacional de magnitud específicamente restringido. No está de más destacar que, en todos los casos, se trata de las formas concretas con que se realiza dicha impotencia específica. Nunca de las causas de la misma, aunque así se las representen quienes creen que la acumulación de capital es un proceso nacional por su contenido y no por su mera forma.<sup>11</sup>

La producción de materias primas desde los ámbitos nacionales específicamente recortados a este fin permite disminuir el valor de la fuerza de trabajo explotada directamente por los capitales industriales que operan en los ámbitos nacionales donde la acumulación abarca la producción de la generalidad de las mercancías. Actúa, pues, como una fuente de plusvalía relativa para estos capitales industriales. Sin embargo, ella encierra al mismo tiempo un drenaje de la plusvalía que estos mismos capitales industriales extraen a los obreros que explotan. Una parte de ésta va a parar a los bolsillos de los terratenientes que monopolizan las condiciones naturales diferenciales y absolutas que permiten el ejercicio de la mayor capacidad productiva del trabajo en la producción de las materias primas. Lo hace bajo la forma de la renta diferencial y, eventualmente, de simple monopolio, de la tierra.

La renta diferencial resulta del proceso de formación de la tasa general de ganancia. Este proceso ocurre pura y exclusivamente en la circulación. Y, por lo tanto, de él no puede surgir plusvalía alguna que no se haya generado anteriormente en la producción, con independencia de todo fenómeno inherente a la circulación misma. A su vez, la renta de simple monopolio es también una apropiación de plusvalía ya generada en la producción, con independencia de esta apropiación misma. En el primer caso, el precio regulador al que circulan las mercancías en cuestión se ubica por encima de los de producción determinados por las productividades del trabajo alcanzadas sobre las tierras mejores. En el segundo, el precio comercial se ubica directamente por encima del de producción correspondiente a la peor tierra. Cuando las mercancías en cuyos precios comerciales normales está portada la renta entran, directa o indirectamente, en el consumo individual de los obreros de los capitales industriales, dichos precios entran en la determinación normal del valor de la fuerza de

---

11. Véase Nota 5.4: De la teoría del desarrollo y del subdesarrollo a la teoría de la dependencia basada en el intercambio desigual, en la página 168.

trabajo. A su vez, la duración de la jornada de trabajo de los obreros de los capitales industriales es independiente del precio de sus medios de vida. Por lo tanto, el que éstos circulen a precios comerciales normales por encima de los de producción correspondientes a la productividad del trabajo que se alcanza en las tierras mejores, o directamente por encima del que corresponde a la peor tierra, implica que, del valor total que produce el conjunto de los obreros bajo el mando del capital industrial, una mayor porción debe destinarse a la reproducción de su fuerza de trabajo en relación con la que resultaría necesaria si sus medios de vida se vendieran a los precios de producción correspondientes a la productividad del trabajo alcanzada sobre cada calidad de tierra. De no existir las rentas en cuestión, dicha mayor porción del valor producido sería directamente apropiado por el conjunto de los capitales industriales como plusvalía. La existencia de los dos tipos de renta de la tierra referidos hace que esta porción de plusvalía pase a manos de los obreros, de éstas, a las de los capitalistas que los proveen de los medios de vida y, en un pase de manos entre los capitalistas intermedios, llegue a las de los capitalistas agrarios y mineros, quienes a su vez la depositan en los bolsillos de los terratenientes como canon de arriendo.

En cuanto el conjunto de los obreros productores de la plusvalía que fluye como renta diferencial y de simple monopolio trabajan para capitales pertenecientes a un ámbito nacional de acumulación distinto a aquel al que pertenecen los terratenientes beneficiarios de la renta, dicho flujo pasa del ámbito nacional de los primeros al de los segundos.<sup>12</sup> Los capitales industriales afectados por este flujo de plusvalía se encuentran impedidos -en última instancia por la sacrosanta igualdad en el ejercicio de la propiedad privada- para actuar recuperando para sí la renta apropiada al interior de su propio ámbito nacional. Pero no ocurre lo mismo con la apropiada en los ámbitos nacionales específicamente delimitados en torno a la producción diferencial de las materias primas. Se abre entonces una nueva fase en la acumulación mundial de capital basada en la diferenciación de los procesos nacionales de acumulación entre aquellos en donde el capital produce la generalidad de las mercancías y aquellos cuya unidad gira en torno a la producción de una o varias materias primas portadoras de renta de la tierra.

Cada fragmento nacional del capital total de la sociedad recortado por este segundo tipo de ámbito nacional tiene determinada su unidad como tal por el proceso productivo que origina la apropiación de la renta diferencial y,

---

12. Distinto es el caso de la renta absoluta. Esta última es plusvalía producida por el obrero del capital agrario o del capital minero que -de ubicarse el precio de producción de sus mercancías por debajo del valor, por efecto de la composición orgánica y de la velocidad de rotación de la porción circulante de dichos capitales en relación con las respectivas medias sociales- queda excluida del proceso de formación de la tasa general de ganancia en la circulación debido a la existencia misma del monopolio sobre la tierra.

eventualmente, la de la renta de simple monopolio. De modo que el representante político general de ese fragmento nacional del capital social, o sea, el respectivo estado nacional, puede accionar de manera directa sobre la masa de esas rentas que se apropian dentro de su país. Ante todo, puede convertirse en el propietario directo de la tierra cuyas condiciones naturales diferenciales dan lugar a la apropiación de la renta. Pero en caso de no serlo, puede interrumpir el flujo de la renta a los bolsillos de la clase terrateniente a través de impuestos especiales a la exportación de las mercancías que la portan, la sobrevaluación de la moneda nacional para la exportación, el establecimiento de precios internos obligatorios para las mismas, su producción o comercio por el estado nacional mismo, etc.

En una primera etapa histórica, la porción de la renta apropiada de estos modos sigue un curso preponderante. Se destina al pago del endeudamiento público externo contraído a tasas de interés extraordinariamente altas con los capitales de los países desde los cuales fluye la renta. Previamente, los fondos originados en este endeudamiento han sido esterilizados desde el punto de vista del desarrollo de la acumulación general de capital en el país. Se los ha destinado, en cambio, a la apropiación privada gratuita del territorio por la clase terrateniente y para la conformación misma del ámbito nacional sobre la base en cuestión mediante el enfrentamiento bélico con países semejantes. Se pone así en evidencia que los terratenientes y los capitalistas externos acreedores del estado nacional han sido socios en el proceso de formación de éste, y ahora comparten la apropiación de sus frutos, esto es, de la plusvalía que fluye hacia el país bajo la forma de renta de la tierra. A ellos se suman los capitales industriales originarios de los mismos países de donde proviene el flujo de renta y que son aplicados a la circulación local de las mercancías primarias. Participan en la apropiación de la renta mediante el cobro de tarifas más elevadas que las vigentes en sus países de origen y al remitir al exterior las ganancias realizadas internamente con la moneda nacional sobrevaluada.

Por la vía del capital prestado a interés y de los capitales industriales que específicamente operan en la circulación de las mercancías primarias, los procesos nacionales de acumulación de donde ha escapado la plusvalía bajo la forma de renta de la tierra recuperan lo más posible de ella. Pero, en una segunda etapa histórica, manifiestamente visible a partir de la crisis de 1930, esta recuperación pasa directamente a manos de los capitales industriales a los que genéricamente ha escapado la plusvalía en cuestión.

Para que la renta retenida mediante la acción directa del estado nacional siga su curso de retorno a los capitales industriales de cuyo ciclo de valorización proviene originariamente, éstos deben abrir y cerrar su ciclo como tales al interior del ámbito nacional en cuestión. Por lo tanto, éste ámbito nacional de acumulación tiene que excluir la posibilidad de que capitales industriales que inicien su ciclo fuera de él, vendan sus mercancías en él. Debe constituirse, por lo tanto, como un ámbito nacional esencialmente cerrado a la importación

de mercancías en general, en la medida que la misma magnitud de la renta apropiable permita su producción local. Pero, al mismo tiempo, este ámbito nacional tiene su magnitud recortada en base a la exclusión de la valorización en él de capitales que producen mercancías en general en la escala necesaria para competir en el mercado mundial. Parecería, entonces, que la renta de la tierra sólo puede ser apropiada por capitales industriales de monto insuficiente para participar en la formación de la tasa general de ganancia, o sea, por capitales inferiores al medio normalmente requerido en su rama de actividad, o sea, por pequeños capitales. Y los capitales industriales en cuyo ciclo se ha engendrado la plusvalía convertida en renta de la tierra no reúnen ninguna de las dos condiciones requeridas para participar en su apropiación. En primer lugar, no abren y cierran su ciclo al interior del ámbito nacional donde tiene lugar la apropiación. En segundo lugar, su escala corresponde, en general, a la media necesaria para participar en la formación de la tasa general de ganancia en el mercado mundial, como que son los capitales más concentrados del mundo.

Por cierto, la primera manifestación que presenta la estructuración de un proceso nacional de acumulación en donde el capital industrial produce mercancías en general sobre la base de apropiar renta de la tierra consiste en la proliferación de los pequeños capitales industriales locales. Esta apropiación tiene lugar a través de la asignación de la renta bajo la forma de subsidios directos, la compra de mercancías por el estado nacional a precios superiores a los de producción, el gasto público que crea capacidad de compra para la producción de los pequeños capitales y, al mismo tiempo, genera un déficit cubierto con emisión monetaria que torna negativa a la tasa real de interés a la que ellos se endeudan, etc.

Sin embargo, la expansión del pequeño capital industrial no es sino el primer paso necesario para engendrar las bases que convierten en el destinatario esencial de la renta, en asociación con la clase terrateniente local, al capital industrial que opera con la escala necesaria para competir en el mercado mundial desde su país de origen. Este capital desprende de sí un fragmento de monto insuficiente para producir competitivamente para el mercado mundial, pero suficiente como para funcionar como el capital industrial más concentrado que cabe dentro del ámbito nacional donde se apropia la renta, dada la magnitud de este mercado interno. Remarquemos la diferencia respecto de lo que ocurría en la fase anterior con la exportación de capital industrial desde los países en que la acumulación se basa en la producción de la generalidad de las mercancías en la escala correspondiente a la competencia en el mercado mundial hacia los países en donde tenía lugar la apropiación de la renta de la tierra. En esa fase, el desprendimiento de fragmentos de los capitales medios en sus países de origen para ser puestos a valorizar en los nuevos tenía por condición que estos fragmentos conservaran para sí el atributo de ser capitales medios, es decir, que tuvieran la escala suficiente para producir

para el mercado mundial. Por el contrario, en la nueva fase, es condición que el fragmento de capital medio desprendido sólo alcance la escala restringida correspondiente al mercado interno del proceso nacional de acumulación a donde va ir a valorizarse. Por lo tanto, ha de ser impotente para competir en el mercado mundial. La escala específicamente restringida con que opera este fragmento del capital medio lo priva de la capacidad de valorización que le corresponde a éste en su unidad como tal, es decir, no puede valorizarse por sí a la tasa general de ganancia. En parte, esta privación se ve compensada por las condiciones concretas más agudas en que tiene lugar la explotación de la fuerza de trabajo local. Pero, por sobre todo, esa privación se ve compensada, cuando no más que compensada, por la apropiación de dos fuentes de plusvalía que pone a su disposición el abrir y cerrar su ciclo dentro del ámbito nacional en cuestión. Por una parte, la renta de la tierra cuya apropiación por el capital industrial se encuentra mediada por la regulación directa del estado nacional. Por la otra, de la plusvalía que deja libre la competencia entre los genuinos pequeños capitales industriales que se vinculan con el fragmento de capital medio en la circulación interna, del modo expuesto más arriba.

Es así que el capital medio desprende de sí un fragmento que va a valorizarse a la tasa general de ganancia, cuando no a una mayor, gracias a tener la escala de un capital de monto específicamente restringido. De modo que, en la medida correspondiente, el capital medio se acumula a contrapelo de su necesidad general de ampliar constantemente el alcance social del trabajo cuyo control consciente domina de manera privada. Al mismo tiempo, recupera del tacho de los desperdicios porciones materiales suyas convertidas en obsoletas por el crecimiento de la escala requerida para competir en el mercado mundial, pero que aparecen como de última generación frente a la escala del mercado interno para el que las pone a funcionar. El capital industrial medio se valoriza así liberado, en la proporción correspondiente, de su necesidad histórica genérica de desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad sobre la base de avanzar constantemente en la transformación del trabajo libre individual en una potencia inmediatamente social.

Este modo de apropiación por el capital industrial de la plusvalía que originariamente escapara de sus manos bajo la forma de renta diferencial y del caso de la renta de simple monopolio absoluto al que hicimos referencia, toma necesariamente forma concreta a través del cierre del mercado interno al capital medio del mercado mundial que no desprende de sí un fragmento de monto específicamente limitado para ponerlo a valorizar como capital industrial dentro del ámbito nacional en cuestión. Esta es una condición que los propios capitales medios necesitan imponerse entre sí para realizar la apropiación. De no hacerlo, los que produjeran desde el exterior y, por lo tanto, incurriendo en los costos determinados por la escala correspondiente al abasto del mercado mundial, arrasarían con los fragmentos de capital medio que operan con una escala específicamente adecuada a la escala restringida del

mercado interno. Pero, al mismo tiempo, esta fragmentación es un momento necesario en la generación del curso de apropiación de la renta. De ahí que sean los fragmentos de escala específicamente restringida de los capitales más concentrados del mundo los primeros en clamar por la protección del estado nacional del país en que se instalan, argumentando su condición de capitales industriales incipientes en lucha por consolidarse frente a la competencia externa.

El cierre relativo del ámbito nacional de acumulación de capital presupone la autonomía política del estado nacional. Con lo cual esta modalidad nacional de acumulación choca con la organización colonial del abasto de materias primas y la formación de mercados para la exportación directa desde los países donde la acumulación toma su forma más simple. Por lo mismo, los fragmentos específicamente restringidos que los capitales medios que se valorizan de modo simple en esos países desprenden de sí necesitan ser representados políticamente de un modo también específico. Esto es, necesitan ante todo ser representados por su propio estado nacional, a través de la relación de éste con el estado nacional formalmente autónomo donde los fragmentos se van a valorizar. Y como la existencia de este segundo estado no es sino la forma concreta de realizarse un aspecto particular del proceso de acumulación de la porción del capital social políticamente representado por el primero, no caben muchas dudas respecto de cuál de los dos estados va a tener más fuerza política y militar cuando se enfrentan formalmente como iguales en la relación internacional.

Sin embargo, al interior de su propio ámbito nacional, el estado local juega un papel mucho más lucido. Su acción se encuentra en el centro mismo del proceso de apropiación de la renta de la tierra. Se constituye, pues, en el sujeto político que aparece generando mediante su acción directa un proceso nacional de acumulación de capital que, según la magnitud y forma de la renta de la que puede disponer, semeja más o menos uno en que el capital industrial tiende a producir la generalidad de las mercancías que se consumen en el mercado interno. El propio aparato del estado aparece así invertido como el sujeto social capaz, no ya de representar políticamente de manera general al proceso nacional de acumulación, sino de engendrar por sí mismo a este proceso. Los fragmentos de capital medio suman de este modo a su representación internacional por su propio estado nacional de origen, su representación política local ejercida por el aparato estatal mismo del país en que se asientan. Sin embargo, este proceso nacional de acumulación debe tomar necesariamente la forma concreta de un proceso políticamente autónomo. De modo que la constitución de su estado nacional sólo puede ser obra de la acción de las clases sociales locales.

La primera clase social que acciona de manera directa por la formación del estado nacional autónomo es la de los terratenientes locales que van a comenzar a apropiarse renta tan pronto como se ponga la tierra en producción.

En asociación con la clase terrateniente en el proceso de formar el estado nacional autónomo, aunque esta asociación presente la forma de una lucha a muerte por la apropiación de la renta, acciona la pequeña burguesía nacional. Esta se engendra a sí misma como propietaria de la masa de pequeños capitales que constituyen la base sobre la que se asienta luego la entrada desde el exterior de los fragmentos de capital medio. A su vez, la expansión del pequeño capital, tanto genuino como fragmento particularmente limitado de capital medio, engendra a la clase obrera nacional. Puede ser que esta clase obrera nacional tenga su origen en la transformación de los antiguos campesinos locales, o se haya originado mediante la importación de obreros desde otros países. Pero, en cualquier caso, acaba determinada de manera específica por la especificidad misma del proceso nacional de acumulación. Por mucho que se enfrente a la pequeña burguesía local y a los representantes locales de los fragmentos de capital medio por la compraventa de su fuerza de trabajo a su valor, se encuentra con que tiene su propia reproducción inmediata como clase obrera en activo sujeta a la reproducción del proceso nacional de acumulación de capital. Y, por lo tanto, sujeta a la reproducción de la especificidad de éste. Con lo cual, el partido que representa de manera general a la clase obrera nacional actúa como representante político específico de esta reproducción. Sin ir aquí más lejos, esto quiere decir que tiene como necesidad inmediata el asociarse a esas dos personificaciones del capital industrial que opera localmente en la lucha contra los terratenientes por la apropiación de la renta del suelo. Otro tanto le ocurre respecto del enfrentamiento que sostiene este capital con los capitales medios que operan en el mercado mundial como simples exportadores de mercancías en general. La representación política general del proceso nacional de acumulación de capital cobra así una expresión ideológica característica, el populismo.

El proceso nacional de acumulación hacia donde fluye primariamente la renta diferencial y la del caso específico de la de simple monopolio está lejos de haber convertido esta masa de riqueza social en un capital industrial concentrado en la escala suficiente como para participar activamente en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. Por el contrario, sólo tienen cabida en él los pequeños capitales y los fragmentos específicamente restringidos de capital medio. Esto es, dos formas de capital industrial cuya existencia es, en sí misma, la negación de ese desarrollo y, por lo tanto, la negación de la razón histórica de existir del modo de producción capitalista. Al mismo tiempo, al verse ligada de manera específica en su gestación y reproducción inmediata a esas dos formas de capital, la clase obrera nacional se ve despojada de las potencias para revolucionar las condiciones materiales del proceso social de producción, y con ellas, para revolucionar al modo de producción mismo, que genéricamente le pertenecen. Sin embargo, todas las determinaciones de esta negación se ocultan, y aparecen invertidas, en cuanto

se las mira desde un punto de vista prisionero de la apariencia de proceso nacional que presenta la acumulación de capital.

Desde ese punto de vista, la acumulación de capital deja de presentarse como un proceso cuya unidad está determinada por su esencia mundial, que se realiza tomando forma de procesos nacionales mutuamente independientes. Por el contrario, la acumulación de capital aparece siendo por su esencia, y no por su forma, un proceso nacional. Parece así que todo proceso nacional de acumulación de capital tiene, en esencia, la potencialidad de abarcar la producción de mercancías en general poniendo en acción la capacidad productiva del trabajo correspondiente a la valorización del capital portador del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. La evidencia obvia de que los procesos nacionales de acumulación de capital en cuestión se encuentran vacíos de esa potencialidad, se representa invertida como la expresión de su insuficiente desarrollo. Insuficiente desarrollo que, a su vez, aparece no pudiendo ser sino una mera etapa en el curso natural de todo proceso de acumulación de capital hacia la realización de su esencia nacional. La negación del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad se representa así invertida como la afirmación de un proceso nacional de acumulación de capital en «vías de desarrollo». Y si este proceso no logra alcanzar la apariencia de ese supuesto «desarrollo pleno» como proceso nacional autónomo de acumulación, la cuestión se resuelve afirmando que tal circunstancia sólo puede deberse a la aplicación de políticas económicas «incorrectas» o la presencia de alguna «deformidad» o «comportamiento perverso» internos; por ejemplo, el comportamiento «poco capitalista» de los terratenientes.

A esta apologética desembozada de la acumulación del capital liberado de su necesidad genérica de desarrollar las fuerzas productivas sociales, se le opone lo que a primera vista aparece como su crítica irreductible. Sin embargo, ella parte también de la apariencia de que la acumulación de capital es un proceso nacional por su esencia. Y, por lo tanto, de atribuirle al capital una potencialidad de la que no sólo carece, sino que es la opuesta a la que verdaderamente encierra su existencia bajo la forma concreta que toma en los ámbitos nacionales en cuestión. Esta carencia se manifiesta precisamente en la impotencia que tiene el capital industrial nacional, salvo el portador de la renta de la tierra, para cerrar su ciclo de rotación vendiendo en el mercado mundial. Tal impotencia brota de la insuficiencia de la capacidad productiva del trabajo que pone en acción, debido a la insuficiencia de su escala en relación con la determinada por la formación de la tasa general de ganancia en la unidad mundial de la acumulación. Pero, al considerar el recorte nacional de la acumulación como la unidad natural de ésta, la normalidad correspondiente a esta unidad mundial se presenta ideológicamente invertida: no es que el capital nacional tiene un grado de concentración insuficiente, sino que los que lo enfrentan en el mercado mundial tienen una concentración anormalmente excesiva. Inversión que sólo puede cerrar sobre sí misma mediante la reducción

de toda diferenciación esencial en la capacidad de acumulación de unos y otros capitales a su manifestación en la circulación y en las formas políticas y militares de ésta.<sup>13</sup>

Las limitaciones específicas con que choca la expansión de la escala de estos procesos nacionales de acumulación de capital debido a estar basados en la negación del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad se presentan así invertidas como una circunstancia externa a ellos sobre una doble base. Por una parte, la potencia que les da a los capitales que alcanzan el nivel normal de concentración requerido para vender en el mercado mundial el hecho de ser portadores del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, frente a los que subsisten a contrapelo de este desarrollo, se representa ideológicamente como el ejercicio de un abstracto carácter «monopolista». Por la otra, la potencia que le da a un estado nacional ser el representante político de un proceso nacional de acumulación portador en su unidad del desarrollo de las fuerzas productivas sociales sobre un estado que representa políticamente a una negación específica de este desarrollo, se concibe ideológicamente como el ejercicio de un abstracto carácter «imperialista». En resumen, la afirmación de la autonomía política del proceso nacional de acumulación como condición para que la renta diferencial y, eventualmente, la de simple monopolio absoluto a la que hicimos referencia, sean apropiadas por los capitales medios que se valorizan como tales desde otros ámbitos nacionales, lo cual libera parcialmente a estos capitales de su necesidad genérica de desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad, se concibe ideológicamente invertida como un proceso de «liberación nacional» contra el «imperialismo monopolista».

El avance general en la concentración y centralización del capital tiene un doble efecto sobre la reproducción de la especificidad de estos procesos nacionales de acumulación. Por una parte, profundiza continuamente la brecha entre la capacidad productiva del trabajo que debe ponerse en acción para competir en el mercado mundial, y la que cabe dentro de la magnitud específicamente restringida del mercado nacional. De modo que la reproducción del proceso nacional de acumulación tiene por condición la disponibilidad de una masa cada vez mayor de renta de la tierra para compensar la brecha en la productividad. Por la otra, el avance de la concentración y centralización en los términos relativos que caben al interior del ámbito nacional toma necesariamente una forma específica. Se trata de la expropiación y liquidación de los simples pequeños capitales a manos de los fragmentos particularmente restringidos del capital medio que operan dentro del país. Esta expropiación barre con la plusvalía que dejan pendiente de apropiación esos pequeños capitales, y que constituye una de las fuentes que le habilitan al capital medio su fragmentación para operar en la escala restringida del mercado interno. Al mismo tiempo, multiplica la masa de fragmentos de capital medio cuya valorización se basa de manera específica en la apropiación de renta de la tierra y de la

---

13. Véase Nota 5.5: Sobre la teoría del imperialismo, en la página 172.

plusvalía liberada por el pequeño capital. En cuanto la renta de la tierra cesa de crecer a la velocidad acelerada necesaria para compensar la profundización de la brecha en la capacidad productiva del trabajo y la reducción absoluta y relativa de la plusvalía liberada por el pequeño capital, el proceso nacional de acumulación choca contra un límite específico a su reproducción. Entra en una contracción de su escala, que puede ser desde meramente relativa respecto de la marcha mundial de la acumulación, a directamente absoluta. Con lo cual su reproducción pierde su condición original de base específica para la expansión de la demanda local de fuerza de trabajo. Se constituye, por el contrario, en una fuente correspondientemente específica de población obrera sobrante que va camino a consolidarse en su condición de tal. Antes, remedaba un simple proceso nacional de acumulación de capital basado en la producción de la generalidad de las mercancías en él, y, por lo tanto, un proceso de desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Ahora, pone de manifiesto de manera inmediata el verdadero contenido que ha tenido como contrarrestante de ese desarrollo, y, por lo tanto, como fuente de miseria y sufrimiento multiplicados para la clase obrera.<sup>14</sup>

El desarrollo de la acumulación de capital con base en la producción de plusvalía relativa tiene todavía otro efecto sobre la especificidad de los ámbitos nacionales. Va transformando de manera masiva a las poblaciones campesinas radicadas fuera de los países en donde toma su forma más simple en una población obrera sobrante. En parte, el capital produce esta superpoblación en una magnitud tal que ya no guarda proporción con su necesidad de contar con un ejército industrial de reserva. La consolida así en tal grado como sobrante, que la priva de toda subjetividad productiva potencial para él. Cuando no la reduce a esta condición desesperante, el capital convierte a esa masa campesina en una población obrera de donde proveerse de la fuerza de trabajo cuya subjetividad productiva consiste en funcionar como apéndice de la maquinaria y en la moderna división manufacturera del trabajo. De modo que la va

---

14. Las características materiales de la producción agraria portadora de la renta, y la magnitud y complejidad que alcanza el proceso nacional de acumulación de capital en base a ella, hacen de la Argentina el caso concreto más rico para el estudio de esta modalidad nacional específica de acumulación. He desarrollado el estudio concreto de la misma en mis trabajos Juan Iñigo Carrera. *La acumulación de capital en la Argentina*. Buenos Aires: CICP, 1999; Juan Iñigo Carrera. «Crisis y perspectivas del capitalismo argentino». En: *Realidad Económica*, n.º 171: Buenos Aires (abril-mayo de 2000), págs. 52-75; Juan Iñigo Carrera. «La crisis de la representación política como forma concreta de reproducirse la base específica de la acumulación de capital en Argentina». En: *Revista da Sociedade Brasileira de Economia Política*, n.º 15: Río de Janeiro (diciembre de 2004), págs. 88-110; Juan Iñigo Carrera. «Argentina: The reproduction of capital accumulation through political crisis». En: *Historical Materialism*, vol. 14, n.º 1: Londres (2006), págs. 185-219; Juan Iñigo Carrera. *La formación económica de la sociedad argentina. Renta agraria, ganancia industrial y deuda externa 1882-2004*. Vol. 1. Buenos Aires: Imago Mundi, 2007.

generando como una superpoblación obrera latente hasta que el desarrollo de la automatización le permite fragmentar de manera ostensible la reproducción de los obreros portadores de los dos tipos de subjetividad productiva propias de la gran industria. Entonces, la pone efectivamente en acción sobre la base de la diferenciación específica de su reproducción respecto de la que es portadora directa del desarrollo de la capacidad productiva del trabajo mediante el avance en el control objetivado de las fuerzas naturales.

Sea que se trate de una población sobrante consolidada, de una latente, o de una población obrera que se mantiene en activo sobre la base de la degradación de su subjetividad productiva, el capital necesita sacarse de encima toda relación directa entre ella y la porción de la clase obrera portadora de la subjetividad productiva que avanza en el control de las fuerzas naturales. Incluso, necesita que desaparezca toda relación directa entre ella y la porción de la clase obrera de subjetividad productiva degradada, o simplemente sobrante, que debe mantener localizada en contacto directo con la portadora de la subjetividad productiva en desarrollo. Toda relación directa que las primeras porciones de la población obrera mantengan con las segundas, constituye una traba para la diferenciación de sus condiciones de reproducción. Y el capital no puede liberarse de reproducir a las segundas sobre la base de las condiciones que corresponden a la reproducción de la fuerza de trabajo portadora de los mayores atributos productivos.

La relación directa que más se opone a la diferenciación en las condiciones de vida de la clase obrera según la subjetividad productiva que el capital determina para sus distintas porciones, es la de ciudadanía de un mismo estado nacional. Y el sistema colonial establece una relación directa de ciudadanía que une a las dos porciones de la clase obrera que nos ocupa, por más cípicamente asimétrica que esta relación sea. A medida que territorios enteros avanzan hacia la condición de reservorios de población obrera sobrante, a los fragmentos nacionales del capital social que se acumula de modo simple deja de interesarle tener en sus manos el control político directo sobre los mismos. Esto ocurre más aún, cuando se encuentra todavía en pleno desarrollo la fase general de producción relativamente indiferenciada de la fuerza de trabajo en activo. El sistema colonial pierde así la última base de su existencia. No en vano avanza el momento de que el supuesto *commonwealth* deje paso al abierto *each man for himself*. Los estados colonialistas agudizan entonces su opresión directa sobre la población y la economía de las colonias hasta lograr que la independencia política de éstas se constituya en una condición para la reproducción inmediata de la vida humana en ellas, aun como población sobrante. Ha llegado la hora de las revoluciones anticolonialistas triunfantes.

La apologética capitalista basada en la inversión de la unidad mundial de la acumulación de capital como un atributo inherente a cada proceso nacional, vuelve a escena. Desde su punto de vista, la determinación de la población de los nuevos ámbitos nacionales como una superpoblación obrera despojada de

su subjetividad productiva por el avance de la acumulación del capital, aparece como la consecuencia del insuficiente desarrollo de ésta en los nuevos ámbitos nacionales. Lo que es producto del pleno desarrollo mundial del capital se representa así como su opuesto, como el producto del «subdesarrollo» nacional. Esta apologética tiene su correspondencia en la crítica aparente que parte de la misma inversión. Cuanto más logra el capital alimentar su acumulación sobre la base de diferenciar la reproducción de la fuerza de trabajo según los atributos productivos que demanda de cada uno de los fragmentos de la clase obrera, más se libera de su necesidad genérica de producir un obrero de subjetividad productiva universal. Con lo cual, más logra acumularse pese a ir a contramano de su necesidad histórica genérica de desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad. Sin embargo, la crítica basada en la aparente esencia nacional de la acumulación ve un contenido inverso en las formas políticas concretas que toma el proceso en que el capital se libera de esta necesidad histórica suya. Según ella, se trata de la derrota del «imperialismo» ejercido por los estados nacionales del capital «monopolista», a manos de los procesos de «liberación nacional» de los «pueblos oprimidos».

#### **Nota 5.1: Sobre la teoría del capital financiero**

Hilferding parte de reconocer que la expansión del capital prestado a interés, y con ella la del capital bancario como su agente, no son sino la forma concreta que toma la centralización del capital industrial a partir de cierto grado de desarrollo de la acumulación en base a la producción de plusvalía relativa.<sup>15</sup> Desde este punto de vista resulta evidente que tal modalidad de centralización no implica una transformación en las condiciones materiales portadoras de la valorización del capital social, más allá de la que resulta de la aceleración de la centralización misma. No se trata de una transformación del tipo encerrado por el paso de la cooperación simple a la división manufacturera del trabajo, y de ésta al sistema de la maquinaria de la gran industria. Sin embargo, Hilferding pasa a continuación a otorgarle al capital así centralizado una especificidad histórica propia. Por supuesto, no puede buscar esta especificidad al interior del proceso de producción del capital, es decir, allí donde el modo de producción capitalista realiza su potencialidad histórica específica al transformar la materialidad del proceso de trabajo. La especificidad en cuestión se reduce entonces al cambio formal que ocurre en la circulación respecto de la propiedad sobre el capital industrial. Se trata del «capital financiero», es decir, de un capital cuya especificidad pasa por la titularidad de la financiación del capital industrial.

Desde el principio, la investigación de Hilferding se caracteriza por no penetrar en el desarrollo de la transformación material del proceso de trabajo que es históricamente específica del modo de producción capitalista. La transforma-

---

15. Rudolf Hilferding. *El capital financiero*. Madrid: Editorial Tecnos, 1973, págs. 253-254.

ción de las fuerzas productivas del trabajo libre individual aislado en fuerzas productivas del trabajo inmediatamente social conscientemente organizado por el propio obrero colectivo que lo realiza, desarrollada bajo la forma contradictoria de tratarse de una potencialidad propia de la negación del trabajo inmediatamente social (o sea, del trabajo privado) apenas aparece referida de manera abstracta como una cuestión de la socialización del trabajo. Pero desde que enuncia la categoría del capital financiero en adelante, Hilferding reduce absolutamente toda potencialidad histórica del modo de producción capitalista a la inmediatez de la agudización del antagonismo de clases por esta forma en que se centraliza el capital. No es ya que la centralización refleja la constante expansión del carácter inmediatamente social y conscientemente organizado con que se realiza cada porción del trabajo privado. Ni que esta expansión lleva necesariamente al punto en que la realización material del proceso de trabajo impone la disolución del trabajo privado en la organización consciente general del trabajo social. Ni que, como forma plena del desarrollo de las fuerzas productivas del obrero colectivo que organiza conscientemente su proceso de trabajo inmediatamente social como un atributo del trabajo privado, esta transformación en la materialidad del proceso de trabajo tiene a la revolución social efectuada por la clase obrera como forma concreta necesaria de realizarse. Por el contrario, para Hilferding, sin que medie transformación material alguna en el proceso de trabajo, la centralización financiera del capital habilita la imposición revolucionaria de la organización consciente de la producción social por la clase obrera:

«... el triunfo [del proletariado] no puede sino salir de la lucha continua contra esta política [la del capital financiero], porque únicamente el proletariado puede ser entonces el heredero de la derrota a que tiene que conducir esta política, teniendo en cuenta que se trata de un colapso político y social y no económico, que no es en ningún modo un concepto racional».<sup>16</sup>

Esta contraposición de lo económico a lo social (uno bien podría preguntarse si, para Hilferding, lo económico será natural o divino, ya que es opuesto a lo social) refleja cómo la categoría de capital financiero va sirviendo para separar ideológicamente el contenido, la transformación material del proceso de trabajo que se rige históricamente por la acumulación de capital, de su forma necesaria de realizarse, la lucha de clases. Lenin da el paso siguiente en esta abstracción:

«Traducido al lenguaje común, esto significa: el desarrollo del capitalismo ha llegado a un punto tal, que, aunque la producción de mercancías sigue “reinando” como antes y siendo considerada como la base de toda la economía, en realidad se halla ya quebrantada, y las ganancias principales van a parar a los “genios” de las maquinaciones financieras. En la base de estas maquinaciones y de estos chanchullos se halla la socialización de la producción; pero el inmenso progreso

---

16. *Ibíd.*, pág. 415.

logrado por la humanidad, que ha llegado a dicha socialización, beneficia [...] a los especuladores».<sup>17</sup>

Toda la complejidad concreta de la organización autónoma del proceso de metabolismo social que transforma a la relación social general materializada en el sujeto concreto inmediato de la producción y el consumo sociales, y cuya unidad material se realiza en el movimiento del capital social regido por la formación de la tasa general de ganancia, aparece reducida a un abstracto «sigue “reinando”», que no hay comillas que puedan concretar, y a un más abstracto aún «sigue [...] siendo considerada», que vaya a saberse qué relación tiene el innombrado sujeto de esta consideración con alguna determinación real. Al mismo tiempo, el desarrollo histórico propio de esta organización autónoma de la producción social aparece representado como su abstracta negación externa: se «halla ya quebrantada». ¿Y qué rige entonces la producción social si la relación social general se encuentra quebrantada? «Las maquinaciones financieras [...] de los especuladores» en su propio beneficio. Esto es, de simples personificaciones de la organización autónoma de la producción social por la acumulación del capital, los capitalistas se han liberado de sus determinaciones y se han convertido, como capitalistas financieros, en los sujetos que rigen por sí, mediante sus «maquinaciones y chanchullos», la acumulación de capital. Y tan pronto como la organización autónoma de la producción social aparece reducida a la acción libremente voluntaria de los capitalistas financieros, la necesidad histórica de la superación del modo de producción capitalista por el desarrollo de las potencias materiales de la clase obrera para tomar conscientemente en sus manos la organización de la producción social aparece no teniendo más determinación que la libre voluntad política de la misma.

A esta abstracción la sigue la de quienes se limitan a declarar liquidada la necesidad de dar cuenta de cualquier determinación concreta de la acumulación de capital que trascienda la apariencia inmediata de las formas políticas con invocar el nombre del capital financiero y la autoridad teórica de Lenin. Y es aquí donde la inversión de la especificidad propia del proceso de producción de plusvalía por una especificidad que brota de la titularidad de la financiación del capital muestra la plenitud de su contenido. Esta inversión tiene la virtud ideológica de presentar al capital bancario, cuyo movimiento no es sino el reflejo del movimiento del capital industrial, como si fuera el verdadero sujeto de la acumulación. Al mismo tiempo, el movimiento del capital industrial, o sea, el lugar donde ocurre efectivamente la explotación de la clase obrera, pasa a un discreto segundo plano. Aparece dominado por el movimiento supuestamente autónomo del capital bancario. Con lo cual la categoría capital financiero sirve a la pequeña burguesía para presentar ideológicamente invertido el contenido de su lucha contra la concentración y centralización del capital. Para empezar, le sirve para presentar a la clase obrera como el enemigo natural del proceso

---

17. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, págs. 27-28.

de concentración y centralización, cuando éste es vehículo del desarrollo de sus potencias revolucionarias. Al mismo tiempo, le sirve para presentarse a sí misma, doblemente enemiga de la clase obrera como personificación del capital en general y del capital portador de la negación del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad en particular, como si fuera el aliado natural de la clase obrera en la lucha de ésta por superar las rémoras del modo de producción capitalista, cuando realmente sueña con un capitalismo cuya eternidad se encuentre garantizada por la ausencia de la concentración y la centralización del capital.

### **Nota 5.2: De la teoría de la competencia imperfecta a la teoría del capital monopolista**

La economía neoclásica ha hecho un culto de reducir toda determinación orgánica de la valorización del capital a las apariencias de la circulación, para luego reducir éstas a la abstracción de juguetos teóricos, representados matemáticamente, del tipo «qué debo hacer si yo creo que él cree que yo creo que...». Por supuesto, se cuida muy bien de cerrar el ciclo para explicar de dónde sale la ganancia extraordinaria del monopolio. En el mejor de los casos, da por terminada la cuestión declarando que las consecuencias las pagan «los consumidores». Ni siquiera entonces se hace la pregunta obvia: ¿quiénes son «los consumidores»? Según la propia teoría neoclásica, los consumidores se encuentran en condiciones de actuar como tales por ser, a la vez, poseedores de los «factores de la producción» cuyos servicios venden. La oferta de estos «factores», como cualquier otra, se encuentra regida por el «principio de la utilidad total creciente y la utilidad marginal decreciente». Se trata de un principio intrasubjetivo tan por completo independiente del nivel de los precios como que él es la causa de éstos. Dicho a la inversa, toda función de utilidad es independiente del precio. Tan pronto como, en su condición de «consumidor», el poseedor de uno de estos «factores de la producción» tuviera que pagarle al monopolista un precio superior al «de equilibrio de la competencia perfecta», vería caer la utilidad que le produce la venta de dicho factor respecto de la utilidad que tiene para él el «bien» que posee por naturaleza en oposición a esa venta. Si se tratara de un poseedor del «factor capital», la «retribución» que recibiría por éste no le compensaría ya la «utilidad marginal decreciente en el tiempo» correspondiente a la «espera» que debe realizar. Si se tratara de un poseedor del «factor trabajo», la «retribución» que recibiría por éste no le compensaría ya el «sacrificio de ocio» que debe realizar. En consecuencia, siempre según los fundamentos de la economía neoclásica, se retraería la oferta de dichos «factores». Esta retracción haría subir su precio por encima de su «productividad marginal», «técnicamente» determinada por la «función de producción». Con lo cual se retraería la demanda de los «factores de la producción». Pero esta retracción no reestablecería el «equilibrio», ya que, por la presencia del «precio de monopolio» que deben pagar los poseedores de los

«factores de la producción», el precio de oferta de estos «factores», determinado por el «principio de utilidad», necesita ubicarse por encima del precio correspondiente a su «productividad marginal», por muy en «competencia perfecta» que ellos se encuentren entre sí. ¿De dónde sacarían «los empresarios» que ponen en acción los «factores de la producción» la capacidad para pagar estos sobrepuestos? Tal vez el monopolista pudiera pagarlos, claro que al costo de decirle adiós al beneficio del monopolio. Pero ¿y el resto que opera en mercados de «competencia perfecta»? *Mutatis mutandi*, lo mismo ocurriría si se tratara de un monopsonista cuya ganancia de monopolio se originara en que los «factores» en cuestión se vendieran por debajo de su propio precio de equilibrio en «competencia perfecta».

En los propios términos de la economía neoclásica, la existencia de un «precio de monopolio» no constituye una determinación particular al «equilibrio general», que aleja a éste del «óptimo de bienestar social». Por el contrario, encierra una contradicción en los términos que implica la imposibilidad misma del «equilibrio general». Lo cual es lo mismo que afirmar la imposibilidad de la reproducción del modo de producción capitalista en su unidad. Conclusión ciertamente odiosa para una teoría que tiene por toda razón de existencia la apologética de ese modo de producción, presentándolo como la forma naturalmente equilibrada de la organización de la vida humana.

Si liberamos la cuestión de la pedantería pseudoanalítica con que la adorna la economía neoclásica, lo que los teóricos del «capital monopolista» deberían explicar se reduce a de dónde sale la ganancia extraordinaria en una rama sin que, al mismo tiempo, su mera existencia implique que los capitales no-monopolistas de las restantes ramas desaparezcan por no poder valorizarse normalmente. Esta imposibilidad de valorizarse normalmente se presentaría de manera directa, en el caso de tener que comprar algún medio de producción a un «precio de monopolio» superior al respectivo precio de producción. Y también de manera indirecta, en cuanto alguna mercancía de las que los obreros necesitan consumir para reproducir su fuerza de trabajo en las condiciones materiales y morales con que las requiere el capital se vendiera a un «precio de monopolio» superior a su precio de producción. En este caso, el conjunto de los capitales individuales se vería forzado a pagar la fuerza de trabajo por encima de su precio normal, so pena de quedarse sin ella por agotamiento. De modo que, salvo el capital monopolista que contaría con la correspondiente ganancia adicional, los demás no podrían valorizarse de manera normal. Claro está que la desaparición de estos capitales acabaría llevándose tras de sí la del capital que supuestamente sacaba un beneficio extraordinario por la forma de su mercado.

Por muy crítica que se considere, la teoría del capital monopolista sólo puede terminar por hundirse en las peores vulgaridades de la economía neoclásica:

«Ciertamente el precio de monopolio se puede fijar de manera empírica, pero su nivel no se puede reconocer objetiva y teóricamente, sino sólo concebido psicológica y subjetivamente».<sup>18</sup>

Como es norma entre este tipo de economista, Hilferding imputa sus propias incoherencias a Marx:

«La economía clásica, en la que incluimos también a Marx, ha eliminado por eso, de sus deducciones el precio de monopolio, el precio de las mercancías que no pueden elevarse a capricho».<sup>19</sup>

Sobre esta base, la libre elección de los capitalistas monopolistas entre producir más o menos para vender a menor o mayor precio pasa a ocupar el lugar de la unidad material del movimiento del capital social realizada mediante la formación de la tasa general de ganancia, que rige la acción de los capitales individuales. Basta con considerar una sociedad en donde todas las ramas de la producción estuvieran monopolizadas, es decir, hubiera un solo capital individual en cada una de ellas, para poner en evidencia la vacuidad de esta inversión. Ninguno de estos capitales podría valorizarse normalmente a más de la tasa general de ganancia por muy monopolista que cada uno de ellos fuera, a no ser que se caiga en afirmar que algunos son más monopolistas que los otros. La centralización completa del capital en las distintas ramas se expresa dando dos peculiaridades a la competencia como forma concreta de realizarse la tasa general de ganancia. En primer lugar, la venta por debajo del precio de producción social vigente, pero por encima del que se alcanza poniendo en acción una productividad del trabajo aumentada, permite realizar la correspondiente ganancia extraordinaria, pero no a expensas de los capitales de la propia rama, sino de los de otras. Como todas las ramas ejercen este desplazamiento mutuo, el precio comercial en cada una tiende al nivel del nuevo precio de producción. Se genera así plusvalía relativa, en tanto la disminución del precio de producción ocurre en las ramas que directa o indirectamente producen medios de vida para los obreros. En segundo lugar, como todo avance en el proceso de concentración del capital, la centralización absoluta de éste dentro de cada rama desarrolla la determinación de la acción directa del capital social a través de su representante político, el estado, como forma concreta necesaria de realizarse la competencia entre los capitales medios. Pero Hilferding elude la cuestión saltando del análisis de las apariencias propias de la cartelización en una rama, a las fantasías acerca de una cartelización absoluta del capital social, en donde el dinero dejaría de existir porque se trataría de una producción capitalista (o sea, de plusvalía) directamente organizada como una producción de valores de uso.<sup>20</sup> Más allá del monopolio sobre determinadas condiciones naturales o el impuesto por la fuerza directa, el único monopolio que puede

---

18. Hilferding, *El capital financiero*, pág. 257.

19. *Ibíd.*

20. *Ibíd.*, págs. 257-265.

producir una ganancia extraordinaria es aquél que se ejerce sobre una técnica de producción que permite poner en acción una capacidad productiva del trabajo superior a la media social. Fuera de esto, la ganancia extraordinaria que parece apropiarse por las formas del mercado no surge de la existencia de capitales monopolistas sino de la subsistencia de los capitales de monto insuficiente que se relacionan con los capitales medios en la circulación. Pero Hilferding no puede ver que el capital cartelizado y el no cartelizado no son sino las formas concretas tomadas respectivamente por el capital medio y por el pequeño capital que tiene ante sus ojos. Al aceptar las apariencias de la circulación como la causa de la diferenciación en las tasas de ganancia, acaba presentando invertida a la verdadera determinación que rige la valorización normal concreta del pequeño capital industrial – esto es, su equiparación con el capital prestado a interés – como si fuera una barrera con la que tiene que lidiar la dinámica económica impuesta por la libre subjetividad del capitalista monopolista.<sup>21</sup>

Una vez más, Lenin toma la categoría de capital monopolista tal como se la sirve Hilferding, y la consagra como base específica de la moderna marcha de la acumulación de capital y de sus potencias históricas.<sup>22</sup> Luego, se convierte en un lugar común presentar la bandera ideológica de la pequeña burguesía invertida como si fuera la expresión acabada de la conciencia científica de la clase obrera.

Un ejemplo particularmente elocuente, que ha dejado marca en la teoría del capital monopolista, es el siguiente:

«Cuando decimos que las corporaciones gigantes son artífices de precios, queremos decir que ellas pueden y eligen los precios que han de cobrar por sus productos. [...] ¿Qué es lo que determina cuáles precios se cobrarán dentro de esta escala? La respuesta más simple es la que da [...] la tradicional teoría monopolista de los precios de la economía clásica y neoclásica. Lo que los economistas han tratado hasta ahora como un caso especial resulta ser, bajo las condiciones del capitalismo monopolista, el caso general».<sup>23</sup>

Afirmado lo cual, a esta teoría del capital monopolista todo se le hace reducir la unidad de la organización del trabajo social en el modo de producción capitalista a la más crudamente vulgar invocación de «anatematos», «apostar solamente a lo que es seguro», «proscribir la reducción de precios», «tabúes poderosos», «largas y amargas experiencias», «los intereses de fuerzas poderosas dentro en la sociedad», la supresión de «peligrosas incertidumbres», etc.<sup>24</sup>

---

21. Hilferding, *El capital financiero*, pág. 260.

22. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, pág. 42 y 160.

23. Paul Baran y Paul Sweezy. *El capital monopolista, ensayo sobre el orden económico y social de Estados Unidos*. México, DF: Siglo XXI, 1988, pág. 50 y 52.

24. *Ibid.*, págs. 51-52.

**Nota 5.3: Sobre la teoría de la imposibilidad de la realización de la plusvalía al interior del modo de producción capitalista**

Marx aclara desde el principio que, pese a que en la práctica el obrero adelanta al capitalista su fuerza de trabajo y ésta recién se le paga después de haber entregado su valor de uso, va a partir de considerar al capital variable como adelantado para enfocar las determinaciones del capital en toda su pureza (Karl Marx. *El capital*. Vol. 1. México, DF: FCE, 1973, pág. 128). Es así que, en los esquemas de la reproducción ampliada, la conversión de la porción de la plusvalía extraída en un ciclo en el capital variable expandido del siguiente aparece efectuada mediante el adelanto a los obreros adicionales del valor de su fuerza de trabajo. De manera consistente con esta consideración, los obreros adicionales recién producen su propia fuerza de trabajo mediante la compra de los medios de vida necesarios para ello con esos fondos, es decir, después de haberla vendido e inmediatamente antes de ponerla a funcionar productivamente para el capital. Los esquemas reflejan de este modo simplificado la determinación concreta propia de la producción y reproducción de la vieja y la nueva fuerza de trabajo. En ésta, el valor de los medios de vida requeridos por los futuros obreros se encuentra incluido en el valor de la fuerza de trabajo de sus padres hasta que, más violenta o más suavemente y aunque el salario de los padres no disminuya, va dejando de estarlo. Con lo cual, la familia obrera sólo puede continuar reproduciendo su vida como tal mediante la incorporación de los hijos a la fuerza de trabajo activa adicional que demanda la acumulación del capital. Tanto bajo la forma simplificada en que se basan los esquemas como en su forma concreta, la plusvalía destinada a la ampliación del capital variable viene al mundo materializada en los valores de uso que los nuevos obreros van a pagar con su salario. Luxemburg pasa por alto la coherencia que corresponde a la representación en los esquemas de todo el capital variable como adelantado. Comienza entonces, como buena economista marxista, por fabricar el «problema de la realización de la plusvalía para la acumulación» que Marx no ha podido resolver, para hacer finalmente referencia a los «errores» de Marx (Rosa Luxemburg. *La acumulación del capital*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Americanos, 1968, pág. 143 y 149). A partir de su falso problema, Luxemburg construye una falsa solución:

«Esta [la realización de la plusvalía] está ligada, de antemano, a productores y consumidores no capitalistas como tales. Por tanto, la existencia de adquirentes no capitalistas de la plusvalía es una condición de vida directa para el capital y su acumulación. En tal sentido, tales adquirentes son el elemento decisivo en el problema de la acumulación de capital» (ibíd., pág. 332).

En cuanto sus supuestos adquirentes son señalados como abstractos compradores, Luxemburg se apresura a dar por respuesta:

«... lo que hoy saben hasta los niños: que cuando se exportan las mercancías, no se aniquilan, sino que se *cambian*, comprándose con ellas *otras* mercancías

en aquellos países y capas no capitalistas, que sirven para proveer a la economía capitalista de medios de producción y consumo» (Luxemburg, *La acumulación del capital*, págs. 500-501).

Ahora bien, según la propia Luxemburg los capitalistas no habían tenido problema alguno en realizarse mutuamente la plusvalía portada en los medios de producción necesarios para ampliar la escala de la acumulación, ni la portada en los medios de vida para el consumo individual de su clase. Tampoco para venderse mutuamente los medios de producción en que se encuentra materializado el capital constante consumido, ni para venderle a los obreros anteriormente en actividad los medios de vida correspondientes al capital variable consumido. El único problema que enfrentaban era la realización de la plusvalía destinada a la ampliación del capital variable, porque supuestamente no podían ser los nuevos obreros quienes les compraran las mercancías portadoras de esa plusvalía. Así que la única venta exterior que cabe en relación con el supuesto problema de realización es la de estas últimas mercancías. Pero si se tratara de una compraventa, los capitalistas se habrían desprendido de una masa de mercancías que les eran internamente irrealizables sólo para encontrarse en poder de otra masa de mercancías de distinta composición material, pero tan irrealizable internamente como la anterior. Para cumplir la función que Luxemburg les atribuye, los supuestos países y estratos de fuera del capitalismo tendrían que tener la fantástica capacidad de poder comprar sin vender. Bien puede entonces aplicársele a Luxemburg sus propios juicios:

«¡Hasta ese punto puede inducir a error el afán de sutilezas teóricas! Pero es característico, teórica y prácticamente, en todos estos epígonos del marxismo [...] el perder el sentido de la realidad para sumergirse en un “esquema” abstracto, y el tropezar con los hechos de bulto de la vida real, mientras andan a tientas por entre las nieblas de la teoría» (ibíd., pág. 501).

#### **Nota 5.4: De la teoría del desarrollo y del subdesarrollo a la teoría de la dependencia basada en el intercambio desigual**

La inversión de la forma nacional como si fuera el contenido de la acumulación de capital, es la base de la apologética vestida de «teoría del desarrollo y del subdesarrollo». La misma va, desde la crudeza de las «etapas del crecimiento económico», pasa por la versión estructuralista del «centro-periferia» – clave para la justificación ideológica de la valorización de fragmentos mutilados de los capitales industriales normalmente concentrados del «centro» como si fueran capitales de incipiente desarrollo en la «periferia»– y llega hasta el abstracto espíritu voluntarista del «evolucionismo» y el «institucionalismo».

La misma inversión tiene su expresión en apariencia acabadamente crítica en la «teoría de la dependencia». En su versión más simple, esta teoría sostiene que un país es dependiente de otro porque, al haberse visto forzado a especializarse en la producción de materias primas para el mercado mundial, su suerte depende de la marcha de la acumulación en ese otro país comprador

de sus materias primas. Al mismo tiempo, su consumo interno de mercancías en general depende de la voluntad de los capitales del otro país para proveerlo. Este planteo parece olvidar que el comercio es un acto de dependencia recíproca, y no un doble movimiento unilateral donde, primero, el vendedor depende de la voluntad del comprador y, luego, a la inversa, el comprador de la voluntad del vendedor. Los propios teóricos de la dependencia acaban reconociendo que la provisión de las materias primas abaratas por la alta productividad del trabajo que las produce en el país exportador, juega un papel clave en la acumulación de capital del país importador. Tan clave, que se llega incluso a afirmar que dicha provisión ha transformado la base misma de esta acumulación.<sup>25</sup>

¿Cómo es, entonces, que el país en cuestión no es «dependiente» del exportador de materias primas? A la «teoría de la dependencia» le quedan entonces dos caminos. Uno, afirmarse simplemente sobre la base de las apariencias inmediatas de la relación asimétrica, fundando la «dependencia» en la «dominación» basada en la «fuerza» económica, política y militar obviamente distinta de cada parte.<sup>26</sup> Esta vertiente fluye hacia la teoría del imperialismo, sobre la que avanzaremos más adelante. El segundo camino consiste en buscar un fundamento aparente en el contenido mismo de la organización capitalista de la producción social. Es aquí donde surge la «teoría de la dependencia» basada en el «intercambio desigual».

Según esta teoría, los países que surgen en el curso histórico como productores de materias primas no desarrollan un proceso nacional de acumulación de capital autónomo que abarque la producción de la generalidad de las mercancías porque sufren un drenaje constante de valor en favor de los países en donde esa producción tiene lugar. Este drenaje se debería a que los capitales productores de materias primas tienen una composición orgánica inferior a la de los capitales industriales que producen mercancías en general. De modo que la formación de la tasa general de ganancia en el mercado mundial implica que los precios de producción recibidos por los primeros se ubicarían por debajo de los valores de sus mercancías, mientras que los recibidos por los segundos se ubicarían por encima de los suyos. El consecuente flujo de valor de aquéllos a éstos impediría, entonces, que el capital se acumulara en los primeros hasta abarcar la producción de mercancías en general.<sup>27</sup> En primer lugar, esta teoría olvida que el capital aplicado a las producciones agrarias tiene una velocidad de rotación relativamente baja, la cual contrarresta su posible menor composición orgánica en el proceso de formación de los precios

---

25. Ruy Mauro Marini. «Dialéctica de la dependencia: la economía exportadora». En: *Sociedad y Desarrollo*, n.º 1: Santiago de Chile (enero-marzo de 1972), pág. 39.

26. Theotonio Dos Santos. *La nueva dependencia*. s/ediciones, 1968.

27. Ernesto Laclau. «Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno». En: *El régimen oligárquico*. Compilado por Marcos Giménez Zapiola. Buenos Aires: Amorrortu, 1975, págs. 33-34.

de producción. Segundo, olvida que las mercancías primarias son portadoras de renta de la tierra absoluta y de simple monopolio, con lo cual su precio comercial se ubica por encima de su precio de producción, e incluso por encima de su valor. Tercero, olvida que dicho precio comercial no sólo es portador de dichas rentas sino también de la renta diferencial que corresponde a la alta productividad relativa del trabajo, debida a las condiciones naturales favorables, que justifica la localización de la producción primaria en el país exportador. De modo que la venta de las mercancías primarias en el mercado mundial implica el flujo de plusvalía desde el país importador al exportador, que analizaremos en seguida. Cuarto, más allá de estos flujos, olvida que, en su determinación genérica en la circulación donde se realiza la unidad orgánica del capital social, los capitales industriales individuales son valor que se valoriza sin más diferenciación cualitativa que su propia magnitud. De modo que, lejos de originar una desigualdad en la capacidad de acumulación de los capitales individuales, la formación de la tasa general de ganancia realiza plenamente su igualdad. Los capitales de los países que el propio capital social ha formado como proveedores de materias primas pueden acumularse a la misma velocidad que el de los países productores de mercancías en general. Aun en el supuesto de que hubiera una diferencia sistemática en contra entre el valor y los precios de producción de las mercancías exportadas desde un país, esa diferencia implicaría simplemente que la clase obrera del mismo gasta una masa de trabajo social mayor a la materializada en las mercancías importadas de igual precio de producción. Pero, a la acumulación de capital, este mayor gasto le es por completo indiferente. La teoría del intercambio desigual no es más que el reflejo conceptual de la ilusión pequeño burguesa que cree que la justicia social consiste en el cambio de mercancías como materializaciones de trabajos realizados privadamente de manera individual. Es el digno producto de un leguleyo.

Una versión más sofisticada de la teoría del «intercambio desigual» considera que éste se refiere específicamente a la transferencia de una porción del valor que va más allá de la vista recién. Se trata de parte del valor de la fuerza de trabajo aplicada a la producción primaria en el país «dependiente». El pago de esta fuerza de trabajo por debajo de su valor, fundada en razones «institucionalmente» determinadas, tendría un doble efecto sobre la formación del precio de producción en la unidad del mercado mundial: aumentaría la tasa de plusvalía de los capitales de la producción primaria y, al mismo tiempo, bajaría adicionalmente su composición orgánica.<sup>28</sup> Aquí no sólo se olvidan las determinaciones de los precios de las mercancías primarias señaladas anteriormente, sino, además, que estas determinaciones abarcan igualmente a los capitales primarios de los países donde la teoría en cuestión postula que la fuerza de

---

28. Arghiri Emmanuel. «El intercambio desigual». En: *Cuadernos de Pasado y Presente*. Imperialismo y comercio internacional (El intercambio desigual), n.º 24: Córdoba (1971). Ed. por Arghiri Emmanuel y cols., págs. 22-24.

trabajo se paga por su valor. Si el bajo salario entrara en la determinación del precio en el mercado mundial, a iguales condiciones naturales, técnicas y de escala determinantes de la productividad del trabajo, la producción primaria sería imposible en estos países.<sup>29</sup> De modo que el pago sostenido de la fuerza de trabajo por debajo de su valor como característica específica de un ámbito nacional – cosa que efectivamente ocurre – no constituye una fuente de plusvalía que pueda fluir vía la formación de los precios en el mercado mundial. Ni se deriva de este proceso de formación de precios, como sostiene otra vertiente de la teoría en cuestión.<sup>30</sup> Por el contrario, constituye una fuente adicional de plusvalía que es apropiada como ganancia por el conjunto de los capitales industriales y comerciales que operan dentro del país (en caso de que el salario por debajo del valor alcance a toda la fuerza de trabajo nacional) o como renta por los terratenientes (en caso de que se trate de una condición que alcanza sólo a la fuerza de trabajo del sector primario). La determinación y curso posterior de la plusvalía así apropiada sólo pueden ser puestos en evidencia al considerar a los procesos nacionales de acumulación, no como unidades de cuya interacción resulta el proceso mundial de acumulación sino, a la inversa, como formas necesarias con que se realiza la unidad de este proceso mundial.

Por otra parte, la teoría del «intercambio desigual» se extiende para incluir como fuente de tal al hecho de que el capital del país donde el trabajo industrial es más productivo puede hacer contar a éste como si fuera un trabajo más intensivo (es decir, que produce una masa mayor de valor en un tiempo dado) al vender su producto en el otro.<sup>31</sup> Este argumento pasa por alto que las mercancías industriales en cuestión circulan en el mercado mundial al mismo precio para los países «dependientes» como para los que no lo son. Luego, pueden suceder dos cosas. La primera, que los capitales que producen con la productividad normal del mercado mundial desplacen del mercado interno de los países «dependientes» a los capitales que producen en ellos con una productividad menor, igualándose así el precio interno al del mercado mundial. La segunda, que los capitales de baja productividad de los países «dependientes» reproduzcan su valorización gracias a que los precios internos se mantienen por encima de los del mercado mundial mediante los aranceles de importación que compensan dicha menor productividad. En cualquier caso, no queda diferencia de productividad del trabajo entre uno y otro país que pueda hacerse valer como una diferencia de intensidad al vender en el otro.

El flujo específico de plusvalía desde los países caracterizados por la producción de materias primas hacia los países que las importan encierra una determinación que escapa por completo a las apariencias del «intercambio desigual» y la «dependencia». Pero esta teoría debe su constante reproducción

---

29. Véase Iñigo Carrera, *La formación económica de la sociedad argentina. Renta agraria, ganancia industrial y deuda externa 1882-2004*, vol. 1, págs. 117-119.

30. Marini, «Dialéctica de la dependencia: la economía exportadora», págs. 43-45.

31. *Ibíd.*, pág. 43.

a que genera la apariencia de que los procesos nacionales de acumulación de capital deberían ser recíprocamente independientes entre sí por naturaleza. Y esta apariencia pseudocrítica es una forma ideológica necesaria para la reproducción de dicho flujo.

### **Nota 5.5: Sobre la teoría del imperialismo**

Las categorías de capital monopolista y capital financiero ocultan la especificidad histórica propia del modo de producción capitalista determinada por la transformación en la materialidad del proceso de trabajo regida mediante la producción de plusvalía relativa. Lo hacen al poner las apariencias de las modificaciones que ocurren en la circulación a medida que esta transformación material se va imponiendo bajo las formas concretas de la concentración y centralización del capital, como si fueran el fundamento de la necesidad histórica del capitalismo de aniquilarse a sí mismo en su propio desarrollo. El concepto de «imperialismo» hace lo mismo, sobre la base de abstraer el movimiento aparente de las relaciones directas políticas y militares establecidas entre los procesos nacionales de acumulación de capital en las que toma forma concreta la realización del contenido mundial de dicha transformación material. El históricamente inespecífico «imperio» – aplicable igualmente al modo de producción esclavista – es puesto en el lugar del verdadero sujeto social enajenado específicamente inherente al modo de producción capitalista, el capital.

Consideremos tres modalidades históricas de diferenciación de los procesos nacionales de acumulación de capital. La primera consiste en la generación de ámbitos nacionales de acumulación de capital cuya especificidad reside en encontrarse restringidos a producciones en donde las condiciones naturales permiten el ejercicio de una capacidad productiva del trabajo superior a la alcanzada en los ámbitos nacionales de acumulación en donde se producen mercancías en general. Se trata, pues, del simple desarrollo general de las fuerzas productivas de la sociedad bajo la forma en que el modo de producción capitalista necesariamente lo hace, o sea, como un atributo del trabajo privado y, por lo tanto, como un atributo de una porción del trabajo social en oposición a otra. La segunda modalidad consiste en la transformación de la diferenciación nacional anterior en una en la que el capital medio se fragmenta como pequeño capital en el primer tipo de países en base a la apropiación específica de la renta del suelo y la ganancia liberada por los genuinos pequeños capitales locales. En cuyo caso, el capital se acumula yendo a contrapelo de su necesidad histórica de desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad. La tercera modalidad corresponde a la fragmentación internacional de la subjetividad productiva de la clase obrera, por la cual el capital abarata específicamente el valor de la fuerza de trabajo destinada a funcionar como apéndice de la maquinaria y en la moderna manufactura. El capital aleja así su límite específico para la incorporación de la maquinaria, con lo cual se acumula a una

tasa de plusvalía mayor a pesar de hacer más lento el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Se trata, pues, de tres modalidades de diferenciación de los procesos nacionales de acumulación que encierran contenidos esencialmente distintos respecto del desarrollo mundial de las fuerzas productivas de la sociedad y, por lo tanto, respecto de las potencias históricas del modo de producción capitalista. Sin embargo, tal es el grado de abstracción logrado mediante la representación de las formas políticas y militares internacionales bajo la categoría de imperialismo, que las tres van a parar a la misma bolsa. La explicación de las tres se da por agotada con invocar al imperialismo.

Tan pronto como bajo la luz de la teoría del imperialismo se borran las determinaciones específicas del desarrollo de las fuerzas productivas, el sujeto revolucionario comienza a presentar distorsiones fantásticas. La especificidad de la clase obrera como sujeto revolucionario brota de la transformación de la materialidad del proceso de trabajo que da su razón histórica de existir al modo de producción capitalista. Se trata de la transformación del proceso de trabajo en un proceso inmediatamente social contradictoriamente realizado con carácter privado, organizado conscientemente por el propio obrero colectivo que lo efectúa, consistente en la aplicación de la fuerza de trabajo al control científico de las fuerzas naturales, su objetivación en la maquinaria y la aplicación automática de esas fuerzas sobre los objetos para transformarlos. El capital desarrolla esta transformación del único modo que sabe: a expensas de mutilar y fragmentar los atributos productivos de la clase obrera. Desarrolla la subjetividad productiva de la parte de ésta que pone a funcionar en el control científico de las fuerzas naturales, degrada la de la parte que transforma en apéndice de la maquinaria y órgano parcial de la moderna manufactura, y priva de ella a la parte que transforma en población obrera sobrante. La conciencia acerca de la tendencia histórica que sigue el desarrollo de estas tres partes y su papel específico en el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad, y, por sobre todo, las formas de su unidad en la acción revolucionaria superando su fragmentación funcional y su fragmentación internacional montada sobre la anterior, es la cuestión clave que el desarrollo de la gran industria impone a la organización política general de la clase obrera.

Pero la categoría imperialismo sustituye la especificidad de la transformación capitalista de la materialidad del proceso de trabajo por las apariencias políticas y militares internacionales bajo las que necesariamente se realiza esta transformación, como determinante de las potencias históricamente específicas de la clase obrera. Ni bien lo hace, la porción de la clase obrera que el capital determina como portadora inmediata de la capacidad material para desarrollar el control científico sobre el trabajo social aparece como la negación misma de toda potencialidad histórica revolucionaria:

«Esta capa de obreros aburguesados o de “aristocracia obrera”, completamente pequeños burgueses en cuanto a su manera de vivir, por la cuantía de sus emolu-

mentos y por toda su mentalidad, es el apoyo principal de la Segunda Internacional, y, hoy día, el principal apoyo social (no militar) de la burguesía. Pues éstos son los verdaderos agentes de la burguesía en el seno del movimiento obrero, los lugartenientes obreros de la clase capitalista [...], los verdaderos portadores del reformismo y del chovinismo. En la guerra civil entre el proletariado y la burguesía se ponen inevitablemente, en número no despreciable, al lado de la burguesía. . . ».<sup>32</sup>

Las determinaciones concretas de la conciencia y del valor de la fuerza de trabajo de la misma porción de la clase obrera por el carácter complejo del trabajo social que realiza (determinaciones en las cuales alcanzan desarrollo pleno todas las inversiones que presenta la compraventa de la fuerza de trabajo en la circulación: realización de la libertad, la igualdad, la propiedad y el interés personal) quedan rebajadas a la más abstracta apariencia de la compra:

«... corromper a los dirigentes obreros y a la capa superior de la aristocracia obrera. Los capitalistas de los países “avanzados” los corrompen, y lo hacen de mil maneras, directas e indirectas, abiertas y ocultas».<sup>33</sup>

Reducidas así las determinaciones concretas de las potencias revolucionarias de la clase obrera, parece que no queda dónde buscar su rastro sino es en la fuente con que el capital financia la supuesta corrupción. Es aquí donde las apariencias de la circulación del capital representadas mediante las categorías imperialismo y capital monopolista cierran el borrado de las determinaciones materiales concretas de esas potencias:

«El imperialismo, que significa el reparto del mundo y la explotación no sólo de China e implica ganancias monopolistas elevadas para un puñado de países los más ricos, crea la posibilidad económica de la corrupción de las capas superiores del proletariado y con ello nutre, da forma, refuerza el oportunismo».<sup>34</sup>

Pero ¿cuál es el contenido de las llamadas ganancias monopolistas, en particular, de las realizadas en el ámbito internacional? Ya hemos visto que no son sino las ganancias normales de los capitales medios a la tasa general de ganancia, puestas en contraposición aparente con las ganancias normales concretas de los capitales insuficientemente concentrados para llevar adelante el desarrollo de las fuerzas productivas. Más aún, podemos agregar a ésta determinación dos fuentes adicionales que la categoría imperialismo ni siquiera permite distinguir. La primera esta constituida por la renta de la tierra, tanto diferencial como de simple monopolio originada en la existencia de una limitación natural absoluta a la producción respecto del consumo normal. Se trata de una plusvalía extraída esencialmente a los obreros productivos de los capitales medios, ya que son éstos los que tienen en sus manos el grueso

32. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, pág. 10.

33. *Ibíd.*, págs. 9-10.

34. *Ibíd.*, págs. 134-135.

de la valorización del capital social. La segunda es la ganancia extraordinaria por encima de la normal concreta que rige la valorización de los capitales inferiores al medio, y que escapa necesariamente a la apropiación por estos capitales. La fragmentación internacional del capital no es la causa de estas modalidades de apropiación de la plusvalía por los capitales medios, sino la forma en que ellas se realizan y, lo que verdaderamente importa, su forma de liberar relativamente a los capitales medios de su papel histórico como portadores del desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Sin embargo, bajo las apariencias consagradas por la categoría imperialismo, todas las determinaciones del sujeto revolucionario se invierten y vacían. Ya no se trata de que la clase obrera se libera de la opresión por el capital porque éste, como su relación social general, le impone ser el sujeto del desarrollo de su propio proceso de trabajo hasta convertirlo materialmente en una actividad inmediatamente social conscientemente organizada por los mismos individuos que la realizan. En cambio, se representa a la explotación como una relación entre naciones. Lo que, aunque no se lo reconozca, quiere decir, entre ámbitos nacionales de acumulación de capital. Y se presenta luego al desarrollo de esta explotación entre naciones como la expresión del avance del modo de producción capitalista hacia su superación:

«Los monopolios, la oligarquía, la tendencia a la dominación en vez de la tendencia a la libertad, la explotación de un número cada vez mayor de naciones pequeñas o débiles por un puñado de naciones riquísimas o muy fuertes: todo esto ha originado los rasgos distintivos del imperialismo que obligan a caracterizarlo como capitalismo parasitario o en estado de descomposición».<sup>35</sup>

Pero todavía no se ha llegado así a la plenitud de la inversión. Si se trata de la explotación de unas naciones por otras, y no simplemente de las formas nacionales específicas que toma la explotación de la clase obrera por la clase capitalista como modalidad histórica del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad a través de la producción de plusvalía relativa, el sujeto de la superación revolucionaria del capitalismo se diluye en la categoría de pueblo. Al mismo tiempo, las burguesías nacionales de los países «explotados» aparecen como los aliados naturales de las respectivas clases obreras en su lucha portadora de la superación del modo de producción capitalista:

«En nuestro país, la contradicción entre la clase obrera y la burguesía nacional están comprendidas entre las contradicciones que existen en el seno del pueblo. La lucha de clases entre la clase obrera y la burguesía nacional está incluida, en general, en la lucha de clases dentro del pueblo [...] La burguesía nacional se diferencia de los imperialistas, de los terratenientes y de la burguesía burocrática. Las contradicciones entre la clase obrera y la burguesía nacional son contradicciones entre explotados y explotadores, antagónicas de por sí. Sin embargo, en las condiciones concretas de China, si estas contradicciones antagónicas se tratan

---

35. *Ibíd.*, pág. 160.

debidamente pueden transformarse en no antagónicas, pueden resolverse por vía pacífica».<sup>36</sup>

Pero, en los países que se caracterizan por la ausencia de la producción de la generalidad de las mercancías realizada por los capitales medios desde ellos en la escala requerida para competir en el mercado mundial, o sea, en los países a los que la teoría del imperialismo representa como explotados, la burguesía nacional no es otra cosa que un fragmento nacional de la pequeña burguesía. Es decir, de la burguesía que personifica al capital que ha perdido sus potencias históricas y se alza contra el que las tiene. Peor aún, es característico que se trate de una porción nacional del pequeño capital cuya razón de existencia como tal es servir de sustento a la fragmentación de los capitales medios mismos como capitales de escala restringida al interior del ámbito nacional. Gracias a esos pequeños capitales, los capitales medios fragmentados de dicho modo se valorizan a la tasa general de ganancia, o incluso a una mayor, yendo a contrapelo del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. De modo que las categorías de imperialismo, capital monopolista y valorización financiera acaban siendo el eje de la conciencia ideológica de las pequeñas burguesías nacionales en cuestión, que pretenden contraponer a las potencias históricas de la concentración del capital, la apariencia de que el proceso de acumulación es nacional por su contenido y no que lo es sólo por su forma. De ahí, se desarrollan también como la conciencia ideológica de las porciones nacionales de la clase obrera cuya reproducción inmediata como clase obrera en activo se encuentra sujeta a la reproducción de esos pequeños capitales. Son así el reflejo invertido específico en la conciencia de estas porciones de la clase obrera de que, de hecho, el capital las ha privado de su condición genérica de portadoras inmediatas del desarrollo de las fuerzas productivas sociales y, por lo tanto, de su condición genérica inmediata de sujeto históricamente revolucionario. Pero, como veíamos al comenzar, la categoría imperialismo sustituye la determinación material de esta condición genérica de sujeto revolucionario por las apariencias que presentan las relaciones directas políticas y militares establecidas entre los procesos nacionales de acumulación de capital en las que se realiza el contenido mundial de dicha determinación material. Es así que, en base a ella, la potencialidad revolucionaria que porta de manera inmediata cada porción de la clase obrera aparece invertida ante la propia conciencia obrera. Por una parte, la porción que es inmediatamente portadora del desarrollo específicamente capitalista de las fuerzas productivas de la sociedad es presentada como la negación misma del sujeto revolucionario. Por la otra, la porción que el capital arroja crecientemente a la condición de población sobrante y a la que, por lo tanto, le va arrancando toda potencialidad inmediata para transformar la materialidad del proceso de trabajo, es presenta-

---

36. Tse-tung Mao. «Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo». En: *Cinco tesis filosóficas*. Buenos Aires: La Rosa Blindada, 1969, págs. 98-99.

da como el más genuino sujeto revolucionario por la violencia que adquiere esta aniquilación hasta de su subjetividad humana a manos del capital.